







J. C. ESTRADA

1/2. 649

D/2750

La Poderosa Esquima,

6

LOS REMORDIMIENTOS

de los malvados.

OBRA ESCRITA

POR MONSIEUR DAVID,

y traducida y aumentada

por Don Basilio S. Castellanos

y Don Julian Anento.

~~~~~

TOMO III.

~~~~~

MADRID:

Imprenta de D. RAMON VERGES: calle de la Greda.

Noviembre de 1830.

BIBLIOTECA UNIVERSIDAD DE MALAGA



610448827X

X-61-13746-1

---

*Dioses á quien la suerte dió el gobierno  
De las almas , y vos , ó sombras mudas ,  
Tú, Châos, tú , Phlegeton , vos , ó infernales  
Playas , donde siempre hay silencio eterno ,  
Dadme licencia de decir lo oido ;  
Tened por bien que dé noticia al mundo  
De lo que el centro de la tierra encierra ,  
Y oscuridad de eterna noche esconde.*

ENEIDA DE VIRG. LIB. VI.

---



NOTA.

*Los ejemplares que no lleven la contraseña de  
los traductores serán denunciados ante la ley.*



# LA PODEROSA THEMIS

*Los remordimientos de los malvados.*



EL ESPECTRO ACUSADOR

## DE PEDRO III,

*Emperador autócrata*

## DE TODAS LAS RUSIAS,

*El suplicio de un regicida.*



NOVELA RUSA.

Nada tengo de comun con vosotros poetas insensatos, romancistas frívolos y voluptuosos, á los que eleva la fortuna y arrastra la ciega vanidad; desertores del vasto campo de las sabias medi-

taciones, ligeros amantes de locuras insignificantes, que seguís retratando las faustas brillantes de la vida; en vuestros ruidosos transportes, en vuestros despreciables sucesos invocáis al astro del día, al ruido del mundo; aspiráis á los oropeles, campanillas de un falso orgullo; celebráis las falsas dulzuras de una sociedad tumultuosa y corrompida, hasta que vuestra voz agotada por los excesos, muere sofocada bajo el paño mortuario.

Yo, como Young, invoco la noche, me agrada penetrar todos sus grandes misterios, sus innumerables rayos, y su antorcha pálida creciendo y menguando vienen á ser mis guías encantadoras. A su vuelta fiel me complazco en admirar las combinaciones de sus luces imponentes, por medio de sombras muchas veces manchadas por el crimen: persigo al criminal, y entro con él hasta en la mansión de los cadáveres. Yo admiro la noche, que exenta de la complicidad de los crímenes cometidos en su seno, se apresura á revelarlos al astro del día, descorriendo sus negras cortinas para dejar á

descubierto la marcha tortuosa del asesinato.... Yo me ejercito , en fin , en los deliciosos horrores de las mas profundas tinieblas.... Toco con voluptad el cuerpo helado y el cabello sangriento de una victima asesinada.... Contemplo el despojo mudo de un hombre aniquilado por el hierro facineroso de su semejante: busco cautivar la atencion de mis lectores por imágenes fuertes y dignas de escitar un poderoso interes en menosprecio de todos estos absurdos, frivolidades que reinan en el mundo con un cetro insignificante , y mi espiritu , en fin , no aspira al honor vergonzoso de los dulces lazos de una deliciosa melancolía.

Bajo este aspecto grave que ennobleciendo la escena, y trasportandola esta vez á Rusia en uno de los mas poderosos tronos de Europa, es como voy á presentar todos los pesares del remordimiento y el triunfo de la implacable conciencia , burlándose del fausto y púrpura con que los hombres pretenden en vano disfrazarse.

Entre las brillantes cualidades varoniles que adornaban el genio de la grande

Catalina II, emperatriz de Rusia, la historia inexorable no ha disimulado en ella las vivas disposiciones á la energía, que obligaron á decir á un hombre de mucho talento : “ que ella habia sido un » grande hombre para su reino; pero un » verdadero Epicureo por la audacia de » sus costumbres.” La historia añade mas: no solamente dice que esta princesa cometió grandes faltas con menoscupio del pudor y el respeto que debia á su rango y sexo , sino que franqueando la distancia inmensa que separa aun el vicio del crimen , atentó á los dias de su esposo, Pedro III, Emperador autócrata de todas las Rusias , por las mismas manos de uno de sus numerosos amantes , Gregorio Orloff , á quien armó el amor de un puñal asésiuo , con la mira ambiciosa de subir al trono sobre el cuerpo ensangrentado de su soberano señor.

Tal es el prestigio funesto de las grandezas que hace callar los sentimientos mas sagrados de la naturaleza, y del lazo conyugal.

En 1762 la célebre Catalina , en toda la magnificencia de su belleza y talento,

habia distinguido entre sus cortesanos, mucho antes de su advenimiento criminal al trono, al soberbio y seductor Orloff, uno de los mas hermosos hombres de su corte, pero de un origen bastante bajo. Aun no estaba unida á Pedro III, cuando este amante, adorado rey, nada-ba ya en su corazon y en sus sentidos. Orloff estaba dotado en efecto de todos los dones naturales ó esperiencias hechas para seducir la vista y talento; del mismo modo usaba él de modos nobles, imponentes, y algunas veces graciosos, y añadia á estas cualidades presencia magestuosa, aire enteramente para el mando, é igualmente para la soberanía, grandiosidad esparcida por toda su persona y las facciones mas regulares; en fin, respiraba á una vez el amor, el valor, la voluptad, el genio, las gracias, la chanza y el saber: tal era Orloff: dañoso, tanto para una simple pastora, como para una reyna; docto en sus consejos, terrible para la guerra y delicioso en la sociedad. Era otro Potemkin que sabia alternativamente poner sobre su bella frente los mirtos del amor, ó los sangrientos

de Marte. Ingenioso para agradar á su querida, su imaginacion activa creaba cada dia fiestas nuevas, imitadas de la corte de Francia ó de la de España, por medio de las cuales fomentaba sin cesar nuevos alicientes á la ternura de Catalina, multiplicándose, para decirlo así, como un diestro camaleon, bajo mil formas distintas para no ver entibiar su ardor naturalmente inconstante, y sobre todo muy amante de novedades.... Orloff sabiendo hábilmente analizar el corazon de las mugeres, y sobre todos el de su bella soberana, estaba lejos de ignorar que la movilidad de los placeres y retratos en el amor era el mas seguro apoyo, y que generalmente no se conservaba largo tiempo la felicidad de una princesa poderosa, sabiendo emplear mucho mas arte que verdaderos sentimientos. Los tesoros del estado se disipaban en brillantes locuras, y no se reparaba cuando se trataba de divertir á la bella Catalina; y á escepcion del generoso Potemkin pocos hombres disfrutaron mas que Orloff la prodigalidad y el genio de las fiestas galantes. Por ejemplo, Orloff

se hacia el ordenador misterioso de una ingeniosa alegoría en el Trianon de Petesgo; las gracias, los amores y toda la corte de Venus, representada por las primeras damas de la corte, salían de un templo figurado de Guido, buscaban la diosa, y por amables embustes Catalina misma traída diestramente en medio de estas deidades disfrazadas, era proclamada la primera divinidad; el incienso ardía en los altares, una melodía deliciosa, hábilmente disfrazada, se dejaba oír en la galería; cisnes artificiales se paseaban magestuosamente en una laguna imitada con gasas de plata; guirrualdas y festones de rosas se oponían deliciosamente delante de Catalina en su marcha, ella misma no podía rehusar las dulces lágrimas del placer á tantas finezas y á tanta delicadeza. Todo esto era invencion de este amante apasionado que nada perdonaba para encantar á su amada y soberana. Una vez dió á Catalina el espectáculo extraordinario de un templo piramidal de hielo natural, sacado del Nieva, dividido en columnas é iluminado á la italiana; nada hasta entonces

habia fijado tanto la admiracion de los rusos , y ninguna cosa artificial podia igualar á esta porcion de columnas , resplandecientes por mil fuegos reflejados por todas partes , en los contornos de este monumento prodigioso de cristales facticios.

De este modo Orloff , celoso en conservarse sin obstáculos las gracias de esta princesa ambiciosa , aun en conquistas de numerosos amantes , se esforzaba constantemente , apartando sus rivales , y oponiendo sin cesar la novedad á la inconstancia , y por estraños suceptos fijaba el corazon de Catalina en el seno de sus ingeniosas innovaciones.

No limitaba á intrigas de esta especie su comercio amoroso ; dotado de un talento grande y vasto en sus desiguos , obraba ante los ojos de Catalina en el teatro superior de la Rusia , alargando sus fronteras ácia la Turquía Europea , haciendo temblar á la sublime Puerta , engrandeciendo por el lado del Asia , conquistando la Crimea , y haciendo florecer las artes y la industria en estos climas salvages. Asi es como elevando su

pensamiento, al nivel del genio profundo de Catalina, hacia brillar á cada instante al rededor de ella, ó el carcax de los amores ó el cetro de la ambicion, y la enseñaba constantemente que su amante era tan digno de participar de su lecho real como lo era en allauarse los pasos al trono.

En este estado de cosas, Catalina sin cesar, ocupada con la esperauza de un grandioso porvenir, consintió en dar la mano á Pedro III, menos por amor (porque una enfermedad fatal habia cruelmente cambiado las facciones de este desgraciado príncipe) que por el orgullo de ceñir la diadema de tan grande imperio. Ella le conservaba por otra parte los mas vivos resentimientos por infidelidades que sabia habia tenido contra la emperatriz Isabel, cuando aun no era mas que gran Duque, y viéndole despreciable por su caracter debil y por sus pocas luces, concebía ya quizá en el fondo de su alma el espantoso designio de deshacerse en adelante de un príncipe que no fue para ella sino víctima útil. Las relaciones amorosas con Orloff, lejos pues de observar

las reglas del pudor en esta circunstancia solemne, y de respetar el lecho sagrado de su esposo, por el contrario, adquirieron mas vivacidad y destreza por los obstáculos que se opusieron. La cita finalmente oculta á un Argos aborrecido, el placer en adelante revestido de peligros y dificultades, aumentaba el fuego á la vista de los dos amantes, cuya pasion necesitaba ya de un aliciente porque decaia: aqui no es ya una princesa sin principios quien dispone de sus favores y de su persona sin llevar otra mira mas que la de sus costumbres, sino una emperatriz impúdicamente adúltera, que apoyándose en la autoridad de muchos ejemplos famosos en la historia, halla la existencia de su esposo odiosa é insoportable, y considera á su Emperador como un doloroso obstáculo á los altos destinos del imperio, que se cree llamada á ocupar un puesto mas eminente de gloria. En estos frecuentes devaneos de su loca penetracion, medita el homicidio de Pedro III con la misma ansia que suspira un esclavo por su libertad.

Era indispensable antes de egecutar

esta horrible empresa preparar y conciliar los ánimos, conocer las disposiciones del pueblo, de los grandes, y sobre todo, cometer tantas faltas y tiranías en el reinado del mismo Emperador, que su trastorno pareciese el resultado de un voto general. La mas cruel perfidia presidió pues sordamente á estos primeros artificios. Si los ministros, los generales mas hábiles, los hombres de estado que gozaban mas que ninguno de la consideracion de los moscovitas se veian de repente desgraciados, depuestos de sus empleos en secreto, desterrados á la Siberia por una muger tan intrigante como astuta, vengados en apariencia por una soberana llena de conocimientos, deseosa de reparar las crueles injusticias de un esposo sin discernimiento, ella inmediatamente los colmaba de favores, indemnizándolos de sus pérdidas con caricias insidiosas; y dirigida por Orloff, el diestro maquinador de todas estas intrigas, hacia recaer sobre ella todo el amor de los rusos, erigiéndose el ídolo de una nacion, que no veia ya á su emperador sino con odio y menosprecio.

La casa de los Orloffs, llena de ambicion, no esparcía ya el fuego de la discordia en el gabinete de San-Petersburgo, sin tener tambien sus motivos. Su constante estudio era engrandecerse en riquezas, en títulos, en honores, por los beneficios de una princesa que los colmaba de liberalidades para coadyuvar á sus crueles proyectos. Alejo Orloff, hermano de Gregorio Orloff, amante preferido de Catalina, habia desarrollado todas sus facultades en obsequio de las conspiraciones de esta corte corrompida; y jamas intimidado por los sacrificios, no hubiera rehusado armar su brazo de un puñal asesino en el momento en que se tratase de conquistar, aunque costase crímenes y bajezas la benevolencia y los elogios de la Emperatriz. Se acercaba pues cada vez el momento fatal de un regicidio que debia llenar de horror é indignacion todo el imperio ruso; se acercaba, digo, este momento terrible, en que las manos de una esposa adúltera, teñidas de la sangre imperial de los Czares, iba á manchar una corona arrancada de la cabeza sangrienta de su leal y virtuo-

so esposo....! Este solo pensamiento hace estremecerse; y á pesar de la admiracion que causa la lectura de las grandes acciones que practicó Catalina II á fin de borrar de la memoria de los pueblos este error execrable; á pesar, digo, del espeso velo de gloria que puso sobre este atentado, no pudo escusarse del secreto horror que la hace olvidar como una muger de talento, por ver en ella una reyna homicida. No, no lo dudemos, á pesar de toda la magnificencia del reinado de esta muger, y todas sus prosperidades, luego que haya venido la edad á rasgar de sus ojos seducidos por el triunfo de sus armas y esplendor de sus estados, la venda de sus ambiciosas ilusiones; luego que Catalina, agobiada por el peso de los años, y la frente llena de arrugas, haya contemplado friamente todo el teatro de su vida; ¡con qué grande dolor no habrá echado de ver en la aurora de su elevacion el cuerpo sangriento de Pedro III como base de su grandeza.... y toda su gloria oscurecida por la sombra de un esposo asesinado...! En este instante formidable, y cercano

á dar cuenta al Supremo dispensador de los tronos del universo, es donde esclamará sin duda, como la sombra del rey de Dinamarca: "Viviendo en el supremo »rango, la carga es muy ligera; pero ¡que »pesado es un crimen cuando se entra »en la tumba."

Fijado el día para el horrible suceso de la conspiración. Catalina, resuelta á quitar al menos el trono al Emperador, que estaba entónces en Xarotelo (Real casa de campo, distante de Petersburgo como veinte y cuatro uerstas), se hizo seguir de los principales generales y oficiales superiores del ejército, que estaban inclinados á ella, hacia mucho tiempo, en secreto, y á la cabeza de un cuerpo numeroso de tropas, tuvo el atrevimiento y deslealtad de marchar hostilmente contra su desgraciado esposo, sin respeto al rango augusto, ni á los lazos santos que la unian á él; y rompiendo, en fin, sin pudor el freno de la conciencia, que para una muger, lejos de llevar un hierro homicida, debe hacerla considerar el seno de un esposo, aunque sea de una clase baja, como el santuario sagrado, objeto

constante de su culto idólatra, despreciando estos latidos, Catalina rasgó la máscara, y á cara descubierta patentizó su infidelidad.

Pedro III, prevenido á tiempo, hubiese podido resguardarse con algunos regimientos de su fiel guardia, que habian quedado inaccesibles á las seducciones de Catalina, habria probablemente llegado á rechazar sus vanas tentativas de usurpacion, haciendo volver á entrar á los rebeldes en su deber, porque era á lo menos tan amado como respetado de sus tropas, y nos bastará citar la aneodota siguiente para probarlo.

El embajador de Prusia, encontrándose un dia en su cuarto, se puso á lisonjear la escelencia de la disciplina militar del soldado prusiano, que al menor mandato obedecia ciegamente.... “Al menor mandato, respondió Pedro III, y yo á la menor señal dispongo de la vida de mis súbditos, que me la sacrifican sin examen.” Al mismo momento, abriendo una ventana, indicó con la mano á un granadero de su guardia, se precipitase en los fosos del castillo; éste sin

dudar su seña, se puso al balcon, y si no es por el embajador prusiano, que acudió y le detuvo á tiempo, iba á estrellarse en el foso. “Y bien, añadió el »Emperador, ¿qué piensa ahora V. E. »acerca de la sumision de mi guardia...?”

Este príncipe por otra parte, como ya hemos dicho, era de un caracter muy débil, irresuelto, incapaz de tomar una decision enérgica al momento, y absolutamente desprovisto de todo valor y talento en las circunstancias peligrosas. No tenia en aquel momento de insurreccion al rededor de su persona, para su mayor desgracia, sino consejeros tímidos; ademas, la bella Promanowna, su querida, tan célebre en los fastos galantes de la Rusia, y algunas señoras de la corte, eran incapaces bajo todas relaciones de serle del mas ligero socorro en un peligro tan eminente. Se determinó pues á huir, con el designio de refugiarse en Cronstato; pero la flota y la guarnicion de este puerto, perjuros al juramento de fidelidad prestado á su Emperador, habian ya enarbolado el estandarte de la rebelion, levantado por Catalina. Entonces, vacilante en

diversos proyectos de evasión, Pedro pierde un tiempo precioso en vanas deliberaciones, y no imagiándosele ningun proyecto capaz de defenderse, y creyendo que una de sus miradas haria entrar en su deber á una esposa atrevida, se decidió imprudentemente á volver á su real casa de campo; pero al momento Orloff, el infame Orloff, activo perseguidor de su legítimo soberano, deseoso de su sangre, y tal vez de su cetro, aguza secretamente el puñal que el furor de Catalina ha confiado á sus manos regicidas. «A este único precio le ha declarado ella, que no privará de sus bondades y de sus mas preciosos favores, al amante cuyo caracter, lleno de una heróica energia, haya contribuido á librar al imperio ruso de la presencia vergonzosa de un príncipe inepto, infiel y cruel á un tiempo.» Asi Orloff no podria entrar en el lecho de una emperatriz adúltera, sino revestido de las ropas sangrientas de un asesino....! En los transportes de semejantes amantes; cuan horribles deberán ser sus delirios...! Estas nubes de amor, de voluptad, que en-

vuelven nuestros sentidos en vapores deliciosos cuando son religiosos, deben ser para semejantes monstruos un torbellino doloroso, una noche horrenda, en cuyas tinieblas solo brille un objeto. El ojo ensangrentado de la fantasma de su víctima, que les mira y amenaza, hiela en sus labios los fuegos de sus caricias criminales, y marchita las rosas del placer con gotas de sangre, que vierte de sus heridas en el teatro de sus amores ignominiosos.

Al punto, para asegurarse de su presa Gregorio Orloff y su indigna querida, se limitaron, con afectaciones de respeto, á conducir á Pedro III á su departamento, prometiéndole que allí seria respetado y tratado en todo como se debia. Pasáronse algunos dias entre preparativos secretos y combinaciones pérfidas; despues, cierta fermentacion en el pueblo, que estalló en Petersburgo (fermentacion que por otra parte era la obra de las ideas de Catalina, para tener un pretexto especial para asesinar á su soberano con algunos motivos aparentes de venganza), acusan á Pedro III como au-

tor de esta sublevacion, que comprometa la suerte del Estado. Sin deliberar mas, los dos Orloffs al levantarse de la mesa se arrojaron inopinadamente sobre su Emperador, y sin enternecerse á sus súplicas y gemidos, mientras el uno le da repetidas puñaladas, y en tanto que el hierro homicida hace correr la sangre imperial... el otro facineroso, armado de un cordon de seda, le ahoga, saciandó su vista en su cuerpo inanimado....

¡ Las sombrías selvas, las cavernas, las guaridas tenebrosas de los salteadores de caminos, enemigos de la claridad, no son pues el único teatro del crimen! La historia antigua nos hace relacion de ciertas ocasiones en que el hierro asesino, el homicidio, el veneno y el adulterio han tenido acogida entre personas de distincion, y frecuentemente en donde la virtud deberia tener su templo inaccesible á los errores, las pasiones culpables humanas han reinado en ellos como soberanas. Las leyes y la conciencia no son consideradas mas que como frenos vulgares para los hombres corrompidos y eucenagados en los vicios, muchas veces

por las adulaciones de sus inferiores; entre numerosos Tiberios y odiosos Neronés es menester muchos siglos para producir un Tito.

El amor de Catalina para su bello Orloff se redobló en consideracion del sangriento servicio que la habia hecho por su enorme atentado. Los lazos de la complicidad (los mas indisolubles despues de la amistad) estrecharon de nuevo los primeros nudos de la ternura, cimentando su antigua union con la sangre de Pedro III. Habiendo llegado á ser una de las mas grandes emperatrices de Europa, dando en adelante una libre carrera á los vastos planes de su genio, multiplicando á su gusto el número de sus amantes como el de sus conquistas, poblando sus provincias, llamando á su corte las artes, enriquecidas con su magnificencia, dividió en dos partes iguales la voluptad y la gloria. Orloff fue colinado de riquezas inmensas; tierras, palacios, alhajas, dignidades superiores en el ejército, prerogativas y distinciones en su corte, honores, poder, todo fue prodigado á los Orloffs en pago de su asesinato, cuyo

fardo inmenso pesaba aun sobre su conciencia mas que todo el oro que habian adquirido.... Gregorio Orloff, mas querido que nunca, fue elevado á todas las grandezas humanas; solo el trono de Rusia faltó á los completos goces de este regicida: y si el crimen pudiese encontrar una apología, la escogeria sin duda en estos momentos de prosperidad de un malvado, cuya fortuna trastorna todas las ideas del hombre de bien. Pero todos son sucesos efimeros y elevaciones pérfidas, que no hacen el silencio sino mas peligroso. El criminal cae de repente, admirando con su ruina á sus mas ciegos aduladores.

En medio de las fiestas mas brillantes, y de todo lo que el lujo puede inventar para colocar al hombre en una especie de delirio, no era suficiente para separar de Orloff la sombría melancolía del crimen; y no gozó de sus falsos placeres sino para ser oprinido con mas fuerza por los brazos líbidos y descarnados de mil fantasmas sangrientas.... El espectro de su Czar asesinado se ofrece en todas partes á su imaginacion atemorizada. En

las macetas de rosas , en su gabinete embalsamado de perfumes de Asia , y en cuanto mas agrada á su vista , la fantasma acusadora reverbera su imagen amenazadora ; y en fin , la misma Catalina , cubierta de plumas y pedrería , y vestida con la magnificencia de su corona , se le figura que está aun en el mediodía como cubierta de nubes funestas , que designan en sombras fantásticas puñales , una espada goteando sangre , lazos y una boca espirante.

Su orgullo no le permite descubrir su pusilánime temor á la Emperatriz. No hay confesion mas tarda , á pesar de todos los remordimientos de la conciencia , que la de un criminal. Duda y contempla , hasta que su corazon palpitante con horribles terrores , y su cuerpo humedecido de sudores frios se hace justicia á sí mismo , invocando á grandes gritos la muerte. Aunque los tormentos terribles de Orloff , compensados con las miras favorables de Catalina , le eran soportables , el céfiro del amor y la vanidad de poseer los encantos de tan gran princesa , hacian callar á veces la voz del remordimiento , y le pa-

recía otras á este facineroso ilustre , que no habia pagado bastante con el precio de su virtud la posesion y el favor de tan grande soberana. Pero cuando Catalina inconstante é infiel , y rechazando en secreto la presencia de un hombre que emponzafiaba sus mas bellos triunfos con un recuerdo importuno , abandonó á Orloff á sus pensamientos solitarios , ; con qué dolor y con qué supersticiones horribles no fue atormentado....! Privado del ruido seductor de la corte , del manejo de los negocios políticos y militares , de la disposicion de las tropas , del movimiento de las armadas , y separado del vicioso círculo de los aduladores descoscos de empleos é intrigantes solicitudes , Orloff se atemorizó y se espantó de su soledad ; todo muestra á sus ojos turbados la figura de la fantasma acusadora.... Durante el dia es necesario que le acompañen muchas personas , que le hablen , y le saquen del éxtasis opresor en que se encuentra sumido como en un calabozo espantoso.... Por la noche cien antorchas encendidas en sus aposentos quitan la oscuridad que él tiene. Es menester tam-

bien guardarse de hablar de cordones, de espadas, de sangre delante de él; todos los papeles del fingimiento estan distribuidos por sus cortesanos á fin de evitar renovar los mas dolorosos recuerdos....; pero; vanos esfuerzos...! La fantasma, la fantasma implacable está delante de él; le sitia en medio de las fiestas, se mezcla en los ramilletes de flores para emponzoñar sus perfumes, se apodera de su pensamiento, allí reina con un cetro de sangre, y encarga sobre todo al dios del sueño sus mas terribles venganzas....; Oh terrores de los culpables...!; Tiene el infierno tormentos mas espantosos que los que ellos experimentan...! Los dolores de Orloff llegaban á su extremo, su salud se disminuia visiblemente; ataques de nervios, convulsiones frecuentes, y sobre todo, visiones espontáneas debian pronto debilitar sus fuerzas, cuando el ruido público hace llegar á sus oidos las bazañas de un pretendido Pedro III, y asimismo de muchos falsarios que le sucedieron despues, y que al ejemplo de Kervagault, con las armas en la mano, y á la cabeza de un partido numeroso, re-

clamaban los derechos de la corona. El temor de Orloff está fuera de toda expresión; en sus ciegos terrores no duda que su Emperador mismo es quien vuelve de los reinos sombríos para pedirle cuenta de su atentado: le dan mil congojas, experimenta terribles convulsiones, teme no haber apretado bastante el cordón fatal, y siente no haber sumergido bastante sus puñaladas....

En fin, muere, espira objeto de la piedad y del desprecio de sus criados; su cuerpo, desgarrado con sus propias uñas, no es mas que una masa bermeja que no se puede mirar sin horror; sus ojos estan fuera de su órbita; todos sus dientes estan medio quebrados por el rechinar continuo de sus temblores, y siguiendo á la tumba á su hermano, que habia perecido igualmente acosado por sus remordimientos, espiró profiriendo estas últimas palabras:

»Sí, he aqui su fantasma.....

»ella me abrasa..... me devora.....

»¡Oh Dios, cuan engañado he vivido!!!



# EL OSO

## Y LA JOVEN DONCELLA

*de la caverna de Calabria,*

ó

*El triunfo del Cristianismo.*



NOVELA ITALIANA.

Así como de un monte elevado el terrible gavilan parte y persigue en los aires al tímido pichoncillo, y deteniéndole en su corta carrera, le apresa bajo sus garras sangrientas, sumergiendo en su seno su pico victorioso, y haciendo caer desde la region de Eolo las plumas sangrientas; así Morganti, el mas audaz y el mas determinado de los salteadores de caminos de la Calabria de Pulla (104), y quizá de toda la Italia, alcanza su víctima, se baña en su sangre, recoge sus

riquezas , y marcha con frente serena á nuevos atentados , sin sentir el remordimiento , que es una palabra sin sentido para sus furores.

Herederero criminal de una caverna espantosa , cuya posesion le habia sido transmitida de error en error por su abuelo, que la tenia de su bisabuelo, el crimen formó su cuna. Ya en la infancia sus debiles manos manejaban pistolas , estoques, puñales , y jugaban con prendas robadas á los viageros. Morganti , digo , ensayó los primeros pasos de la infancia en la sangre de los cadáveres ; tomó en vez de diges infantiles miembros aun palpitantes , y se familiarizó con el homicidio , asi como los hijuelos de una loba afilan sus primeros dientes en los pedazos de carne aun caliente. Su madre Larisa (Proserpina espantosa de esta morada infernal), no podia sino hacerle beber la leche del crimen , si es que puedo servirme de esta espresion. ¡Execrable furia! ella era quien desnudaba los desgraciados que caian en poder de la banda , de la que su amante , Morganti padre , era el gefe. Ella era la que depositaba en los

cofres del almacén el oro, la plata, las joyas, los efectos, clasificándolo con orden en los grandes armarios rotulados, llevando un registro exacto de los despojos, lo mismo que del número de los cuerpos que se sacrificaban, con la fecha del asesinato de cada uno.

El monstruo cuya historia vamos á manifestar era el fruto de sus amores cavernosos. Nacido, por decirlo así, en la sangre húmeda de una caverna, al bislumbre de una lámpara bernejiza, Morganti hijo no debía conocer el día sino como el enemigo natural de los seres de su raza, y para perder las primicias de su inocencia en un primer homicidio. Tal era la educación dada en esta guarida de tigres con figura humana á sus dignos sucesores. Así pues, en conformidad de los estatutos de la orden, la raza de los Morganti, en posesión de estos vastos subterráneos, hacia muchos años no debía sufrir ninguna especie de usurpación, y un libro rojo sellado con cuatro sellos impresos con sangre, contenía los derechos presuntivos de estos homicidas. Los reglamentos de esta orden prescri-

bían también una costumbre, una edad fija, pruebas de valor, ó mas bien de crueldad; asignaban recompensas, decoraciones, distintivos; determinaban el número de los salteadores, el modo del reemplazamiento en caso de muerte, los grados, las dignidades, y en fin, el ministerio de los horrores, imitando así á los bellos institutos del orden social en el ejercicio de una disciplina severa, profanando la equidad, y haciéndola árbitra de estos malvados. Describiremos mas adelante y mas por menor las leyes y costumbres, lo mismo que todas las localidades de la caverna de Calabria, y limitémonos en este momento á seguir la infancia del monstruo que debemos poner en escena.

Cuando pudo tartamudear algunas palabras sobre las rodillas de Larisa, ella le enseñó al momento á tener un silvato, y le manifestó su uso, los diferentes tonos agudos y sordos segun las circunstancias; le puso un puñal en la mano, le indicó cómo se debía herir al enemigo, y le familiarizó de tal modo con la sangre, que jamas sospechó pudiese te-

ner algun horror en derramarla.

Llegaba su padre de una expedicion sangrienta y peligrosa, trayendo consigo cautivos algunos desgraciados destinados á fallecer.... el niño venia á presenciar el suplicio, y á manchar sus manos con la sangre de las víctimas. Luego que la edad fortificando su ferocidad le permitia entender por otros discursos, Larisa se esforzó á enseñarle que habia otro mundo alumbrado por una lámpara mucho mas vasta y luminosa, mundo que su padre no corria sino con precaucion, diciéndole estaba habitado por los enemigos mortales de los hombres de bronce (asi es como se llamaba la banda de Morganti). «Algun dia, mi querido hijo, le decia ella, irás contra ellos á hacer el ensayo de tu valor; pero entonces no perdones nada, ni el sexo, ni la edad. Estos son monstruos sedientos de nuestra sangre, y si por desgracia cayesemos entre sus manos, nos condenarian á los mas dolorosos suplicios. A estos crueles enemigos es á quienes tu padre hace una guerra implacable, y de tus abuelos es de quien has heredado de derecho, despues

»de tu padre, el conservar con las armas  
 »en la mano el dominio patrimonial de  
 »tus antepasados.»

Larisa, á fin de infundir en el corazón de su hijo sentimientos siempre hostiles de venganza y opresion, le citaba un gran número de su raza, que habian perdido la vida en el cadalso con espantosos tormentos. Abusando de la imperfeccion de sus facultades morales, de sus tiernos órganos, y desnaturalizando todo á sus ojos, hacia considerar á su debil inteligencia lo que era virtud y probidad como plagas implacables de la raza de los hombres de bronce, corrompiendo por los sofismas del crimen este bástago, destinado á ser algun dia uno de sus mas ardientes apóstoles, y no dejaba de enseñarle todas las paradojas atroces con que ella misma habia sido educada en su juventud.

Luego que Morganti creció, y pudo revestirse de un cierto peso de armas, de una coraza y un casco de bronce, uniforme escrupulosamente observado de la cuadrilla Morgantina, se entregó con passion á todos los ejercicios de esgrima, que un anciano pirata siciliano, brigadier de

esta tropa asesina, le enseñó (porque es menester manifestar al lector que estos miserables usaban en sus reglamentos del título de oficial, mariscal, aposentador, &c.); sus progresos fueron extraordinarios, y al cabo de cierto tiempo llegó Morganti á despavilar una vela de un pistoletazo. Se complacia bárbaramente en mostrar este género de destreza, poniendo una bugía muy pequeña encendida sobre la cabeza de una de las desgraciadas víctimas que estaban bajo el poder de estos malvados, y la apagaba con la bala sin casi tocar los cabellos. Frecuentemente al fin de una abundante comida, en la que el vino y los licores habían privado á los convidados el sentido, tenían lugar estas baladronadas sacrilegas, y se deja discurrir, que mas de un desgraciado pagó con la vida el aprendizaje de este monstruo. En cuanto á cultivar su talento, su padre no quiso que pasase de saber leer y escribir, conocimientos suficientes de bellas letras, decia él, á un gefe de salteadores, que debe lo mas saber descifrar un aviso importante, encaminado epistolariamente á

una cierta distancia, y poder dar él mismo una orden por escrito á uno de sus subtenientes en misión.

Ya hemos dicho que Larisa, la infame Larisa, que habia llevado al hijo del delito en sus entrañas criminales, introdujo muy temprano su espíritu de pirata y de corsario en este joven corazón, muy dócil á la voz del horror, representándole bajo los colores mas odiosos el mundo moral de que los hombres de bronce se hallaban escluidos; pero ella no limitó á esto los principios de corrupcion. «No solamente, hijo mio, le repetía sin cesar, eres llamado por los destinos ilustres á hacer un gran papel en la caverna, y á vengar los males de muchos de los tuyos, sino que la sociedad te considerará como uno de estos niveladores preciosos que reparan las sinrazones de la fortuna, y restablecen atrevidamente el equilibrio roto en la distribucion de las riquezas de la tierra; no ataques jamas sino al hombre opulento, al hombre poderoso, esto es, al enemigo del pobre: derrama su sangre; pero da tu oro al indigente, y sé en fin

»una nueva Tetis para estas comarcas.»

Así es como Larisa, emponzoñando todas las verdaderas ideas de equidad y de justicia en el espíritu de su educando, arrojaba á sus ojos un falso barniz de virtud sobre los atentados mas culpables, y esparcía en su corazón los primeros principios del fanatismo de un falso y espantoso heroísmo. Si de los discursos pasamos á las acciones, ¿de qué ejemplos terribles no autorizaba ella la vida y conducta de estos hombres, no de bronce, sino de corazón de bronce!!! Jóvenes bellezas de las primeras familias de Palermo, Nápoles, Basilicata (105) y Capua robadas por los confidentes que estos malvados mantenían en diferentes ciudades, ¿no habían perecido verdaderamente mártires en esta caverna á la vista del joven Morganti? Cuando volvía la cuadrilla comandada por Morganti padre, el capitán, oía contar en la mesa por sus bandidos los propósitos y expediciones mas infernales, no viendo en ellos otro conato mas que el de escederse en maldades..... Tal escuela normal debia necesariamente producir un verdadero fenómeno en los

anales de la horca; y en efecto fue uno de estos Morganti, cuya historia en la Calabria conservará una eterna y dolorosa memoria.

Ya marcadas las reglas de educación que se dieron á este infeliz, me parece es tiempo de entrar en el pormenor de la descripción de la caverna de Calabria. Sus subterráneos profundos, situados en el seno de una espesa selva, algunas millas distante de Policastro, no debían su existencia sino á una de las grandes calamidades muy frecuentes bajo el cielo inflamado de Italia, cuya tierra está á cada paso quebrada por diversos volcanes betuminosos, que necesariamente han formado lagunas y hoyos inmensos en las erupciones que se forman principalmente en la Pulla, donde ciudades enteras arruinadas de repente bajo cenizas inflamadas, aun permiten al sabio curioso recorrer sus calles y tocar ciudadanos ahogados súbitamente en el seno de sus ocupaciones domésticas (106). Así la guarida de que hablamos, formada por lavas ocultas, por riachuelos de fuego, azufre y salitre (crater espantoso, que la vista

del mas sabio naturalista no examinaria sin el mas vivo sentimiento de terror) ha venido á ser enfriándose el asilo del crimen; y sin cambiar de destinos infernales, no ha dejado encubrir el azufre sino para bañarle en sangre. Sus murallas exteriores estan aun entapizadas del barniz brillante de lava corrosiva; las petrificaciones, las rocas calcinadas, que caen en festones sobre sus paredes, publican diez siglos de inigcion volcánica, y en fin, los abismos del infierno de los griegos, no presentarian mas horrores á la imaginacion atemorizada. Pero tanto como este asilo era horroroso en su interior, otro tanto sus cercanías eran amenas y deliciosas. Un bosque frondoso, animado en la bella estacion con el canto de mil pajarillos, aguas puras, olores de la primavera, arboledas naturales, y tapices verdes convidan al sueño, y aguas transparentes en un baño, bajo la espesa sombra de cien arbustos crecidos y odoriferos, representan la magia celeste de este sitio agradable, que ha seducido mas de una vez los sentidos del imprudente viajero, y otras alguna imprudente aldea-

na atrajo ilustres estrangeros á este sitio seductor , disfraz pérfido del paso y sitio mas dañoso del universo. Asi como cautivan las sirenas con voz melodiosa la atencion del navegante en las riberas de los mares.

Un cesped estremadamente espeso, estrecho, y esmaltado con mil flores rústicas cubria ademas en larga estension toda la parte superior de estas losas subterráneas; nada hacia sospechar su espantosa existencia, y cual una enorme serpiente se esconde en una mata de rosas, asi los hombres de bronce se ocultaban en su retiro bajo las fortificaciones mas graciosas.

Un monte con una espesa arboleda estaba á uno de sus lados ; en su centro habia una roca enorme sobre cuya izquierda caian olas brillantes de color de perla , formando una cascada prodigiosa. En esta gruta es donde el arte mas ingenioso se habia egercitado, y habia practicado una suerte de puente levadizo admirable, que por el juego de cierta máquina, conocida solo de los hombres de bronce , se bajaba al momento, y permiti-

tia á un escuadron entero descender á un subterráneo cerrado de lava petrificada, que al mismo tiempo estaba edificado en cuevas insensibles, para que los caballos no tuviesen el riesgo de resbalarse. El asilo de estos salteadores era tan profundo, que veinte pistoletazos tirados á un tiempo, no podian ser oidos desde fuera. La primera estancia estaba construida en forma regular, entablada, pintada, guarnecida de muy buenos muebles, arañas, retratos, camapes, ricos candelabros, camas fastuosas, y en fin, los mas ricos despojos que adornaron las casas de campo vecinas no dejaban desear nada de fausto y elegancia. Los aposentos estaban distribuidos segun las graduaciones de cada malvado, y un vasto dormitorio, alumbrado dia y noche por veinte lámparas, á igual distancia unas de otras, y colocadas circularmente al redor de la habitacion del capitan, servian de cuartel ó barraca á la tropa. Reinaba entre ellos un régimen militar bajo las leyes de Morganti, y la mas ligera falta de respeto ó de exactitud á sus deberes era castigada con un mes de cala-

hozo. El cuarto de las mugeres (porque habia alli otras muchas cautivas, destinadas á los placeres de los gefes y oficiales) estaba enteramente separado; comian aparte, y no turbaban con su presencia el orden riguroso establecido en estas sombrías moradas. Ademas, en el centro del salon del capitan habia una ancha trampa, á cuyo fondo no se podia bajar sino atravesando tres galerías de rocas por medio de una escala de hierro cuya base remataba al fin de trescientos escalones, en un terreno movedizo, húmedo y pantanoso, solamente habitado por reptiles y por un oso enorme, que estos caribes alimentaban con carne humana. — Alli era donde estos tigres feroces arrojaban aun vivas aquellas víctimas que querian hacer morir lentamente para saciar su infame apetito, ó bien á las desgraciadas que despues de haber satisfecho el primer furor de su lujuria, no podian renovar en ellos otra emocion mas que la causada por el espantoso espectáculo de un nuevo género de muerte.

El lector puede imaginarse que los gobiernos de Nápoles, Palermo, Squilloce,

y el Dux mismo de Venecia (porque pocas familias de estas vastas comarcas no tenían que llorar algun pariente) no habían escaseado nada para descubrir la guarida de los bandidos que infestaban el reino: policía, estratagemas de toda especie, tropas armadas y numerosas, tormentos espantosos para indagar la confesion de los prisioneros que se habían hecho en ciertas ocasiones á los hombres de bronce, todo se había empleado para obtener el conocimiento del secreto de su guarida; pero todas las tentativas habían sido infructuosas acerca de esto. Los salteadores apresados, sin embargo de las terribles angustias de los tormentos lentos en que se les ponía, á fin de que confesasen; morían con grande valor sin revelar nada. Los soldados que les habían perseguido habían sido casi siempre derrotados y desordenados por estos perversos aguerridos é intrépidos; y por otra parte, la falta de buena administracion de policía de estas provincias en un estado salvaje, lo mismo que estas localidades incultas y desiertas, favorecian en Italia en aquella época un ladronicio tan

sin freno como sin castigo. Por otra parte, provisiones inmensas en forrages, granos, vinos de los mas finos, viveres de todas especies existian en esta caverna, y á escepcion del astro del dia, que no esparcia sus rayos en esta habitacion espantosa, todo brillaba con oro, bajilla de plata, y soberbias porcelanas; y cuando la mesa se daba á los oficiales en la sala del capitán, que estaba alumbrada espléndidamente con bugias, os hubieseis creído en uno de los mas opulentos palacios de Nápoles.

Los ascensos de esta banda eran en razon de las ejecuciones sutiles, de la maña, de la audacia astuta ó intrepidez, y sobre todo, de perfidias jugadas á personas ricas para sutilizar su dinero bajo disfraces hábiles. Veinte homicidios probados obtenian el grado de subteniente, y ademas una señal distintiva, que era una banda de lana fina teñida con sangre humana, y un penacho de color de fuego en el casco. Cuarenta homicidios adquirian el privilegio mas espantoso de llevar en la coraza un rosario de cuarenta lenguas ensartadas, y ademas daban el

título de oficial á la primera vacante; y en fin, sesenta asesinatos les igualaban en caracter al capitán, y se les conferia la gran decoracion de los hombres de bronce, que era una calavera de plata y dos huesos en cruz en forma de placa, en la delantera del casco, y ademas de esta distincion, el gefe de la banda llevaba un penacho blanco y una larga capa á la italiana del mismo color, y toda la tropa llevaba penachos y capas negras. El capitán era muy visible aun durante la noche en este acompañamiento esclareciente, lo que no habia sido calculado sin designios para las órdenes y espediciones nocturnas y peligrosas.

Morganti, orgulloso de la infame gloria de mas de cien homicidios cometidos con su propia mano, parecia haber puesto una venda á los ojos de Themis, y desafiaba al cielo y á la tierra desesperadamente. Una noche, adelantándose con algunos hombres a reconocer el campo y á examinar el mejor modo de atacar una berlina que pasaba no lejos de la montaña de Santa Severina, cayó al amanecer en una emboscada que le habia

tendido la infantería del regimiento de la ciudad de Reggio. Esta estaba construida y disimulada con el mayor arte, pues sobre un foso de doce á quince pies de profundidad y otros tantos de circunferencia, estaban estendidas ramas ligeras cruzadas y cubiertas de musgo espeso, de tal modo que no dejaban sospechar ningun lazo. El capitán de los bandidos, adelantándose para descubrir el campo, cayó en la fosa con su caballo; á su caída un cierto número de soldados ocultos de antemano en las malezas vecinas, descargaron repentinamente veinte tiros de carabinas y espingardas (107), lo que dio lugar á un porfiado combate, del cual quedaron vencedores los hombres de bronce.

La ley sagrada entre estos malvados era recoger cuidadosamente todos los heridos á fin de no temer alguna revelacion, é igualmente matarse á sí mismo en caso que desesperasen el poderse salvar. El capitán Morganti al caer con su caballo, se traspasó con su propio sable mortalmente; el temor y los reglamentos de su orden mandaban imperiosamente á sus

satélites, prodigarle los cuidados necesarios, y volverle inuerto ó vivo á la caverna. Al mismo tiempo en que muchos de ellos desnudaban y acababan de matar á los infantes heridos del regimiento de Reggio, y otros cargaban sus heridos sobre los caballos, los demas componian con las ramas de la emboscada una especie de puente en cuesta para sacar de allí el caballo del capitán. Con el mayor cuidado colocaron á este sobre unas angarillas hechas de ramas de árboles, y le llevaron á brazo en medio del escuadron hasta la caverna, dando á su llegada tres silvidos de alarma, que conmovieron vivamente tanto á la reserva que habia quedado en el cuartel, quanto á Larisa y á Morganti hijo. ¡Cuán grande fue la desesperacion de todos al ver el triste rostro de los que volvian! Se creyó fuese motivo de alguna persecucion formidable del reyno de Napoles; pero sin embargo de su temor, se admiraron de aquella tristeza y abatimiento vergonzoso y débil. Iban á preguntar la causa de tan extraño acaso, cuando las angarillas, manchadas con la sangre de Morganti, le presenta-

ron moribundo ; los gritos de las mugeres de toda la tropa, y particularmente de Larisa y su hijo, hicieron resonar las concavidades de la caverna, acompañados de las terribles palabras de desolacion y venganza.

Morganti el jóven, á pesar de que no tenia mas que diez y seis años, parecia á un tigre furioso herido por los cazadores ; corria á sus armas, hacia resplandecer su puñal damasquino, volaba á la carcel de los desgraciados viageros presos en los últimos ataques, los amenazaba con los mas espantosos suplicios, y juraba inmoliar veinte victimas á los maues de su padre. Este último, cuyas heridas acababan de ser reconocidas y juzgadas mortales por el cirujano, reuniendo todas sus fuerzas, mandó juntar á su lado todo el cuerpo de oficiales, su muger y el único heredero de sus derechos, é igualmente la mayor parte de los hombres de bronce, todos en el salon donde estaba colocado sobre un camapé y en términos que pudiesen oir sus últimas voluntades. «Yo encargo mi venganza, mis derechos y mi mando, á mi hijo, dijo Morganti con

»una voz bastante firme. Hombres de  
»bronce, que perezca por vuestras pro-  
»pias manos si llega á infringir los esta-  
»tutos de la órden; pero tambien que pe-  
»rezca mil veces el infame capaz de hacer-  
»la traicion." Despues de estas mandas es-  
pantosas é infernales, Morganti prestó juramento entre las manos de su padre, sobre un puñal chorreando sangre y que acababa de ser metido en el seno de una muger desnuda y aun palpitante sobre una mesa de mármol negro colocada en medio de esta horrible asamblea; juró observar escrupulosamente todos sus deberes, y el crimen, la rabia, el dolor y el despecho hacian ya saltar en sus ojos los primeros ardores de la venganza. Morganti espiró pocos minutos despues abrazando á su hijo y su muger, y á pocas horas se le enterró en una bóveda particular, observando para esto los honores que prescribia el código de estos malvados. En la otra vida lloraria este malvado sus infamias ante la presencia de sus merecidos tormentos.

Morganti, á pesar de su juventud recibido capitan á las aclamaciones genera-

les, apartando de su espíritu las debilidades de un dolor pusilánime, y abandonando los lloros para las mugeres, no pensó en atestiguar dignamente sus profundos pesares, sino por las primicias de una venganza resplandeciente. Uno de los artículos del libro rojo, del libro sangriento decía, que un capitán nuevamente elegido, no podía perder la virginidad de sus armas mas que con igualdad de peligros á vista del enemigo. Hubiese sido réputado por débil el mojar sus manos por primera vez en la sangre de una víctima sin defensa; era pues menester esperar la ocasion de una expedicion de alguna importancia para que este jóven malvado, pudiese dar pruebas de su habilidad y valor. Pero ante todas cosas para hacerse querer de sus soldados, Morganti hizo dividir entre ellos y el cuerpo de oficiales, ricos presentes de los que le permitia disponer la sucesion de su padre. Tomando conocimiento de los registros de la caja del depósito de alhajas y de la correspondencia, vió, despues de la cuenta que le dió Larisa, que se bailaba possedor de una fortuna de mas

de cincuenta<sup>4</sup> millones de francos, en diamantes, efectos, valor de todas especies y en monedas. Exigió también que le entregasen el libro registro de la Morgue (108), sobre todo, las cartas criptográficas de los encargados que tenían los hombres de bronce repartidos en las provincias, á fin de comunicarles sus nuevos derechos y próximas aventuras. En breve este monstruo en un teatro menos ignominioso hubiese manifestado un carácter, una firmeza y talento dignos de elogios á causa de su corta edad, si no se le debiese tributar el oprobio á manos llenas en tan funestas facultades, en vez de darle infames alabanzas.

Su primer acto de ferocidad, fue mandar al punto asesinar cinco jóvenes que componian el serrallo de su padre: desgraciadas que habian sido robadas y arrancadas violentamente de sus sangrientos esposos. Presidió él mismo esta carnicería, y ofreció este incienso sanguinario á los mañes de Morganti para apaciguarlo. «Es-  
»tas odaliscas (tuvo la barbarie de añadir  
» con ironía en la egecucion de este infer-  
» nal sacrificio) no deben sobrevivir á su

»sultan, y cual las viudas de Malabar en  
 »Asia (109), deben creerse mas dichosas  
 »muriendo en la hoguera de su esposo.»  
 El cementerio huesario de la Morgue reci-  
 bió estos cinco cadáveres sangrientos aun  
 quemando con los fuegos de una muerte  
 violenta. El oso temible, que cual nuevo  
 Cervero guardaba la entrada, se hartó de  
 carne humana, engullendo en su espacio-  
 so estómago miembros delicados que el  
 mismo amor hubiera mirado con religiosa  
 ternura y formas encantadoras, que se  
 habian criado durante diez y ocho años  
 en el lujo, la riqueza y entre los lienzos  
 mas esquisitos.

La ferocidad calmada y firme de este  
 jóven bandido llenó de admiracion hasta  
 á los mas audaces de la partida; esta mal-  
 dad, y esta observancia cuidadosa de los  
 mas mínimos pormenores de los regla-  
 mentos, y el alto caracter en un hombre  
 apenas fuera de las imperfecciones ordi-  
 narias de la adolescencia, todo prometia  
 á los oficiales y á los soldados un hom-  
 bre, que lejos de desmentir el nombre de  
 sus abuelos, los adelantaria á todos en  
 celebridad. Larisa, su misma madre se

sentia p enetrada de un temor sordo, de un cierto respeto á la vista de este ser imponente , que en su feroz belleza, bajo su casco sombreado de plumas blancas, y sus vestiduras de bronce, mandaba con admiracion de todos.

Morganti lejos de aplaudir la opinion de su padre, que era de coartar singularmente la educacion y la instruccion de los gefes de estos subterráneos hereditarios, pens  por el contrario que un capitán no debia engrandecer su talento por ciencias adquiridas; observó que las veces una tropa llena de valor habia perecido por la impericia del capitán. Se entregó pues en sus ratos desocupados al estudio de la geografía, y lenguas extranjeras; se rodeó de los hombres instruidos que habia en la banda; recorrió la biblioteca compuesta de todos los libros quitados   los pasajeros, y junt  de todas partes   sus cualidades feroces , teorías de táctica militar , de maquiavelismo mal hecho que algun dia debian en una funesta práctica reunir la astucia al homicidio, el saber al crimen, y la prudencia de la serpiente   la ferocidad del tigre.

En esta situación esperaba pues con viva impaciencia (en tanto Borgia su primer teniente hacia algunas expediciones insignificantes), que una accion brillante viniese á ofrecerle la ocasion de desplegar su jóven audacia.

Meditaba profundamente acerca del registro ensangrentado de los boletines diarios de la Morgue, que arreglados por orden alfabético, hacia mas de dos siglos formaban un volúmen inmenso. Allí estudiaba el monstruo el analisis de los atentados cometidos, los medios con que habian asegurado el suceso, las soberbias capturas que habian resultado y el número de hombres y mugeres que habian allí perecido. Con esta relacion espantosa se sonreía el perverso, como un tigre saciado de sangre masca con sus dientes voraces el vellon de un tierno corderillo. Esclamaba, lo mismo que Alejandro en su juventud (si nos es permitido honrarle con semejante comparacion): “¡El rey » Felipe mi padre conquistará tantos reynos que no me dejará ninguno que invadir para fundar mi gloria!!!”

El lector quizá deseará conocer estos

boletines espantosos, que después han quedado depositados en los archivos judiciales del palacio de la justicia en Nápoles como un monumento espantoso del grado á que puede elevarse la perversidad de los hombres. Vamos á manifestar algunas copias; por ejemplo:

*Boletín del 16 de enero de 1751.*

Aviso dado con tinta simpática para la correspondencia de Skilawe, el 28 de diciembre anterior: «Que tres ricos negociantes toscanos, partian de Livornia » con sus esposas, hijas, criados &c. en » dos coches alquilados en Florencia; pa- » ra ir á Nicolera debian necesariamente » pasar por las gargantas de Capacio en » la noche del 10 al 11 de enero.

Resultado definitivo de esta empresa:  
 en joyas, despojos, especies metálicas y  
 billetes del banco..... 112,535 fr.

Ademas de los caballos  
 y carruages vendidos á  
 los corredores de Trionto 4,000

Total... 116,535

*Nota.* Un oficial ligeramente herido

en el combate: el subteniente muerto de un pistoletazo.

Tres asesinatos, seis violaciones en el camino, las mugeres precipitadas vivas en la Morgue despues de diez y ocho dias de cautiverio.

*Observaciones generales en esta accion.*

«El capitan Morganti ha mostrado mucha prudencia y valor en esta accion; instruido que las tropas de línea apostadas y ocultas en un hoyo, espiaban sus movimientos, ha hecho desfilas un destacamento de los hombres de bronce á una punta opuesta, mandándoles que á su llegada tirasen algunos pistoletazos para hacer ir allí á su enemigo engañado por esta astucia de guerra, y aprovechándose de esta estratagema, se arrojó repentinamente sobre sus equípages á una punta donde el camino, subiéndose mucho, obliga á los caballos á ir al paso.

*Victoria completa.*

En la noche del 19 de enero del mismo año, la caja del regimiento de los húsares

de Escolonia salió de Nápoles el 15 de enero, y marchando á Trionto, bajo la escolta de veinte y cinco húsares, fue atacada por una carga repentina; veinte hombres fueron muertos, los cinco últimos húsares han huido. Del lado de los hombres de bronce, once heridos y cinco muertos.

Resultado en oro y plata 311,000

*En la del 27 de enero del mismo año.*

Comunicacion importante echa por un espía de la agencia secreta de Palermo. "Que un embajador extranjero regresaba » á su corte despues de haber obtenido » sus credenciales, provisto de ricos presentes que le habia hecho el rey de las dos » Sicilias, y atravesaria el bosque de Podzoll en la primera semana de febrero." Falsos pastores se colocaron en los prados del cercado del camino, aldeanas cómplices para advertir á tiempo, atalayas colocadas en la espesura del bosque, falsos avisos dados al embajador de que no seria atacado hasta los Apeninos, á fin de que no tomase alguna precaucion hasta este punto de su viage, se le atacó de no-

che y con antorchas; todos los criados fueron muertos cerca de las ruedas del carruage defendiendo á su señor. El mismo embajador fue herido, pero escapó milagrosamente á favor de la oscuridad; un negro tambien fue muerto y tambien los postillones.

Resumen tanto en favor de las antiguallas de las cajas de caridad y presentes del rey, como por la plata acuñada. 400,000 fr. vii.

*Boletín del 19 de febrero.*

Cinco tratantes en ganados despojados y dejados muertos en el sitio: lo mismo tres paisanos que volvian de la feria; cinco muchachas de los lugarcillos vecinos robadas para los placeres del capitán.

Recopilacion en dinero 257,000 frs.

*Presos por las tropas del Rey.*

Cinco hombres de bronce cayeron en una emboscada; fueron conducidos atados hasta Nápoles. Allí sufrieron tormentos terribles, y murieron sin revelar nada. Ejemplo que deben seguir mis descendientes.

*Boletín del 16 de marzo del mismo año.*

Aviso dado por la correspondencia de Rosade: Que una rica marquesa habia partido de Ferrara el 2 de marzo en un coche de camino con seis caballos, con su marido, su hija (de unos 17 años), su hermano y muchos criados armados y á caballo, habiendo afianzado en dinero una parte de sus bienes, proponiéndose embarcarse para las dos Sicilias. Brillante y valeroso ataque al pie de la montaña. Resistencia porfiada. Todos los hombres fueron asesinados en el sitio; solo la Marquesa y su hija conducidas vivas á la caverna de Calabria, tuvieron antes de su muerte seis dias de voluptuosa agonía y la Morgue por sepultura.

(Nota) El coche fue quemado en el mismo sitio despues de haber sacado de él los efectos de valor que llegaron á cerca de 250,000 frs.

*Boletín del 11 de abril de 1752.*

A la caída del día, se asaltó un coche de cómicos que volvia de Bérgamo á Basilicata, que habia hecho sus contrataas, y

se les cogieron muchos diamantes y bordados resplandecientes, pero falsos. Posesiones fáciles, no se vertió sangre.

*Resultado definitivo de esta acción;  
á saber*

La primera daina, jóven gallarda y hermosa, para los placeres del capitán y oficiales; los efectos robados útiles fueron siete guitarras, once mandolines, tres arpas, flores artificiales, un mono, un papagayo, pero ningun dinero contante.

*Boletín del 16 de abril.*

Un reverendo padre tesorero de la órden de los Templarios, viajando en una calesa tirada por cuatro mulas, el religioso fue abandonado en el camino con sus conductores peligrosamente heridos.

*Boletín del 14 de mayo de 1752.*

El palacio de Cotrona, en la Calabria, distante quince leguas de la morgue, saqueado en la noche del 10 al 11 de mayo. Señoras y criados fueron muertos y las hijas deshonradas.

Valor de todos los efectos saqueados 150,000 frs.

*Boletín del 18 de junio.*

Tentativas por cuatro hombres de bronce disfrazados, para robar la caja de un recaudador de contribuciones de la ciudad de Risetó. Desgracia sufrida.

Nota del capitán á este artículo: "Dos » de estos cuatro hombres fueron presos » por unos lazos que les pusieron en el » camino, con dientes de fierro, y los » otros dos les cortaron la cabeza para evitar el peligro de toda revelacion. Bello » ejemplo de heroismo que debe seguirse."

*Boletín del 21 de julio de 1573.*

"Grande calamidad. Dos fugitivos, de » quienes no ha habido noticia alguna, » hace cinco años."

*Nueva nota del capitán.*

"En semejante circunstancia cambiar » las contraseñas de la órden, escribir al » instante á todas las correspondencias. » Asegurarse del almacen de pólvora. » Doblar las atalayas por la noche" &c. &c.  
 Brabo : así como acaba de verle aquí el lector en este análisis rápido, Morgan-

ti se ponía al origen de todos los horrores imaginables, hacia un curso metódico y razonado de héroes, llenándose el espíritu de todas las hipótesis peligrosas en que era menester colocar la audacia por la prudencia. Estos dos fugitivos, estos dos desertores de la fe jurada no dejan de hacerle meditar: reflexionaba con una viva ansia acerca de su silencio, y el perfecto conocimiento que tenían de las menores localidades de la caverna, él no dudaba ya el daño, la misma muerte: pero la sola idea de la traicion le espantaba. Dió parte de sus recelos á su primer subteniente Borgani, quien le aseguró que estos dos hombres de ningun modo se debían temer, y que si hubiesen tenido que obrar, lo hubiesen hecho, y no hubiesen esperado el discurso de cinco años cumplidos para vengarse de algunas sinrazones que en efecto se les hubiese hecho en la particion de cierto botin por el capitan de entoncees. La opinion del subteniente era pues que se habian pasado á los Apeninos para alistarse en una sociedad de falsificadores de monedas, donde él mismo habia servido algun tiempo en

su primera juventud; sociedad que por otra parte correspondía con los judíos de Milan, de Turin, y asimismo de todo el Piemonte. Desenvolviendo sus razonamientos el subteniente, repasaba toda su vida, y de esto resultaba que desde su primera infancia, hijo de ladrón de caminos, había sido fullero de bolsillos, portasilvato, después vandido en la tropa de los vengadores del poder, partícipe atrevido en la banda de la rueda, en seguida falsificador de moneda, y después asesino en los hombres de bronce...

Borgani presentaba con vanidad este orgulloso estado de servicios, y se alababa con jactancia de más de cuarenta homicidios. Morganti suspiraba como deseoso de tantos laureles, suspiraba, digo, el dichoso momento de señalar su valor, y acusaba la lentitud de las correspondencias de los confidentes de todas las provincias vecinas, que no le prestaban ocasiones brillantes de perder las primicias de su puñal, aun virgen de sangre humana.

No se ofrecía más que algún simple mercaderillo forense viajando en su mula, y apenas digno de atacarle por un solo

hombre de bronce, ó mugeres sin nombre, sin fortuna, que una espada sola desnuda las podía rendir á discrecion, y otra vez algunos ganados ambulantes que pasaban á Bolonia. ¿Irá Morganti á egercitar ridículamente su brazo en bestias, y á despojar cobardemente y sin peligro los conductores de estos animales?... No, se limita á dar órdenes para que le conduzcan un leon, un trigre, un moho, ó un oso, con las consideraciones atroces que se esplicarán al momento, pues el primer oso habia muerto. En efecto, el oso era monstruoso, con un buen bozal y conducido á la gruta, lo mismo que el mono que está destinado para divertir á Larisa; pero en cuanto al tigre y al leon, el brigadier que ha sido encargado de la expedicion, responde, que ha sido imposible el conducirlos, á pesar de las cadenas con que se les habia atado: «quiero, »dijo Morganti, señalar mi reynado con »una particularidad bizarra, que entre »tantas egercuciones de mis abuelos, aun »no les ha venido á su imaginacion. Mu- »chos príncipes y reyes del Asia se han »divertido entregando á la vista de un

» numeroso concurso de espectadores, sus  
» esclavos desnudos á la ferocidad de un  
» tigre ó de un leon; yo quiero que los  
» enemigos del otro mundo sufran el mis-  
» mo suplicio , y que la Morgue reciba es-  
» te nuevo huesped.”

La asamblea criminal aplaudió, aunque no dejando de murmurar por lo bajo, esta idea infernal, y el oso habiéndole quitado el bozal, fue bajado, como en las minas de Polonia, á una vasta llanura en el foso del sepulcro. Los cadáveres que aun encontró enteros satisficieron su primer voracidad, y acabó por adormecerse con la boca babosa de sangre, y carnes femeninas que habia devorado. El infame Morganti, queriendo aun pasar mas lejos de los límites de la barbarie, sumergió vivas en estos espantosos sitios dos hermosas hermanas que la víspera habian sido robadas por los salteadores volviendo de Squillace (110). El monstruo para repararse mejor del horror de sus gritos y del espectáculo de su terror, mandó dejar entreabierta la tapa de la Morgue, é hizo bajar allí una lámpara con tres luces, compuesta de cráneos y huesos humanos,

á fin de gozar de los aullidos del oso que habian dejado cerca de tres dias sin alimento para hacerle aun mas furioso y mas cruel. Un aviso importante recibió en esta escena infernal por los espías de Reggio; decia asi: "Debe partir en la noche del 15 al 16 de agosto de 1753 la duquesa de Rosaldi, que vuelve con su hija de edad de 19 años á Policastro, en su coche acompañada de su caballero, y de una dama que la asiste: el convoy detras, compuesto de tres calesas llenas de los criados de la duquesa; está escoltada por treinta hombres de infantería del regimiento de Venecia, y veinte dragones que irán divididos en vanguardia y retaguardia. El botin, las riquezas que hay que robar son inmensas, y este solo golpe puede inmortalizar á un gefe de saltadores."

Morganti no titubea; las observaciones mas simples que se le hacen, le parecen injurias: ordena, dispone, distribuye los cartuchos, las armas, junta á todos los hombres de bronce, los arenga, les da parte del plan que ha estudiado sobre el mapa; hace partir en la misma noche que

precedía á la de este grande atentado ocho mineros , los cuales encargados de seiscientas libras de pólvora en pequeños barriles , van á colocarlas , como verdaderos ingenieros , bajo las cuestras de un puentecillo por donde debian pasar necesariamente los equipages de la duquesa al anochecer. Un cañon de comunicacion debe , atravesando el camino , alindar á una porcion de bosques que ha señalado en la carta. La orden fue dada al momento para que el puente saltase al tiempo que pasase la duquesa , de modo que la vanguardia separada del centro , asustada , confundida , dispersa , y perdiendo todo valor , se dejase coger sin mucha resistencia , y asegurar la victoria sin grandes sacrificios. Los oficiales que rodeaban á Morganti , trazando en su gabinete , y sobre la carta sus atrevidos diseños , no pudieron menos de admirar su genio prematuro. Morganti se adquiria tanta mas superioridad sobre estos hombres , quanto que jamas tenia que dudar ni variar sus planes proyectados , pues estos eran siempre firmes , bien combinados é incapaces de mejorar. Hubiesen

llevado consigo un carácter de grandeza si el crimen no hubiese sido el móvil espantoso de estas culpables empresas. Así, sus subtenientes obedecian con silencio como á un oráculo sin réplica, á quien es menester servir sin buscar el conocerle.

El dia que transcurrió á esta noche fatal, no se pasó sin ofrecer el interes de algunos acaccimientos. Larisa ocupándose en algunos pormenores de coordinacion en el almacén, se le figuró oír hacia muchas noches algunos golpes sordos que jamas habia observado: «Serán algunas oscilaciones de terremoto, respondió Morganti á su madre acusándola de falsas visiones; ó mas bien los rugidos del oso, que pide sus comidas favoritas... No, decia Larisa, son como golpes periódicos de martillos, como de gente que trabaja con azada y picos; venid, decia á los bandidos, venid por este lado, acercad vuestro oído á la tapia y quedareis convencidos de lo que digo. No oigo nada, respondió el subteniente, que habia puesto toda su atencion, si no es el oso que coscorreá y rompe huesos con su afamada dentadura...»

Sea que en efecto Larisa se engañó, ó que el ruido hubo cesado, la banda de los hombres de bronce quedó persuadida de que desvariaba. "Pero para mejor convenceros, madre mía, dijo el capitán, abramos la trampa, el oso no tiene alimento; que se le precipite al mismo tiempo á ese alguacil y esta jóven detenidos ayer por mi gente en las gargantas del Potzoll como sospechosos de espías, y vereis como esta noche no sentimos tantos ruidos..." Orden dada por Morganti, órden al punto ejecutada. La muerte seguía inmediatamente á la menor desobediencia, y el monstruo habia ya quemado la sesera en su misma mesa á dos de sus caballeros que se habian atrevido una vez á oponer algunas ligeras observaciones á sus mandatos severos.

La trampa funesta se abrió; el hombre y la jóven fueron allí precipitados, y caen medio rotos al fondo del abismo, teniendo las rocas agudas con su sangre, y dejando parte de sus cabellos sangrientos en los ángulos acerados de las petrificaciones.... El animal deseoso de miembros humanos tiene á una vez bajo sus enor-

mes uñas sus dos presas aun palpitantes. Las sumerge en el seno de la jóven; engulle la cabeza de esta en su espaciosa boca, y se confunden sus gritos acabándose con su vida, y mezclándose con los rugidos de la fiera.

Concluida esta escena atroz, el oso re-  
puesto del alimento se adormece y el mas profundo silencio de la muerte reyna en estos lugares homicidas.

Morganti, convencido de nuevo que es una ilusion de Larisa, manda montar á caballo; desea ver este dia que le han dicho debe deslumbrarle con mil fuegos... Desea, digo, saciar su sed con la sangre de sus enemigos; es como un buitres que se arroja furioso sobre su presa. En fin, armado sale de la caberna á la cabeza de su escuadron. El sol se ocultaba, y envuelto de púrpura y de un resplandor inflamado, se despedia de la naturaleza, sumergiéndose insensiblemente en el seno de Tetis, y redoblando la magnificencia de su esplendor y brillante declinacion.... Morganti como acometido de una porcion de luz se admiró, fuera de toda espresion, de tan magnifico

espectáculo, y no sabia como concluir los sofismas de Larisa acerca de este mundo enemigo, alumbrado por una lámpara tan bella. Le vió con la admiracion involuntaria de que se sentia penetrado á pesar de todo su orgullo, que vanamente se lo prohibia; pero volviéndose pronto, superior á sus vivas emociones, no pensó sino en su falsa gloria, y se encaminó con precipitacion ácia el teatro de su homicida noviciado. Despues de haber colocado triples centinelas bien disfrazados detras de gruesos árboles, dividió su tropa en tres partes, repartiendo igualmente el mando entre los oficiales principales, y quedándose con los ocho hombres que habian recibido la víspera la órden de minar el puente; les renueva sus instrucciones, y dándoles otro relox que marcaba en punto la hora misma que el suyo, les señala el mismo minuto en que debian poner fuego á la mecha al tiempo que los caballos del equipage de la duquesa pusiesen el pie en el medio del puente. Recomendó sobre todo una carnicería sin misericordia, á escepccion de las mugeres, de quienes se

pueda sacar, decia, una utilidad ulterior; y las palabras de orden fueron "sin cuartel, y mueran todos."

¡Qué suerte funesta esperaba á la más amable de las madres, y á la más interesante de las criaturas, su hija! ¿Por qué los aereos silfos no nos traen sobre sus bienhechoras alas el presentimiento preservador de las calamidades que nos han de suceder? Al menos nos detendriamos al borde del abismo; ¡no pisaríamos con pasos imprudentes una tierra que ha de venir á ser nuestro sepulcro! Pero desgraciadamente las páginas homicidas del fatalismo la habian ordenado de otro modo, y el crimen debia arrancar este último triunfo para caer precipitadamente para siempre bajo el rayo de las venganzas celestes.

Ya las sombras amigas de los horrores venian insensiblemente á envolver el horizonte de una ligera túnica de oscuridad, por medio de la cual se veia elevar á lo lejos una nube bastante espesa de polvo, causada por el grande trote de los caballos que exhalaban gruesas gotas de sudor... Ya, digo, un correo delante, en-

cargado de hacer preparar los relevos habia pasado el puente terrible, y el corazon de Morganti y de toda su tropa emboscada latia con violencia... Los mineros en sus puestos armados de una caja fosfórica, disponiéndose para encender una lauzca artificial oculta bajo la tierra, no esperaban mas que el momento de la circunstancia prescrita para ejecutar sus ordenes, cuando Morganti, sacando su relox, del cual pudo aun distinguir las manos, viendo por otra parte el equipage, que rodeaba una gran parte de vanguardia casi sobre el medio del puente, suelta el silvido incendiario, y corriendo al punto la mecha como una serpiente de fuego una distancia de mas de cincuenta pasos, á la vista asustada de la duquesa y de su escolta parece luego unirse en las aguas; pero esto no es sino para dar principio á la plaga mas desbastadora que ha inventado el genio de la destruccion. La esplosion rompe con desorden espantoso piedras enormes, arrojadas de sus sitios como bombas inflamadas que van á caer á distancias infinitas; los coches, los caballos, los bombres,

sus armas, todo en esta suerte de erupcion volcánica da la imagen espantosa del monte Ethna, cuando arroja llamas é ilumina sus rocas encendidas con su irritado crater.

El centro y la retaguardia, atribuyendo este catástrofe á algun fenómeno desastroso, lejos de pensar en la defensa, no pensaron sino en la huida. El triunfo pues fue muy facil para Morganti, que cayendo repentinamente sobre su presa, hizo un pillage espantoso y desordenado, apoderándose de valores considerables, de cofres y maletas, y entre los presos una muger de una belleza maravillosa, refugiada en el seno de una dueña, que parecia querer preservarla de nuevos atentados. Esta escena tenia lugar en uno de los coches del séquito de la duquesa. Esta era la bella Angélica Rossaldi, que ella misma antes del atentado, por una ligera circunstancia casual, habia ido á hablar un instante con sus doncellas. ¿Podemos llamar dicha á la casualidad, que no la dejó perecer con su madre, reservándola para destinos tan terribles? Los salteadores se arrojaron so-

bre ella con la más bárbara brutalidad, y sin mirar por la delicadeza de su complexion y de sus costumbres, la arrancaron cruelmente de los brazos de su protectora, magullaron sus manos y brazos contorneados con el bronce de su armadura, y anudando sus largos y trenzados cabellos, desenvueltos al rededor de sus muñecas, la transportan á galope en esta posicion tan dolorosa á la caverna de Calabria, donde se precipitan, brillando en sus semblantes la alegría y perversidad.

El primer movimiento de Larisa fue echarse al cuello de su querido hijo vencedor, besar su espada teñida con la primer sangre del valor, embelesándose á la vista de tantas riquezas; despues ordenándolas con su distribucion acostumbrada, dió orden para un espléndido banquete. ¿Qué fue pues de la infortunada Angélica en esta cueva infernal...? Arrojada, muri-bunda sobre un sofá del salon hacia mas de una hora, se hallaba desmayada, no dando ninguna señal de vida, y no debia salir de este espantoso letargo sino para ver mil desastres... Cuando volvió á abrir

sus bellos ojos á la luz, ¡ cual fué su espanto y su terror reconociendo en un banquete brillante los hombres de bronce, ó mas bien los infames asesinos que bárbaramente los habian robado...! Sin considerar en sus consecuencias, da un grito espantoso; los bandidos sorprendidos miran ácia su lado, y se acuerdan en efecto, en medio de sus atroces carcajadas, de que impolíticamente la habian olvidado "Señorita, tiene la desvergüenza de decirle Borgani, saludad con cariño á nuestro ilustre capitán, y quizá os hará el honor de admitiros á su mesa. = Mis cumplimientos, exclamó Angélica indignada, á un gefe de bandidos, al vil asesino de mi madre... A esta apóstrofe muy verdadera, Morganti iba á sacar su puñal damasquino, y quizá en su ciego furor á hacerla volar la cabeza, cuando sus tenientes, deteniéndole de repente, le hicieron considerar que siempre habria tiempo luego que se sirviesen de ella, en cuyo tiempo la entregarían á el grande habitante de la Morgue.

Esta perspectiva espantosa de profa-

nacion de sus encantos , hasta entonces el objeto de las veneraciones de una corte idólatra , estas palabras muy significativas de morgue , de sepulcro , no dejaron ya dudar á la infortunada Angélica que estaba destinada á los mas grandes horrores ; pero la de verse indignamente acariciada por un asesino , manchado con la sangre de la duquesa su madre la pareció la mayor. Arrojava miradas dispersas por la demencia del dolor , por todas las salidas de este alvergue , pensando que podria ver aun alli alguna esperanza de huir , mientras que los monstruos reian con ironía de su vana esperanza ; pero Morganti en este momento no pensaba ya en ella , entregado enteramente á las nuevas participaciones de Larisa que le aseguraba por lo bajo que habia oido bien renovarse los golpes sordos de que ya le habia hablado ; la escuchaba con seria atencion , y buscaba en sus conjeturas el motivo de semejante acaso. Pronto es sacado de sus reflexiones por la accion dramática que nuestra heroina , que hubiese sido traspasada por una espada de los hombres de bronce si

sus principios no la hubiesen hecho considerar el suicidio como una usurpacion sacrilega acerca del poder divino : pronto , digo , Morganti impacientado por los clamores y audacia de una mocosa , dijo , que se atreve á amenazar con su rango y su poder , se levanta , y marcha derecho á ella con gran admiracion de Larisa y de todos los otros malvados , que fijan en adelante los ojos á esta escena :

« Atrévete á acercar , monstruo vomitado de los infiernos , atrévete á manchar » mis vestidos con tu tacto asesino , y te » reduzco en polvos á mis pies.... exclamó » Angélica , animada de un santo fervor. »

Al mismo tiempo sacando un pequeño Crucifijo de plata , que en los viages no dejaba jamas de su seno ni de sus piadosas manos , le invocó diciendo : « Tú , » mediador divino , cuya sangre corrió en » espacion de nuestros primeros crímenes ; tú que de una mirada puedes agotar el Océano , destruir los Pirineos y » paralizar el brazo del homicida ; tú el » protector augusto de la inocencia y de » la virtud , defiende la mia contra empresas impías , y recibe mi juramento

»de consagrar el resto de mis dias á tus  
 »altares si llego á salir pura de este ám-  
 »bito execrable!!!”

A vista del Cristo, que jamas habia parecido en estas cavernas heridas de escomunion: á la voz celeste de Angélica, que en este momento parecia inspirada por un poder divino, un terror profundo se estiende sordamente por las venas de Morganti; los mismos bandidos son conmovidos como de un talisman irresistible; con la boca abierta y la vista fija parecen dudar ya el acercarse á esta soberbia muchacha, que pálida, desmelenada, y el seno medio desnudo, es otra Hécates recorriendo los abismos infernales.... Si llega ella á tocarlos con su Cristo, tiemblan, retroceden, se descolorean, se preguntan con los ojos acerca de esta magia inconcebible; Morganti, sobre todo, el sacrilego Morganti, tres veces hace vanos esfuerzos para sugetar su debilidad.... Tres veces retrocede de espanto cuando quiere precipitarse sobre el ser angélico, que le reduce a polvo con sus miradas...

¡ Oh triunfo de la religion ! ; Oh poder

del cristianismo! ; Una debil criatura sujeta á veinte esforzados, á quienes los peligros mas grandes no han podido espantar! Morganti, criado desde la cuna con el crimen, está inmóvil en su sitio, y siente ya hundirse en su corazon sanguinario el primer aguijon del remordimiento.... Borgani solo, el espantoso Borgani, mas atrevido, se levanta intrépidamente con Dolmovar que le sigue, y echándose con violencia sobre la trampa que abren: " He aqui su sepulcro, » exclamó, ya es tiempo de finalizar esta » escena pueril, y si algun dios obra en su » favor, que me esteruine en este mo- » mento..." A estas palabras Borgani se precipita sobre Angélica, y ayudado de Dolvomar, la atan á las manos dos largas cadenas, con las cuales la bajan desnuda al foso. Los rugidos del oso subian ya hasta la sala con un ruido espantoso... En tanto nuestra celeste napolitana está magullada con las cadenas, no se ha apartado un instante del Cristo libertador, le aprieta muchas veces á su seno, y no pide á Dios mas que una muerte que libere su persona aun pura como una azu-

cena, de las impurezas de estos monstruos... Morganti sobre el borde de la trampa maula friamente su muerte. La bella Rosaldi baja poco á poco ; sus hermosos pies , blancos como la nieve, tocan ya el hocico del oso que habia acudido al olor de una criatura humana , y se saborea con anticipacion de una dulce carniceria... ; cuando de repente un ruido tan terrible como el estallido de veinte truenos, se deja oír en las entrañas de la tierra con la aparicion repentina de muchas antorchas encendidas , llevadas por furiosos soldados. Una parte enorme de rocas se desmorona , cien zapadores salen de allí armados de hachas , de instrumentos y de palancas ; el oso cae herido con mil golpes , la joven virgen se libra milagrosamente , y mientras que estos generosos libertadores sitian por todas partes esta caverna infestada, por la parte del puente levadizo y de la cascada , entrada ordinaria de los hombres de bronce , se deja oír un tumulto confuso.... La huida era ya imposible, es menester perecer ó vencer. ; Pero inútiles esfuerzos! El arsenal está ya en manos de

los sitiadores. Morganti recibe un pistoletazo ; Larisa es herida sobre el cuerpo de su hijo, y sus almas espantosas vuelan de aquí para reunirse en los infiernos... Todos, en fin, caen bajo el hierro ó el fuego ; la bella Angélica envuelta en una capa fue colocada sobre un lecho, y el Cristo que siempre tiene en la mano derecha fue dos veces su libertador.

Siendo concluida la carnicería general, á escepcion de algunos prisioneros como necesarios para la instruccion del proceso, no se penso mas que en cargar en grandes carros las riquezas inmensas de los hombres de bronce. El lector desea sin duda conocer á estos libertadores que limpiaron la tierra de estos monstruos, y quiere acordarse de los dos fugitivos del boletin del 21 de julio de 1753. Llenos de un bello arrepentimiento estos fugitivos, habian revelado al ministerio de Nápoles, bajo la condicion de su gracia; y conociendo una gruta profunda, que segun la exactitud de sus cálculos, debia lindar con las galerias subterráneas de la Morgue de Calabria, alli se habien introducido misteriosamente hacia

muchos días, y trabajaban sordamente con la tropa de línea, rompiendo los tabiques de rocas poco espesas que los separaban de la caverna. Larisa pues no se habia engañado en sus observaciones. El gobierno napolitano no se limitó á acordar la vida á los fugitivos, los enriqueció tambien con los despojos de los hombres de bronce, hizo todas las restituciones posibles á los herederos de sus víctimas, bajo las indicaciones relacionadas que daba el horrible libro rojo. En seguida mandó se terraplenasen estas profundidades homicidas, que habian costado hacia siglos, tanta sangre á las provincias de la Calabria y á toda la Italia; y si por una parte la celebridad de una santa virtud y libertad milagrosa puede hacer olvidar la pérdida de una madre querida (queremos decir la duquesa de Rosaldi), Angélica coronada en la catedral de Nápoles con la diadema de la piadosa inmortalidad, por otra parte no tuvo nada que desear acerca del homenaje esclareciente hecho á su honor y animosa religion.



## EL GALEOTE ARREPENTIDO

ó

El poder divino de Chemis  
y de la religion.

NOVELA FRANCESA.

---

*La religion es una cadena de oro  
que une el cielo á la tierra.*

YOUNG.

---

SÍ, Young tiene razon: este sentimiento cristiano y respetuoso que nos pone sin cesar en relacion con la divinidad, y nos la representa como el testigo severo de nuestras acciones, y nuestros menores pensamientos es una verdadera cadena de oro que jamas quiebra el

hombre sin romper al mismo tiempo todos los lazos que le unen á la felicidad. En vano despues de haber roto asta cadena busca acallar su conciencia.... Asi sola la virtud y una alma pura es la que se disgusta del espíritu arrogante que hace consistir todos los placeres de la vida en los rasgos corruptores del exceso , procurándose gozos tan sin pesares como sin amarguras. ¡Que piedad tengo de todos estos mortales , que despues de haberse escaireado por caminos tortuosos en el seno de las riquezas, y haberse elevado en los honores que frecuentemente se oponen á la verdadera felicidad, quieren ademas insultarnos levantando por cima de nosotros sus orgullosas cabezas! ¡Qué menospreciable y fragil es la gloria que presenta un falso esplendor de fortuna que el soplo de la muerte ha de borrar! ¡Y cuan insensatos son los hombres que sacrifican su conciencia á los altares de Pluton! La historia que voy á contar es una nueva prueba de mis morales aserciones.

Theofilo , nacido de una de las mejo-

res familias de Nantes, fue en 1778 á Paris para proporcionarse allí sus estudios: no conociéndose con disposicion para el foro , entró en el comercio , y fue citado en pocos años por los cambiantes, banqueros y capitalistas como uno de los mas acaudalados de la capital; era cajero hacia muchos años en casa de Mr. de Saint-Albin, uno de los mayores banqueros de Paris (calle de Turena á la Laguna). Su habilidad, su exactitud en cumplir con todos sus deberes le habian hecho querer de su principal , que á pesar de la desproporcion de su fortuna con la de aquel , le destinaba en casamiento á su hija única Amelia la señorita de Saint-Albin, ya de bastante edad. Cansado de los negocios, se proponia, retirándose de ellos, entregar su casa y su crédito á su yerno, y al mismo tiempo hacer de él un amigo por los lazos del beneficio y del reconocimiento. Amelia su hija, que tampoco ignoraba las intenciones de su padre , miraba con gusto un dichoso porvenir. Theofilo , sabedor de tan generosos proyectos , no habia reparado las gracias de la hija de su principal sin sentir

nacer en su corazon una viva inclinacion. Asi por todos lados , juntando la suerte en esta casa todo lo que puede conducir á un dichoso dia , sin esfuerzo , sin intrigas y sin catástrofes romanescos , hacia entrar allí la dicha sin ruido y magnificencia , cual un huesped apacible enemigo de comitiva y vicisitudes ; el camino de la fortuna estaba perfectamente señalado para nuestro héroe. Una muger jóven , bien criada , hermosa y rica ; un suegro que no queria ver en su yerno sino un hijo querido , mas bien el amo que el asociado de la casa ; en fin , un estado honroso , todo concurría al deseo de asegurar un establecimiento soberbio á Theofilo. Una muger entretenida , es decir , uno de estos seres inmorales corrompidos desde sus principios , cuyo corazon frio é interesado vende el sentimiento y placer con la balanza en la mano ; la bella Adelina , en fin ; perdió á Theofilo , y con una sola mirada trastornó su honor y su próxima felicidad.

En Vaudeville fue donde nuestro héroe la reparó por primera vez , haciendo melindres , riendo , desordenando su

pañoleta á fin de desnudar sus bellas espaldas , y esparciendo sus impúdicas miradas por todo el sexo masculino del teatro. Teofilo en la edad de las ilusiones no tenia bastante profundidad , aunque no carecia de talento , para penetrar la impúdica risueña , que no abria la boca sino para hacer admirar el esmalte de sus dientes , y no animaba sus gestos sino para atraerse las miradas de los hombres , que cegados por una loca ilusion gustan de la belleza exterior. Pero Theofilo, sin esperiencia de mundo, sin conocimiento del caracter y ejercicio ordinario de las coquetas , por especulacion , enseñado á las costumbres sencillas de Marais , á la decencia , á la reserva y á la modestia de la señorita Amelia de Saint-Albin , como á la tertulia de la ciudad , á la cual asistia dos veces á la semana en casa de su banquero, no percibió en los vicios horribles de la artificiosa Adelina , sino el brillante exterior de que ingeniosamente estaba cubierta. Su reir era falso y estudiado , sus labios mordidos sin cesar para estar siempre bermejos , sus ojos adormecidos para apa-

rentar el exterior de la belleza. Theofilo, en fin, se complace en el seno de su ignorancia engañado por sus sentidos, y corriendo ante los atractivos de Adelina, está tan ciego como un joven provincial recién salido del colegio. Nuestra intriganta advirtió la pantomima sentimental de Theofilo, que con ojos sencillos pero voluptuosos, dejaba leer en su corazón como en un espejo los nuevos deseos que alimentaba. Theofilo sofocado por los atractivos de Adelina se apresuró á colocarse en un sitio cercano al de ella; y armó diestramente conversacion acerca del objeto de la pieza. Aquella habló con gusto, con discrecion, y con tan técnicas espresiones que hizo concebir á Theofilo la idea de una muger, no solo encantadora al exterior, sino tambien dotada de un grande talento; y él deseoso de brillar á su vez á la vista de tan amable objeto, se esforzó á esponer todas sus buenas cualidades ante una muger que no estimaba sino el bello solitario que brillaba en su chorrera. No se olvidó de ofrecerla dulces, refresco y otras cosas, á fin de demostrarla su finura y desinte-

res, gastando en un momento lo que no acostumbraba hacer en muchos dias en casa de su banquero. Adelina estaba sola en su palco; asi para hacer la apologia de esta inconveniencia, repitió muchas veces que estaba esperando á un primo guardia de corps que se habia apartado de ella hacia un instante para ir á su servicio al palacio. Cayó el telon y el primo no volvia, lo que advertido por Theofilo la ofreció su brazo, despues un coche para conducir á madama á la calle de la Michaudiere. Luego que alli llegaron le mandó subir; una muy linda camarera le alumbró, y todo le anunciaba el lujo en el mueblage de los cuartos. “Vos veis, le dijo, una viuda á quien » las desgracias obligan á vivir en este » estado modesto. Yo he perdido á mi es- » poso, que era comisario ordenador de los » marina, y me sostengo solamente de los » despojos de una gran fortuna.” Theofilo hizo aqui observar con elegancia, que con su bella figura y sus adelantos no la faltarian pretendientes que se crecieran muy dichosos borrando en su corazon el recuerdo de su primera union; á lo

que la astuta respondió que estaba lejos de buscar fortuna, pero sí deseaba un amigo, un verdadero amigo que la amase. Si nuestro héroe hubiera sido mas astuto, hubiera podido terminar nuestra novela con algunos luises, pero Theofillo, acostumbrado hacia largo tiempo, como lo hemos dicho, á las sencilleces de Marais, era aun novicio en el vicio; y viendo que la señora empezó á despojarse de sus adornos, pensó era tácita señal para su política el retirarse, y limitándose á besar la mano de su nueva querida, lo hizo pidiendo permiso para ir al otro dia por la tarde á ofrecerla en omenaje sus respetos. ¡Cuando se marchó se pueden juzgar las carcajadas de Adelinea é Irene su criada...? ¡Buen pavo para despojarle de sus brillantes plumas! exclamó la una; es un cajero de Marais, dijo Adelinea, y tiene verdaderos principios de patriarca. Vamos, vamos, tenemos con quien comer este invierno.

Al otro dia por la tarde, mas cuidadoso aun de su ropa que lo acostumbrado, nuestro pobre tonto cerró apresuradamente su caja y voló á casa de Ade-

lina; esta, queriéndole tender un lazo, tenía los ojos llorosos y el pañuelo en la mano cuando entró. = ¿Qué teneis, señora? = Nada, nada. = Pero en fin, explicaos. = No puedo explicarme. = ¿Cómo, no os dignareis decirme....? Aquí redoblaron los sollozos, y Theofilo yendo á Irene que le hacia señas, supo de esta última que su ama habia tenido una grande pesadumbre por la mañana con la repentina amenaza de un portero del tribunal civil, que por cierta deuda de su difunto marido, en él la habia declarado un próximo embargo si no la admitia: no os deis por entendido, señor, replicó Irene, porque mi señora tiene tal delicadeza que yo seria despedida. Theofilo se informó del importe de la deuda que eran seiscientos francos. Caramba, dijo él, es un poco caro para manifestar una accion de heroismo, pero en fin, yo puedo suplir esta suma bajo mis economías; ¿y no deberé yo mil veces reparar el daño de este sacrificio, enjugando las lágrimas de esta bella? Ella busca un amigo, yo quiero ser mas, quiero ser su bienhechor. Theofilo, po-

niendo el colmo á la delicadeza (bien lejana sin duda en esta circunstancia), se retiró bajo un ligero pretesto, y envió algunas horas despues bajo una anónima los veinte y cinco luises necesarios. El monstruo femenil que le hacia traicion de este modo, en lugar de amarle y quererle por esta buena accion, por el contrario, no pensó sino en la esperanza de nuevos robos. ¡Sonsaquémosle, exclamó; todo va maravillosamente! ¡Ah, gocemos al fin los fondos de Theofilo, que es un verdadero Patroclo.

El hombre que tiene principios y educacion raramente es atrevido conquistador de amor, y obliga algunas veces con su juicio y circunspeccion á que le estime una muger. Este era el caracter de Theofilo: lleno de candor y de generosidad, se hubiera guardado bien de reclamar los derechos del amor despues de hecho el servicio, pues hubiese temido marchitar su beneficio. Alejó hasta la ocasion de hablar de su ternura naciente con la aprension de que no pareciese á los ojos penetrantes de Adelina que exigia tácitamente la recompensa de un ser-

vicio de quien ella debía adivinar el autor. Se deja concebir que no se contentaría con los veinte y cinco luises, ; era una bagatela! veinte y cinco mil francos no le hubiesen detenido de esperar mas. Cada dia traia con él nueva estratagemma: hoy era un tapicero furioso que quería volver á tomar sus muebles, armado de una cuenta supuesta de 12 á 1200 francos, mañana comprometida en una partida de juego la taimada habia perdido bajo su palabra sesenta ú ochenta luises. Las estratagemas venían siempre en el momento en que se trataba de una operacion de haciendas, de que Irene era siempre el negociador fraudulento, y las economías del pobre Theofilo habian enteramente pasado por el tonel de las Danaides de la devorante Adelina. El monstruo femeníl, nuestra desvergonzada incógnita por el efecto de un profundo cálculo, avara de sus más ligeros favores despues del plan de sus cupidadas combinaciones, no habia concedido nada al apasionado Theofilo. Pródiga de sus encantos venales para otros, él solo carecia de sus bondades, no obteniendo

mas que miradas, suspiros y todo sobre lloros cuando era menester dineros. Entre tanto Mr. de Saint-Albin y la virtuosa Amelia habian notado una alteracion en la conducta de Theofilo: este en la tertulia estaba como distraido; su atencion parecia residir enteramente en otra parte; sus sentimientos, en otro tiempo siempre tiernos y respetuosos por su fortuna y su inclinacion filial á su suegro, no tenian la misma expresion; los cuidados y miramientos que los guardaba no eran mas que el tributo riguroso del deber y del agradecimiento, y Adelina era ya un tirano absoluto de sus sentidos y de sus inclinaciones. Pero son tales las mugeres, que basta que se desdeñe su ternura para que ellas se inclinen mas á los que desprecian y miran con indiferencia sus atractivos. Amelia de un sentido dulce y apacible en su nacimiento, y de unas ideas puras pasó al de unos celos y una inquietud que no tiene expresion. Theofilo con su nueva conducta y proceder la hizo sospechar una poderosa rival, á quien se propuso conocer al instante, de cualquier modo que

fuese. No se necesitaba para esto mas que seguirle algunas noches. Nuestro héroe constante en su pasion se dirigia siempre en casa de Adelina, pero esta malvada habiendo advertido que las haciendas de su víctima se habian concluido, habia redoblado sus caprichos y rigores: no eran ya lágrimas sino dasdenes los que desesperaban el corazon de su amante. “ ¡Como, le decia ella, pretendéis que » os ame, teneis á vuestra disposicion una » rica caja, y yo no tengo ni diamantes, » ni trages! ¡y ni aun tengo palco en » ningun teatro! ¡Esta mañana mismo la » St-Cery, obsequiada por un cajero, ha » pasado por debajo de mis ventanas en » un brillante coche!!! Id, id, Theofilo, » vos jamas me habeis amado realmente; » cuando se está poseido de una verda- » dera pasion por una muger no se la de- » ja consumir así en la oscuridad.”

Al pronunciar estas palabras, Adelina tomó la postura y modo mas ilusorio para hacer caer á sus pies al inocente, á quien pretendia desplumar enteramente, haciéndole faltar al honor y delicadeza. El dios de amor la promete todo cuan-

to le pide, y la jura que en adelante llevará todo el tren que con sus esfuerzos, y aunque sea con su crédito pueda sostener. Adelina lleva ya plumas, piedras, brillantes, habla con escándalo de las gentes á la salida de los espectáculos, come en bajilla de china, y nada tiene que desear de su amante. Nuestro desgraciado héroe, arrastrado por el torrente, no gusta ni conoce en los primeros tiempos sino las delicias de su coqueta. Adelina pone un arte que le ilusiona, y su virtud sacrificada bajo su seno no le parece pagar la posesion de tantas bellezas. Luego que se pasó la primera efervescencia de sus sentidos, para dar lugar á vuelta dolorosa de tardas reflexiones, Theofilo, hasta entonces puro como un vaso de cristal, no vió en sí mismo mas que un cajero infiel, malhechor y fraudulento; y el remordimiento y todos los demas tormentos se reconcentraron en su alma, y la irritante inquietud acompañó todos sus pasos, y reinó sobre todos sus pensamientos. Ya su caja adeudada por las contribuciones insaciabiles de Adelina, presentaba un déficit de 30000 fran-

cos, se acercaba un fin de semestre, y esta era una época inevitable de ajuste de cuentas. ¡Que terrores, qué apuros, qué angustias para un depositario que ha abusado de la confianza de sus principales, obligado al fin á manifestar sus criminales estravíos! Theofilo experimentaba acerca de esto todos los suplicios del infierno, y para cobro de males su querida, habiendo sabido el nuevo fin de sus recursos, habia levantado la máscara, no se ocultaba ya de los nuevos ó mas bien antiguos amantes, los cuales no habia escludido sino superficialmente, y no respondia á las justas acriminaciones de su amante, sino por caprichos y una desvergüenza fuera de toda espresion. En este estado doloroso Theofilo la propone vender solamente sus diamantes para reparar momentáneamente su caja; pero qué medio para obtener la menor generosidad de una muger de esta especie...! Todas ellas son de cera para conceder favores venales, y de bronce para el interes. Tal es su caracter. Veinte luises no les costará nada para un andrajo de la calle de Vivienne, me-

dio franco las arrancará el alma, si es menester sacrificársela al hombre á quien han arruinado.... Adelinea fue pues inflexible, es decir, que pretendió haber empeñado sus diamantes á fin de socorrer á su madre.... Impostura odiosa, porque sus piedras estaban ocultas, previendo este lance. Theofilo desesperado no halla ya mas que un recurso.... El juego, ¡ qué recurso, gran Dios! Una dichosa suerte puede favorecerme, se dijo en sus falsas esperanzas. Restableceré el déficit de mi caja, renunciaré á Adelinea, que me abandona en este infortunio; consagraré los primeros afectos á la hermosa y virtuosa Amelia, y yo mismo escapado de un daño mortal recobraré un bien inapreciable, el honor y la estimacion de mí mismo.

Cegado por este nuevo vestigio, consecuencia inevitable de una primera falta, hurta veinte mil francos á sus fuertes cofres y corrió, ó mas bien voló palpitándole el corazon á las diez de la noche al famoso número 113 del Palacio Real; allí se sienta á las mesas de treinta y una, y pide un alfiler, una carta

al señor de la casa , y deja pasar algunos golpes preliminares antes de probar los fatales cambios que debian decidir de su suerte y de su vida....

Los primeros puntos le son favorables; en poco tiempo aumenta sus fondos en una tercera parte , y concibe la esperanza de ganarlo todo. En efecto , sus posturas son pronto dobladas , y él honor de su caja posee ya su completa garantía. Pero por un exceso de demencia que nosotros no trataremos explicar , Theofilo perjuro á sus propios proyectos, vuelve á sentir renacer su amor con sus beneficios ; supone que la fortuna no se detendrá en tan buen camino , y tambien le volverá á precio de oro el corazón avaro de Adelinea. Se arroja pues de nuevo por los escollos peligrosos del paño verde , y despues de algunos periodos desfavorables perdió ; no solamente sus ganancias , sino tambien todo su caudal.

Preso de la mas violenta desesperacion corre en casa de Adelinea con intencion de suplicarla le conceda á lo menos por piedad algunos luises para intentar nuevas suertes. Pero Irene viéndole en es-

te estado espantoso tiene la desvergüenza de asegurarle que su ama no está en casa, siendo así que esta infame bribona sentada en la sala con algunos aturridos, á los que daba una espléndida cena, tenia la crueldad de hacerle oír sus carcajadas. Theofilo no tiene ya mas que un terrible recurso; el de mil jugadores desgraciados, quiero decir, el de quitarse la vida; pero antes de bajar á la tumba quiere á lo menos dejar aun algun recurso á su virtud en la opinion de su bienhechor Mr. de Saint-Albin. No quiere morir seguido de sus desprecios, y se propone trazar en una última carta las causas fatales y justificativas de sus excesos. Vuelve pues á la calle de Turenna á las once de la noche; abre la puerta de su caja, cuya llave siempre llevaba sobre sí, y se pone á escribir en su bufete; sus lágrimas mojabán el papel, y ponían ilegibles sus caracteres. En esta terrible misiva, momento de su desesperacion, pedía perdon á Dios, á la virtuosa Amelia, y suplicaba que no se ultrajase su memoria, porque escribia entraba en la tumba con casi toda la inocencia que la fa-

talidad y la seducción solas de una pérdida le habían arrebatado. Acabada esta misiva, Theofilo se disponía á ponerla el sobre y pegarla con lacre negro, cuando descubrió algunos cartuchos de oro que se hallaban cerca de sus registros.... Sus ojos se fijan allí con incertitud, el lacre se le cae de las manos como también la carta, y el furor del juego y la esperanza de recuperar pérdidas vinieron á cegarle de nuevo. Theofilo pone aun una mano sacrílega sobre este oro sagrado, y ve en superstición de jugador un genio oficioso que le renueva la idea de reparar prontamente todos sus infortunios.... El infiel cajero desgarrá pues la carta, y se dispone á apoderarse de los cartuchos de aquella moneda; pero al punto una fantasma cubierta con largas tocas fúnebres se le presenta tras un gran espejo que se hallaba sobre una mesa en la sala próxima á la caja; y esta fantasma con rostro pálido y cárdeno le gritó con una voz sepulcral: ¡Theofilo, Theofilo, te espero en las galeras...! A estas palabras infames, á estas palabras terribles nuestro infortunado, herido como

de un rayo, siente temblar sus manos y mojarse con un sudor frío; la palidez de la muerte cubre su rostro, sus fuerzas le abandonan, y en fin cae desmayado sobre el suelo.

Por otra fatalidad el gatillo de una pistola que tenia en su bolsillo para asesinarse, tocado por algun fortuito rozamiento, hizo salir el tiro que despertó con sobresalto á todos los de la casa. Se levantan, gritan, al asesino; llega la guardia, se apodera de Theofilo como de un malhechor; su turbacion le vende; al otro dia la justicia hace nuevas pesquisas, las declaraciones vienen á ser judiciales; el error de los registros de Mr. de Saint-Albin es evidente; se prueba un déficit de 600 francos, y apesar de las lágrimas de Amelia y súplicas del banquero, que queria con el precio de toda su fortuna detener el procedimiento, Themis continúa su ministerio implacable; y el pretendiente de la mano de Amelia, la víctima de Adelina, cegado sucesivamente por la venda de dos pasiones funestas, parte deshonorado con las cadenas de Tolon.

¡Que infortunio, qué oprobio irreparable para una familia llena de honor! ¿Hay expresiones para manifestar la desesperacion de los parientes de Theofilo cuando supieron por los diarios los procedimientos judiciales, la sentencia y condenacion de un sugeto que á su salida de Nantes daba las mas bellas esperanzas? Este catástrofe condujo á un tiempo al tûmulo á una madre inconsolable y á una hermana que acariciaba este hermano, mas desgraciado quizá que culpable. Mr. de Saint-Albin sobrevivió tambien poco tiempo á este desastre. Amelia sola entonces, dueña de una gran fortuna no renuncia la estraña dicha de participar algun dia de la suerte de Theofilo. Habiendo espiado, como hemos dicho, la conducta malvada de Adelina y la de su amante, habia llegado á conocer toda la trama de esta horrible seduccion por Irene la camarera; é infatigable en sus tentativas y procederes habia buscado á los jueces y no habia despreciado nada para volver el honor á Theofilo. Adelina en efecto fue presa y conducida á un recogimiento; esta era ya

para el corazón de una rival una venganza deliciosa. De allí Amelia partiendo á Tolon, nada economizó para ablandar la suerte del que adora. Las cadenas de hierro que magullaban sus finas y delicadas carnes caen á vista del talismán de la opulencia, se abren los horribles calabozos de la infamia á esta joven belleza, que animada por el fanatismo del amor se atreve á mezclarse entre todos los criminales.... Prodigia por todas partes el dinero; y se admira de la fuerza de la ceguedad de las pasiones, y este amante bajo la librea de la ignominia confundido en el asilo de los errores, la parece mil veces mas bello que en el tiempo de su inocencia.

Amelia exaltando cada vez mas su imaginacion, quiere que estas cadenas pesadas y estas trabas sean para Theofilo una suerte de adorno; en fin, lo diré, lector, ella obtuvo del carcelero y de la autoridad el permiso de hacerlas fabricar de oro....

Así Theofilo cargado de eslabones de oro, huecos á propósito para aliviar su peso, vestido con un paño de escarlata

fino, y una gorra frigiense á estilo de París, podia pasear por la ciudad hasta que concluyese su destierro. Amelia continuo contemplándole en este estado de ignominia fastuosa. Entonces Theofilo lleno del mas vivo arrepentimiento, da por todas partes pruebas de sus pesares. El oro de que le provee Amelia sirve para aliviar á los indigentes; la mitad del dia suplicaba á Dios cerca de las iglesias (porque no se atrevia á profanar el santuario con su presencia), implora al cielo ponga fin á sus dolorosos remordimientos; en fin, llega su virtud hasta suplicar á su amante abandone á un miserable que no puede llevarla en su himeneo mas que la vergüenza, y sofocar una pasion que la es fatal bajo todas relaciones, privándola de la estimacion pública; la pide le vuelva las cadenas de hierro que ha merecido muy bien, y le despoje del escándalo de estos lazos esclarecientes que ofenden las intenciones de la divina Themis. Pero Amelia triunfa de estos escrúpulos, y le hace entrever aun la dicha, cuyo risueño retrato coloca en América, rogándole cuide de

su vida , si no quiere que la misma tumba acabe pronto de encerrar á ambos. ¡Tal es la demencia del amor! El puede en sus extravíos disimular los honores del oprobio , y Amelia no ve en un Galeote sino su Theofilo desgraciado , pero siempre idolatrado.

Cuando se concluyó el tiempo de la condena del culpable , ¡ con qué ardor le ofreció su fortuna nuestra heroína! Es en vano ; Theofilo degradado á sus propios ojos quiere morir sin posteridad en vez de dejar desgraciados niños que puedan avergonzarse al llorar su memoria; inútilmente la suplica de nuevo se aleje y le permita sepultar en un convento de España ó Italia su vergüenza indeleble y sus remordimientos ; Amelia es inexorable , le estrecha en su seno , cae á sus rodillas , llama sus pesares , sus tristezas , los efectos de una conciencia timorata , y le asegura que con los nuevos sentimientos de piedad y espiacion que acaba de sufrir por su error , está enteramente purificado delante de Dios...

En fin , Theofilo cede á tantas instancias ; ¡ pero cómo habia de resistirse á los

transportes de una hermosa muger que hace brillar la dicha á los ojos de un desdichado ! Si Theofilo vuelve á tomar otra vez aun la existencia, es porque ha venido á ser necesario para la de su bienhechõra. El primer navío que partió para las islas sirvió á nuestros dos amantes para poner entre el teatro de su infortunio y el nuevo de sus esperanzas el inmenso espacio de los mares. No obstante, un veneno activo devoraba sin cesar el corazon de Theofilo ; esta fantasma funesta que se le habia aparecido en el espejo , y le habia herido con una profecía funesta , le perseguia sin cesar ; la veia hasta en los brazos de su amante, y hasta la tumba esta sombra implacable acompañó sus últimos momentos, sentándose sobre su cama cuando estaba para morir como para recibir su último suspiro.

Tal es el terror de un criminal, el cual erige en su espíritu, mil fantasmas que nacen de su conciencia lacerada.



ANÉCDOTA IRLANDESA.



*Los amantes desgraciados*

POR EL CAPRICHIO

**DE LOS PADRES.**

ESCRITA POR

*D. Basilio Sebastian Castellanos.*



**E**s indudable que muchas veces los padres olvidando las leyes humanas, que son tal vez el principal código que la naturaleza pone á los mortales, desprecian sus sabios preceptos, y no son padres sino para hacer de sus hijos unas víctimas malhadadas que sacrifican en el al-

tar de sus caprichos criminales. El amor filial, segun muchos autores, es el superior de todos los afectos sensibles; pues todos los imposibles son mas fáciles de lograr á los padres racionales cuando se trata del bien de sus renuevos. Los irracionales dan un ejemplo admirable á los que no son sensatos, pero natural á los que han estudiado lo que puede la inclinacion de la primera ciencia del universo: vemos una cerbatilla salir del vientre de su madre, y en aquel instante los autores de sus dias son guardas vigilantes de su existencia futura y de sus comodidades, privándose hasta del propio alimento, por cederlo á su amado hijo. Las aves, los peces, y hasta las mismas plantas, todos siguen las leyes de tan sagrado tribunal; y el soberano Autor demuestra su alegría al ver su obra correr al fin á que la ha destinado. El hombre es indudablemente el mas rebelde por lo mismo que es el que ha logrado mas beneficios, pues si se halla en un estado de humildad educa á sus hijos con la esperanza de la grandeza, y si en el de la abundancia con la de mayor aumento.

Los padres generalmente cuando sus hijos se hallan en el estado de empezar á gozar de la aparente felicidad que este piélago de pesares nos ofrece , parece que se apresuran en hacer mas amargos sus dias , pues en la mudanza del estado honesto al que concede el instinto de la reproduccion legítima , ponen su conato en evitar que la inclinacion de sus hijos sea acertada , como quiere el Soberano Accedor que nos dejó libres en esta eleccion , de la que pende tal vez toda la suerte futura hasta el paso á la eternidad , y quieren mejor vilipendiar la virtud , y que sus hijos caminen errantes , cayendo en la senda del vicio , que ceder de sus locos caprichos que la mayor parte los dirige el deseo de aparecer á sus semejantes con una vana reputacion de riquezas ó de falsos oropeles. No se diga por esto que algunos padres vayan errados en mejorar la eleccion de sus hijos , máxime cuando se trate de evitarles una desgracia duradera ; al contrario , deben trabajar porque sea acertada , y evitar todo peligro ; pero para ello , separar todo cuanto pueda traer aparejada discordia , deseo

de brillar, ó aprension de aparecer. Las convulsiones políticas de las naciones han trastornado hasta el orden natural del amor en todas las clases en que este se encuentra, y muchos seres han sido víctimas de ellas, y aun justamente es adonde me voy á dirigir.

En una capital de las mas distinguidas de nuestra Europa acababa de suceder una revolucion, en la que unos por fuerza y otros de grado habian sido comprendidos en la masa de los contraventores del buen orden, al paso que la mayor parte amantes de la tranquilidad se habian declarado sus enemigos. Sosegado todo por las sabias disposiciones del Príncipe, se castigó á los cabezas principales del motin, y se perdonó generosamente á los demas; pero se les prohibió, hasta que se viese si sus conductas mejoraban en lo sucesivo, el obtener ninguna distincion en la república. Sebastian Castelmos fue uno de los jóvenes, que inesperados acogió las máximas de los mal contentos, aunque no las defendió, pero no por eso se libró de que sus enemigos, valiéndose de este medio, se agolpasen con-

tra él, y calumniándole atrocemente le pusiesen en estado de hacerle sospechoso al gobierno: en efecto, cumplió los 16 años en un oscuro calabozo, pues sus émulos lograron que se le enjuiciase como reo de estado con la acusacion mas vil. El lector podrá ver claramente lo poco que en tan corta edad podría haber influido en una revolucion, maxime cuando no habia tomado las armas, que era con lo que únicamente podia haber contribuido al daño del estado. Seguida la causa por el tribunal superior conoció desde luego la infamia de los delatores, y la inocencia de Sebastian, por lo quedándosele los padecimientos que habia sufrido por bastante pena al poquisimo delito que se le encontraba, le concedieron plena libertad contra las intrigas de los que intentaban perderle, y sus padres que habian llorado amargamente su desgracia, volvieron á abrazar á su inocente hijo en el hogar que le vió nacer. Sin embargo de que no cesaban sus parientes de hacerle aparecer tan virtuoso cual era, aquellos pérfidos que le tendian los lazos para lograr su caída, no cesaban de

acosarle cada vez mas con sus pérfidos tiros, ya insultándole públicamente, ya denigrándole en la sociedad; pero nuestro paciente, aunque joven, conocia sus intentos, y los sufría con la mayor resignacion, tanto por conservarse superior á estos viles, quanto por no comprometer la tranquilidad de unos padres, á quienes adoraba. Un pariente, que fiel á su príncipe, se hallaba recompensado por sus beneficios, se encargó de su suerte, y bajo su proteccion le puso á cubierto de sus enemigos, proporcionándole una cómoda vida, y haciéndole mirar sus desgracias como un instructivo libro donde aprender las barreras y escollos de la vida. Algunos meses disfrutó Sebastian de esta tranquilidad, aunque siempre perseguido de sus émulos, trabajando literariamente, á lo que era muy aficionado, logrando la composicion de una comedia, que fue su primer ensayo, y al mismo tiempo se dedicó á comprender la curia de su pais, á cuya carrera trató de dedicarse para aparecer algun dia en la sociedad. Su primo Cancias se hallaba tan satisfecho de sus adelantos, que

le confiaba todos los negocios, y hasta el gobierno interior de su casa é intereses, lo que supo ejecutar tan bien, que con el arreglo de una prudente economía, cumplía con los deseos de sus primos maravillosamente. En sus ociosidades estudió el idioma italiano y frances con el mayor esmero y aplicacion, tanto que sus maestros le solicitaron despues para ayudarlos, y perfeccionó la letra inglesa y algun poco el baile y la música, pues los juzgó capaces de servir y de presentar con mayor magestad á un joven en la sociedad. Administraba muchas casas judicialmente, y su crédito estaba en tan buen estado entre los amigos de su pariente que ya trataban con él todos los asuntos de entidad. Los demas parientes solicitaban pasase á sus casas; pero él reconocido á su bienhechor jamas le queria dejar, y siempre le estaba demostrando medios de gratitud.

Como la fortuna varía cuando mas firme se la mira, no tardó en torcerse para Sebastian, pues enamorado perdidamente de una belleza, muger de uno de sus bienhechores, empezó á experimen-

tar por ella tanto fuego , que combatia su virtud con el respeto debido á una muger de su estado , con la fidelidad y reconocimiento y con su amor ardiente. Procuraba olvidarla , pero en vano lo intentaba , pues teniéndola siempre á la vista no lo podia evitar , y llegó hasta hacerse presente. La bella Matea , que así se llamaba , le reprendió su atrevimiento , pero no con tanto encono que él no conociese que era algo amado , por cuyo motivo , queriendo mas bien abandonarla que ser ingrato á los beneficios de uno de sus protectores , y que ofender en tanto grado al Señor , hallándose nuevamente perseguido por sus enemigos , que queriau introducirle en una conspiración que empezaba en el reino vecino , intentó abandonar la capital y aun su amada patria. Terrible le pareció al pronto su resolución , pero aumentándose su amor y el peligro , lo verificó repentinamente sin haber llorado en el seno de sus amados padres , que quedaron en una grande afliccion al ultimo a Dios. Su prima , que aunque sabia su excesivo amor y sus promesas para su bella querida , ig-

noraba el motivo de su huida, y su esposo, como le tenían encargados sus intereses, temieron algun desfalco; pero con satisfaccion de toda la familia, vieron por medio de un pliego cerrado una conducta tan irreprochable que á todos dejó confusos, no sabiendo ni los motivos de su huida, ni los recursos que contaba para ella, pues segun el registro del pasaporte era para reino lejano.

Don Sebastian como tenia el auxilio de las lenguas estrangeras, logró el ir de escribiente de un cónsul, que pasaba á correr cortes, y con él vió Francia, Italia y España, y cuando se halló en el aniversario de un año fuera de su patria recibió una carta de su padre, manifestándole la proximidad de la muerte de su madre, si no corria á sus brazos su cariñoso hijo; y olvidado algun tanto de las impresiones del amor de su amada, por lo á tiempo que puso el remedio, no bació, y sacando una licencia temporal, que despues fue absoluta, abandonó al cónsul, y corrió á su patria, donde fue recibido de sus padres y parientes con la mayor alegría.

Se reservó cuanto pudo de ver<sup>la</sup> su beldad, y consiguió al fin verla sin ardor; aunque jamas sin inclinacion; y considerando lo facil que seria el que se volviese á encender la llama si se acercaba al fuego, no quiso volver á sus anteriores obsequios, pretestando varios motivos que enfadaron á su amada. Como tenia el recurso de los idiomas, puso una academia de lengua francesa, italiana y castellana, y no tuvo mala suerte en sus discípulos.

Iba ya prosperando en su felicidad moral, pues carecia de las pasiones que perturban la tranquilidad del hombre; y se iba dando á conocer por sus obras literarias, que se publicaban con bastante aceptacion, cuando su mismo ejercicio le proporcionó un medio, que ilusorio al principio, vino á labrar su desgracia.

Uno de los antiguos amigos de su casa, por lo bien que le habia ayudado la fortuna, llegó desde un miserable menestral, á prosperar en bienes, y estos le adquirieron la reputacion, que unida al apoyo del principal magistra-

do civil de la ciudad (no sé por qué motivo que nada importarian) le elevaron á una plaza distinguida en el gobierno interior de ella. Este señor moderno tenia hijos, que educados en mas groseros pañales que en los que se hallaban, tenian la cabeza tan dura como la de su padre, y el talento de todos se podia cambiar por uno mediano, pues á la grosera produccion, unian sentimientos poco nobles y una soberbia y altanería, que les hacia olvidar de su primer origen. La madre y esposa habian tenido algunos mas principios; pero ya se habia tambien cumplido el refran español: *quien entre lobos...* Queriendo el hijo mayor poseer la lengua francesa por representar algun poco mas de lo que podia, por la cortedad de su talento, fue llamado Sebastian, y aunque conoció que nada habia de sacar de un hombre, que sin estudiar, ni talento suficiente, y si se ha de decir todo, sin saber leer ni escribir, queria poseer un idioma, que solo se profesa con una buena disposicion y arduo estudio, no quiso desengañar al padre, pero trató por enseñarle primero lo que no habia aprendido en la

escuela. Tenia don Alejo, que asi se llamaba el padre, una hija, que como dos de sus hermanos eran fruto de su primer matrimonio; esta habia sido casada cuando aun no tenia los 16 años con un menestral, pues no hallándose su padre en el candelero que se encontraba cuando casó, no podia tener mas lucidas proporciones. Su esposo solo lo fue escasamente dos años, pues habiendo tomado parte activa en la anterior revolucion habia perecido en una batalla, muy lejos de su cara esposa, que lloró su muerte en los primeros dias del matrimonio. Parecia que habia nacido esta niña para ser desgraciada, pues enamorada de su primer esposo, le correspondió sin el consentimiento de sus padres, que impidieron cuanto pudieron este enlace, por un odio irreconciliable que concibieron por su difunto esposo, nada mas que por la variedad de opiniones; pero como la de aquel regia entonces, empleó la fuerza de aquellas leyes, y sacando á la bella Laureana (que este era su nombre) de casa de sus padres á un decente depósito, con el auxilio de una tia de ella, hizo que se

encendiesen las antorchas de himeneo , á pesar de los enemigos que les querian impedir su felicidad , pero que lograron al fin interrumpirla en muchas ocasiones. La legitima materna costó grande trabajo hacérsela aflojar á don Alejo , pero tuvo que cumplir su deber. Cuando murió el esposo de Laureana , esta niña al recibir la noticia , corrió al amparo paternal á pedir auxilio , y aunque no se le negó , el bárbaro la atormentaba diariamente abriendo las llagas de su dolor , maldiciendo al difunto ; y olvidado del honor que se debe á los muertos , se regocijaba de su desgracia , teniéndola por felicidad. Por este accidente estaba en casa de sus padres cuando don Sebastian empezó á dar leccion á sus hermanos.

Se hallaba Laureana en este tiempo á la edad de 20 años , en la cual la lozanía de la juventud se presenta con los coloridos mas seductores , y aun cuando hacia tiempo habia salido del estado honesto ó virginal , esto no habia contribuido sino para hacer resaltar mas sus virtudes , pues salia del general de su familia como la encina caduca y solitaria de

un bosque asoma su copuda testa por cima de todos los demas árboles, y parecia imposible que entre la tosquedad de sus parientes hubiese salido tan fina y bien educada, cualidades, que siendo en ella obra de la naturaleza, la hacian mas recomendable. Su figura encantaba á primera vista, pues sobre un campo morinito, sembrado de unas facciones perfectas, y adornado con dos luceros negros como el azabache, cuyos reflejos penetraban hasta lo último del corazon que la miraba amante, se veian esparcidas las mas lisonjeras gracias; el esmalte de sus iguales y bien ordenados dientes competian con la misma nieve y el rosado perpetuo de sus mejillas adornadas con lunares que aumentaban su perfeccion, la daban el colorido de Venus. Su cabeza estaba señoreada por unos cabellos que á la abundancia, unian el negro del évano, y colocados al descuido sencillamente hacian resaltar toda su noble arrogancia: su mirar era modesto y penetrante; su marcha magestuosa, y al mismo tiempo contenia el aire de las españolas andaluzas; su porte social, y los encan-

tos de su melodiosa voz se introducian con tanta dulzura que hacian resaltar la amabilidad de la que los formaba. En fin, si la estatura, que era poco menos de la regular, hubiera contribuido á las anteriores prendas, es indudable hubiera sido la muger mas hermosa de su nacion, pero al menos lo era de la ciudad.

Con tantas prendas no debemos extrañar que Sebastian en la edad de las pasiones, olvidase sus desgracias, y sus primeros amores criminales á la vista de la misma Venus. Empezó por admirar su hermosura y en pocos dias su corazon, deseaba volar á los pies de la que causaba su continuo desasosiego. Laureana, amante de Sebastian desde primera vista, advertia con gusto la inclinacion de este, y esperaba con impaciencia su declaracion, pero él la dilataba por el temor de perder muy pronto la felicidad que á su vista gozaba, pues no podia persuadirse que sus padres habian de llevar con gusto un enlace, que aunque igual, no correspondia (segun ellos) con sus opiniones políticas.

Conociendo las prendas físicas de Lau-

reana es necesario no dejar en blanco las de Sebastian: su estatura era bastante regular, aunque sin gracia porque negándose la naturaleza, no habia querido contrabertir el órden por el arte, pero su figura tenia algunas perfecciones: sobre una tez blanca como el alabastro, resaltaban sus perfectas facciones y unos ojos azules; pero espresivos, y su cabellera tan rubia como unas candelas, formaba enlazándose con pobladas patillas de igual color, una figura seductora para las hermosas de sus tiempos, la voz era persuasiva y armoniosa, y sabía modularla con tanta gracia que seducia á la mas avisada.

Lleno de amor y de deseos se determinó, en fin, á declarar su amor, y abandonando el método epistolar tan acostumbrado en casos semejantes, un dia que la casualidad le proporcionó estar á solas con aquella muger encantadora, la declaró su pasión con tanto ardor, que dando los ojos franca salida al agua del placer, sus lágrimas se mezclaron con sus acentos; Ah, ¡si supiera que desde entonces empezaba su desgracia no hubiera declarado tan apasionadamente la causa

de su dolor! La bella Laureana , que hemos dicho que le amaba, le demostró su adhesion y con tan próspera como ilusoria respuesta , y entonces entregándose ambos á los encantos de una futura felicidad se olvidaron de los obstáculos que se oponian á su dicha , jurándose eterno amor , y prefiriendo la muerte á una separacion causada por la inconstancia ó cualquier otro motivo. ¡Oh cuan imprudentes son los amantes en el primer acceso de sus amores! Si recapacitasen antes de sus vanas promesas con madurez la cadena de infortunios que sus circunstancias particulares puede atraerles , serian mas cautos, y no se precipitarian con tan apresurados pasos al precipicio , máxime cuando la esperiencia en el próximo paciente les ha puesto ejemplos para que se detengan ; pero la fragilidad humana solo escarmienta en los pesares propios , y á veces ni aun estos bastan. Laureana cumpliendo con los deberes de buena hija , y sin reflexionar mas que en su amor , queria declarar á sus padres la pasion que abrigaba en su corazon , pero Sebastian se lo impedia,

convenciéndola de la oposicion que habian de hacer. Asi siguieron dándose pruebas del mas grande amor, esmerándose en seguir constantemente los principios rectos de la virtud, y aunque algunos de la familia sospechaban del afecto de ambos, nunca creian estuviesen sus corazones unidos tan fuertemente, por lo que gozaban del placer de verse diariamente é ir juntos en compañía de toda la familia á las diversiones que celebraban. Don Alejo empleaba á Sebastian algunas veces en el desempeño de su obligacion, pues como sus estudios los habia provisto la suerte y el dinero, concediéndole un mérito sin suficiencia, necesitaba de quien á costa de malos ratos y aplicacion hubiese aprendido á cumplir con un deber en la sociedad, y como ninguno de sus hijos se habia querido separar de la rústica escuela de su padre, carecian de los talentos necesarios al desempeño de cualquier obligacion; pero sin embargo, el mayor ya ocupaba un puesto en el gobierno, que debia estar ocupado por algun infeliz, á quien para colocarle á él se habria hecho al-

guna injusticia. Este era el que enseñaba Sebastian , y al cabo de un año de continuas lecciones pudo lograr que hiciese algunas letras mal formadas , y que deletrease algunas sílabas, pues por lo tocante al frances , ya sabia decir *oui*, mal dicho.

Todo este año fue feliz para los dos amantes , en los que solo algunos celos nacidos del mútuo amor, se mezclaban en su satisfaccion. Viendo el don Alejo que su hijo mayor nada adelantaba, y que se perdía el tiempo y el dinero en valde , mandó á Sebastian que empezase la primera enseñanza con el segundo, el cual no habiendo querido entrar en las modas de los señores, como él decía, habia entrado su hermano porque vestia como ellos , aunque siempre se le conocia no lo era, se dedicó a un oficio , y con las herramientas habia embotado tanto los sentidos, unido al mucho vino que bebia, que el entendimiento andaba vagando por el viento, la memoria en los campos del olvido, y la voluntad para aprender en la suela de sus zapatos. Muy triste fue para Sebastian el tener que pe-

lear con un hombre sin potencias del alma, y sí físicas, pues á fuerzas nadie le ganaba; pero reparando la escasez de su suerte, y el temor de perder de vista á su amada, pasó por ello, y empezó á dar golpes sobre aquel leño sin esperanza de ablandarle, como así sucedió, pues en un año solo sabia las letras de la cartilla, las que contaba para formar las palabras, y preguntaba una por una para escribirlas. El lector pensará que estos dos hermanos no fueron á la escuela, pero se engañan, pues asistieron como sus cartapacios, y atendieron á las lecciones de sus maestros como las mesas y los bancos. La madrastra doña Anita, muger de mezquino cuerpo, rara figura, pero viva, y de mas alcances, no cesaba de repetir la falta de potencias de sus hijastros, alabando la capacidad de sus hijos, é hizo cuanto pudo con su marido hasta que logró que su hijo mayor Alfredo fuese enseñado por Sebastian: este se alegró de dar con uno, que aunque atrevido, revoltoso y algo aficionado á la fuente de su origen, al menos era inteligente, y con respecto á sus hermanos un grande sa-

bio ; en efecto , despuntó por aprender , y en breve hizo progresos que acreditaron á Sebastian , y avergonzaron á sus hermanos. En tanto tiempo de enseñanza , habia adquirido mucha amistad con esta familia , y tomó tanta franqueza que parecia de la casa : hasta llegó á presentar á su mayor amigo Domingo , joven que estaba á sus cuidados y su discípulo en todas facultades. Este jóven era huérfano de padre , y estaba en poder de su madre , señora viuda , de escelentes prendas y de medianas comodidades , y de su hermana joven , que á sus buenas prendas físicas unia las cualidades morales mas virtuosas , resaltando en ella tanto la inocencia que era el embeleso de cuantos la conocian. Sebastian les trataba con grande amor , y tanto que llamaba madre á doña Facunda (asi se llamaba la señora) y hermanos á sus hijos , y muchas temporadas pasaba de casa de sus padres á la de aquellos , que lo deseaban.

Atendidas las buenas circunstancias de Sebastian , su irrepreensible conducta , y su mérito literario , el príncipe le honró , concediéndole un destino en la repú-

blica aunque honorífico por entonces, pero que le ponía á cubierto de sus enemigos, y acreditaba que el Príncipe y su gobierno estaban satisfechos de su proceder. Como el sueldo era estremadamente corto, no quiso Sebastian dejar sus lecciones, pues el temor de ser gravoso á sus padres era lo que mas le atormentaba, y siguió con mayor ahinco perfeccionando sus trabajos literarios.

En popa iba la nave de sus amores, pero un naufragio repentino la puso al pique de perderse por entonces, pero á la tempestad afortunadamente sucedió la calma, y á esta una aparente serenidad.

Los padres de Laureana deseaban que su hija pasase á segundas nupcias, pero la buscaban un esposo arreglado á sus ambiciosas ideas, pero como ella se hallaba presa del dueño á que habia entregado su corazón, todo lo abandonaba á él, y despreciaba á sus amadores, con diferentes excusas que enfadaban á los padres: estos empezaron á sospechar por la inclinacion que veian de su hija ácia el maestro, y la madre, que era muy astu-

ta, se puso de imaginaria para observar las operaciones de ambos. Conoció efectivamente lo que buscaba, y llena de furor quiso decirlo á su esposo, pero intentó primero reducir á su hijastra, si aun era tiempo. La reprendió, la persuadió, y la dijo que jamas seria esposa de Sebastian; entonces arrojándose á sus pies aquella, y tomando una de sus manos, la rogó que intercediera por ella para con su padre, que no aborreciese á un hombre que no podia dejar amar sin morir de dolor; y en fin, la demostró que antes pereceria que mudar de parecer, y que tuviese presente el fin que tuvo su primer ensayo amoroso. Antes de las últimas palabras, si hubiera sido madre natural, hubiera experimentado la conmocion dulce del amor maternal, pero como no lo era se enfureció, y juró que habia de oponerse á sus designios, pero la prometió callarlo al padre hasta cierto tiempo. Sabido por Laureana todo, empezó Sebastian á temer que se le despidiese; pero no sucedió asi, porque la madre buscaba otro motivo mas fuerte para ello. No tardó mucho en presentársele, porque habiénd-

dose en un baile que se tuvo en la casa en festividad de san Alejo, declarado amante de su hija, por lo que la distinguió de todas las demas, lo demostró á su marido y á una prima suya que se habia declarado desde el principio enemiga de Sebastian, y en esta consulta trienia se decidió despedir á Sebastian políticamente, pues no podia don Alejo llevar á bien que su hija se enlazase con un hombre de tan poca fortuna, y contrario, como él decia, á su modo de pensar; no calculando que por su nuevo destino manifestaba claramente lo contrario. Doña Quiteria, que así se llamaba la imprudente tia, instó para que se cumpliese su deseo, y cuando se lo prometieron empezó á chancearse con ironía y mofa con Sebastian. Esta señora por el vestido tenia las mismas cualidades que toda su familia, y no se separaba un punto de sus modales ordinarios y groseros, y aun añadia á estos blasones un natural desgarrro y desvergüenza, que hacia entrever su mala crianza y ningunos principios de educacion, debia su elevacion desde una mala ayudanta de maestra de niñas al

primer enlace, con un criado del príncipe, del que enviudó con una hija, que desde la cuna mamó las inclinaciones de la madre, y la suerte empeñada en favorecerla la colocó por segundas nupcias con un pintor, pariente de la familia, que habia subido á un grado eminente por el mismo motivo, de suerte que todos eran unos.

Laureana supo con sentimiento la suerte que esperaba á su amante, y jurando no dejarle de amar, aunque todo el mundo se opusiese, no quiso avisarle creyendo que con sus lágrimas podria mudar la resolucion de su familia, pero se engañó, porque su padre indignado con la declaracion de su amor aceleró su resolucion, y llamando á Sebastian le ordenó, que sabiendo sus hijos lo suficiente á su parecer, y estando persuadido de que no aprenderian mas, que acababa con el mes que cumplia aquel dia de ser su maestro, pero que cuando quisiese podia frecuentar su casa y exigir de él cualquier servicio. Sebastian se mantuvo con arrogancia á tan triste noticia, y les contestó, que si estaban satisfechos

de su proceder quedaba contento;

Mucho fue el pesar de ambos amantes; pero se consolaron con que se podrian ver, si no todos los dias, al menos algunos por la concesion que se le habia prometido lo que egecutaban; pero los padres que imaginaron lo contrario, reparando que nada lograron en su primera tentativa, y no queriendo declararse enteramente, empezaron por ver si los celos hacian á su hija aborrecer aquel hombre: para esto se valieron de ciertas personas que la decian que Sebastian cortejaba á otra señorita: al pronto lo creyó esta, y se suscitaron muchas desazones entre ambos amantes; pero descubriéndose al fin la verdad, sus amores fueron ya públicos, y empezaron las desgracias, porque los padres prohibieron totalmente la entrada en su casa á Sebastian, el que no por eso dejó de pasear la calle, ya que no podia entrar en el aposento donde habitaba su amada.

Privada Laureana de salir era necesario un tercero de quien valerse para comunicarse por medio de una correspondencia, y nadie pareció tan propio á

ambos como la criada, que á una viveza y carácter propio para tales encargos, unia la de ser callada y amante de su señorita; que ademas enamorada de un sobrino de sus amos, necesitaba de su señorita para que la ocultase algunas faltillas en la obligacion que descuidaba algunas veces. En efecto, María (que este era su nombra) fue el mercurio del amor, y con este auxilio sabian uno de otro, y se afirmaban con la pluma de Cupido el mas ardiente amor. Laureana se ponía al balcon á las horas que este iba y venia á su casa, que estaba cercana á la suya, y de este modo lograban verse; y todos los domingos y dias festivos en compañía de los niños sus hermanos iban juntos al paseo, aunque por parages donde no pudiesen ser vistos de sus padres. Un acaso imprevisto dió nueva entrada á Sebastian en la casa de su amada restituyendo su alegría. Un dia que iban juntos á pasco, fueron vistos por don Alejo: su hija le demostró haberse encontrado casualmente, y aunque con indignacion, los dejó continuar, partiendo por diferente parte: sucedió que despues, per-

diéndose la criada con uno de los niños en la concurrencia, se imaginó que el mas pequeño que llevaba á su cuidado se habia perdido, y llegó á casa llorosa, declarando esta desgracia, que obligó á doña Anita, amorosa madre, á salir corriendo en busca de su niño. Laureana y su amante llevaban el niño é iban pesarosos, porque María se hubiese separado de ellos, no dudando el desagrado de sus padres. Uno de los hermanos mayores que venia delante de la madre llorando, al encontrarlos les contó como creían al niño perdido, y Laureana concibió al momento la idea de valerse de este medio para poner en bien á Sebastian, y así que en cuanto llegó la afligida madre á ellos la contó como cierta la pérdida del niño, ponderándola las fatigas de su amante para buscarle, y el haberlo logrado. Doña Anita á pesar de todas sus faltas, era madre apasionada y agradecida al que la habia vuelto á su hijo, á quien llenó de besos, le obligó á volver á su casa, y se mostró con él mas benigna. Este accidente llenó de gozo á los dos amantes que tuvieron la dicha de verse otro poco

de tiempo , pero creciendo su amor , se aumentó el enojo de los padres , é iban á volver á despedir á Sebastian , cuando una comision del real servicio lo obligó á pasar á Francia de órden del Príncipe. Esta honra deslumbró á los padres , pero ébrios en sus caprichos no bastó para atraerlos á la razon , y creyeron que con la ausencia se borraría el amor de su hija ; no fue asi , porque todo el tiempo de la triste ausencia , Mercurio pasó los mares con rápido vuelo , y flameando sus álas corria de una en otra parte , conduciendo los dones de cupido. En este tiempo don Alejo proporcionó ventajosos acomodados á su hija , pero todos fueron desechados , y concluida la comision de Sebastian le vieron volver con indignacion tan amante como habia ido , y mas digno de su hija. La satirica doña Quiteria no cesaba de vilipendiarles , y para ayudar á lograr lo que deseaba se valió de otros para efectuarlo con mas empeño. Uno de ellos era una tia de la familia , que parecida á todos , solo se diferenciaba por haber visto algunos paises estrangeros , de los que ninguna ilustra-

cion habia tomado: la tia era un monstruo extraordinario de rusticidad, pues la naturaleza la habia dado tanta obesidad que parecia un corpulento buey; y tan tosca voz que apedreaba cuando hablaba: era tan descarada y burlona, que movia á desprecio; y tan dafina que los chismes eran su comidilla. Todos los parientes enemigos de Sebastian no cesaban de importunarle, y pronto lograron que enteramente se le prohibiese con descaro la entrada en casa de su amada; esta, hecha ya una furiosa amante, á todos les decia que jamas seria de otro, que de aquel que agradaba á su corazon.

María volvió á sus anteriores tareas mercuriales, y los paseos solitarios fueron de nuevo el recreo de estos dos amantes: en ellos recordaban con lágrimas mas felices dias, y presagiaban mayores penas. La melancolía de Laureana era grande, motivo por el que los padres, á quienes hizo creer que nada tenia ya con su amante por haberse este dedicado á otro objeto, determinaron que con su criada pasase á distraerse á un lugarcillo cercano de la capital, donde se iban á celebrar

unas fiestas en casa de los padres de María: no vió en esto Laureana sino el medio mas laudable de ver y estar en compañía de su amante algunos dias, y condescendiendo, aunque sin empeño, por no dar que sospechar, en lo que la proponian sus padres, le avisó que pasase á V... al instante, dándole cuenta de todo.

Sebastian, á vista de un aviso que tanto le agradaba, dejó sus ocupaciones al cuidado de su amigo Domingo, y con su escribiente que conocia gente en aquel pueblo, salió la noche misma del dia que pasó su amada á él de la capital, y en pocos minutos estuvo en sus brazos, acreditándola su eterno amor. Alojose Sebastian en casa de los padres de María, de suerte que tuvo la dicha aquellos dias de habitar bajo el mismo techo de su amada, y acompañarla en todas las horas, á pesar de la oposicion de unos padres, que por solo un capricho, olvidando las virtudes que le adornaban, le privaba de su mayor dicha. Los momentos felices son muy cortos; pues el maléfico genio del mal se apresura á turbarlos con sus obstáculos enfadosos, y asi fue, que acom-

tiendo á Laureana un agudo dolor , hizo al tercer dia de su estancia en V... pensar regresar á la capital , porque se agravaba cada vez mas. Sebastian dispuso al momento la partida por no comprometerse , y en compañía de sus amigos y dependientes partieron de aquel lugar , cuya permanencia labró sus primeras desgracias.

Cuando llegaron á la casa de Laureana se despidieron los dos amantes con grande sentimiento , y Sebastian , dolido del mal estado de la salud de aquella , esperó con impaciencia el venidero dia , en el que María le notificó que su señorita estaba muy mala , y que le mandaba á decir que sus padres habian ignorado su estancia en V... Triste Sebastian , á cada instante deseaba saber de su amada , y su amigo Domingo , que aun entraba en la casa , era el que le consolaba en su afliccion , diciéndole su estado ; pero viéndole un dia venir triste y pensativo , imaginó algun mal accidente , y sobrecogido le preguntó : ¿ qué , amigo mio , se halla peor ? ¿ está de peligro ? No , le contesto , pero don Alejo acaba de saberlo todo , y enfurecido se ha declarado con-

tra ti y su hija, á quien sospecha en cinta, por lo que la ha llenado de improperios, sin embargo del cruel estado en que se halla, y me ha dicho que te diga que es tu mayor enemigo. — Poco me importa, respondió Sebastian, esas amenazas, lo que sí siento es que piense tan infamemente de la pureza de mis acciones, y que dude de la virtud de su honrada hija; ella nunca ha desconocido las leyes de la honestidad, ni yo he intentado jamas seducir sus gracias para cometer un crimen ageno de mis principios. Domingo demostró á su amigo como doña Anita declaraba á todos la supuesta falta de su hija con los coloridos mas infames, denigrándola públicamente, y abandonándola en su mal de una manera tan malvada que no se tenia humanidad. = Infame muger, replicó el dolorido amante, bien demuestra que sus pechos no la han alimentado: ¡desgraciado de aquel hijo, que perdiendo á la verdadera madre se halla sustituida con otra que solo tiene el nombre! Si fuera su hija, y suponiendo que su delito fuese efectivo, procuraria ocultarle con empeño; y

sus cuidados en una peligrosa enfermedad serian los que inspira la naturaleza; pero ella no conoce con mi amada tan sagrados principios , mas es madre , y algun dia los remordimientos la representarán el castigo por su inhumanidad. María todos las noches condolidada del dolor de estos amantes desgraciados , corria á un puesto señalado por Sebastian , y alli le participaba cuanto pasaba en su casa , que siempre eran lances que aumentaban su pesar. Por ella supo que toda la familia , en particular su padre y hermano mayor , insultaban á Laureana: las lágrimas de esta , su desfallecimiento , y en fin , su determinacion de separarse de sus padres , pues lo podia hacer por su estado de viudez en cuanto recobrase su salud. Sebastian fue de este parecer , pero no pudiendo sufrir tanto , escribió á don Alejo una carta , manifestándole sus designios con algunas amenazas si no accedia: y corrió á encontrar al hermano con ánimo de vengarse si no cedia de sus infames insultos para con su hermana , pero este cobarde tanto como persona tenia , se dió por vencido , y pro-

metió no meterse en nada de cuanto perteneciese á su hermana: escribió tambien á doña Anita, y esta contestó una carta grosera, pero paliativa, pues que ya empezaba á remorderse de su anterior conducta. En las veces que vió á María la demostró que el Príncipe le habia dado un destino para fuera del reino, el que no habia admitido hasta ver la determinación de Laureana, pues si ella queria, unidos en el templo de Imeneo, se apartarian de la vista de todos sus enemigos; pero recibiendo la contestacion de que segun el estado de la salud aquella saldria muy en breve á la calle, trató de conversar con ella sobre este particular. En efecto, al mes de una penosa enfermedad estuvo en estado Laureana de salir á dar gracias al Señor por su alivio corporal, y á pedirle por el espiritual: este dia no la fue conveniente ver á su amante; pero este que lo supo por María, admirando su virtud la esperó, y al verla salir de la casa del Señor, sostenida en el hombro de su criada que era su única compañera, corrió á ella, y antes de llegarse se paró á considerarla. Los hermosos colores

de su rostro habian desaparecido , sus mejillas eran sepulturas de sus anteriores carnes; sus lavios rosados habian sido sustituidos por el cárdeno del sepulcro; sus ojos vivos estaban enteramente amortiguados , su paso era lento , y su languidez extrema , en fin , parecia un esqueleto andante. ¡Gran Dios! exclamó Sebastian admirado , ¿es esta aquella en quien se gozaban las gracias , y de la que se avergonzaban las rosas de la primavera? Vida mia , tus padecimientos por mí te han acreditado á mi corazon de tal modo , que de nuevo te juro mi constante amor. Aquella contó por menor á su amante todo cuanto habia sufrido con su familia , de la que solo su tío Antonio , su esposa y su bella hija (que eran los mejores) la habian compadecido con amor; la determinacion que habia tomado , y que apresurase el cumplimiento de su promesa; y Sebastian la persuadió á pesar de la conducta culpable de sus padres , á que no los abandonase , y á que los obedeciese , para que vieran la diferencia de sentimientos , haciéndola creer que cuando no hubiese otro remedio se valdrian del

derecho que las leyes de su país concedían á las viudas, como hijas que habían salido de la patria potestad, y mujeres libres para la elección de los sujetos que habían de fijar su futura suerte.

Se convenció Laureana de las razones de su amante, y á pesar de los insultos de su familia, siguió con ella, consolándose con ver desde sus balcones á su amante y salir con él en compañía de su criada los días festivos. Sus pasos amantes se dirigían casi siempre á las riberas del río que cercaba á la capital, donde Sebastian solía esperarla con impaciencia, y cuando este no había aun llegado aumentaba con las lágrimas del dolor la corriente del sosegado río. Allí solos los dos amantes, pues María solía separarse á bailar con sus compañeras, ó á pasear con el que sin dificultades la obsequiaba, se desplegaban las riendas al dolor comun. Querida mia, decía Sebastian, cesa de afligirte, Dios es clemente, sabe cuán puro es nuestro amor, no se halla ofendido con crímenes de nuestro afecto, y no será sordo á nuestros suplicantes acentos; aquí entre las flores que mote-

jan estos dobles céspedes, debajo de estos frondosos gigantes del reino vegetal, y á la orilla de las nayades de estas cristalinas aguas, renovemos nuestros amantes juramentos; y esperemos una felicidad futura. = No, amado mio, profumió Laureana, en vano la esperamos: nuestros amores empezaron desgraciados, y lo continuarán siendo; sí; muy en breve creo que tendrás que olvidarme. Cuando estaban en esta conversacion, un amigo de Sebastian le llamó; y atendiéndole supo que Laureana habia recibido el dia anterior una carta de otro amante: se despidió presuroso de aquel, corre á ella, que asustada de su repentina mudanza le pregunta la causa, y él le respondió: infame, asi sabes engañarme, ¿donde, dónde esa carta que ayer, faltando á mi amor, has tomado? inconstante, ¿asi te burlas? = Por Dios, replicó ella, tómalas, aqui la tenía para devolvérsela al que me la dió; yo no la tomé, fue María = ¿Asi faltas al decoro? y en tu seno guardabas tan odioso papel? ¡Ah, no sé como detengo mi rabia! y leyendo rápidamente su contenido la rasgó con fu-

ror, echando á andar, alejándose de Laureana, la cual llorosa le volvió hacer detenerse con las muestras del mas acerbo dolor. Sebastian la contempla, llora de despecho y de pesar, y oye con desasosiego la relacion que aquella le cuenta, diciéndole que aquel papel se le habia dado don Vicente (asi se firmaba) á su criada, y que ella le habia tomado para devolvérselo y dárselo. Toda esta tarde fue triste, y por la noche despues que se separaron, viendo Sebastian que su rival estaba situado frente á los balcones de su amada se dirigió á él, y preguntándole con urbanidad el objeto de su pretension, cuando fue satisfecho de que su amada no le habia dado ninguna esperanza á sus porfiadas súplicas, le ordeuó que la olvidase, declarándole el mando que sobre ella tenia, por lo que este se retiró convencido de haber dirigido errada su vista.

Don Alejo y doña Anita, reparando lo imposible de cortar la comunicacion de su hija con Sebastian, y atendiendo á que judicialmente podia Laureana hacer su voluntad, pensaron seriamente para evi-

tarlo, y no encontraron otro medio que el de sorprenderla, haciendo sospechoso á Sebastian, para lo que se valieron de un sugeto, amigo de la casa, que lo era tambien de aquel, y este lo supo hacer tan bien, que se logró perfectamente los deseos de la familia.

Este mal amigo sedujo á Sebastian á ir con él en compañía de una de sus parientas á casa de su querida á una diversion que se celebró para este efecto, y fingiendo que esta muger se hallaba sumamente disgustada, le suplicó que durante la diversion la convenciese de su amor, diciéndole que esta era la prueba que exigia de su amistad. Sebastian, que ignoraba la tempestad que se prevenia contra él, y que no veia en esto mas que una sencilla accion del amor de la amistad, no vaciló, y el dia que se le dijo acompañó del brazo á la hermana de su amigo, y fue á casa de aquella (Angela). Laureana, que de antemano habia sido advertida maliciosamente por el mismo amigo, fue acompañada de su madre á la misma casa, en donde detras de una vidriera, que no se abrió en toda la noche, estuvo viendo

todas las acciones de su amante sentado al lado de esta vidriera al lado de la amada de su amigo, que noticiosa é instruida del papel que habia de jugar demostraba con engañosa sonrisa, que la agradaba mas el procurador que la parte por quien solicitaba. Sebastian admirado del descaro de aquella muger, que tan sin pudor se le declaraba, la conto sus amores, y la juró que no amaria á otra que á Laureana á cuyo nombre sus ojos se llenaron de lágrimas, y entonces la Angela le limpió cariñosamente, manifestando con sus ademanes que estaba agradecida. Como todo estaba coordinado, bailó siempre Sebastian con Angela, y esta que sabia el daño que hacia, no quitó de él la vista en toda la diversion, gastando muchas chauzas: figúrese como estaría la sensible amante á semejante escena, impacientada por su infame madre que la repetia las mismas palabras; á cada accion del desgraciado amante, prorumpia en dictados de desesperacion contra su dueño, que desgarraba su sensible corazon con la mas minima de sus acciones. En fin, agoviada de dolor, no

pudo sufrir mas aquella horrorosa escena de inconstancia , y cayó desmayada en los brazos de su madre , de aquella cruel madre , que sin embargo no se ablandó á la pena terrible de su hija.

El infeliz Sebastian acordándose de su amada hubiera abandonado aquella muger tan diversa de sus ideas virtuosas , y si supiera que padecia tan cerca de él , todo lo hubiera atropellado por justificarse , pero lo ignoraba , sin embargo de que su oprimido corazon le presagiaba alguna desdicha nueva.

Volvió Laureana cuando la funcion concluyó , y hecha una furia , desatendiendo los gritos de su madre , y siguiendo los impulsos de su desesperacion abrió precipitadamente la vidriera , y dirigiéndose á su amante que conversaba con Angela : Malvado , le dijo , gózate en libertad de mis lágrimas , y concluye mi existencia para sacrificarla á los pies de mi rival : Sebastian , no atendiendo á la confusion que habia en la sala sino á su amor , se arrojó á sus pies y la dijo : amada mia , aqui mismo puedo justificarme ; pero la madre , llenándole de improperios , y lle-

vándose á su hija le privó proseguir: él quiso seguirla, pero el pérfido amigo, á pretexto de prudente determinacion le detuvo con los de la casa, y oyó los últimos acentos de su amada que al salir le dijo: *infame, adios para siempre*. Un terrible desfallecimiento le sobrevino, y fue preciso llevarle á su casa en donde empezó una terrible enfermedad, pues al dia siguiente recibió una carta de Laureana concebida en estos términos:

« Don Sebastian, bastante tiempo he sido el juguete de una ardiente pasion que V. ha pagado con la inconstancia: lo he conocido, aunque algo tarde, para borrar su memoria de mi herido corazon: su traicion desengañándome ha puesto el primer escalon de su desgracia, pero me ha enseñado á ser mas cauta. Gozad en los brazos de Angela la dicha que me habiais prometido tantas veces para engañarme, pues yo, si jamas seré feliz en los brazos de otro esposo, al menos me consolaré con que seré mas amada. Olvidad para siempre á la desgraciada = Laureana.»

A pesar de lo agudo de su mal inten-

tó levantarse para correr á justificarse, pero no se lo consintieron sus amigos Domingo y Ramon, que le consolaban con lisongeras esperanzas.

Laureana fue conducida por su padre cuarenta leguas de la corte al siguiente día, donde su padre la dejó en compañía de su tia Quiteria, que para el efecto de evitar todo lance contrario á sus deseos, y con el pretesto de consolarla la acompañó. Se hizo con tanto sigilo esta marcha, que nadie supo el paradero de tia y sobrina; y como Maria fue despedida de antemano, no pudieron informarse los amigos de Sebastian del paradero de su amada. Algunos meses duró el mal del dolorido amante, y cuando se restableció practicó vivas diligencias, pero infructuosas, y dirigiéndose á suplicar á don Alejo, este lo tomó por insulto, y á no ser por los grandes empeños que tenia, puede que sus amores los hubiera llorado en un encierro. Desesperado á pesar de las lágrimas de sus padres y persuasiones de sus amigos, solicitó un empleo vacante que habia en las Colonias españolas de América perteneciente al

consul de su nacion , y partió alejándose de su amada patria , con ánimo de morir con su dolor , ó volver á ella sano de su grande herida. Dos años estuvo sin poder mudar de inclinacion en aquellas colonias , no teniendo mas compañía en sus paseos que el retrato de su amada y su fiel perro , y á este tiempo recibió una orden para tomar posesion de un brillante destino que le concedia su gobierno. Apesar que ninguna noticia le daban sus amigos de su amada , se lisongeo de encontrarla aun libre y poder deslumbrar con sus grandezas á sus inicuos padres , y con este ánimo y los de socorrer y consolar á los suyos , volvió á su nacion. En el primer puerto que desembarcó se alojó en casa del consul , y á poco rato de conversar con él oyó una voz que le penetró el corazon ; el consul le contó como hacia pocos dias que se habia casado con una señorita , hija de la capital , hermosa , y ya viuda : que estaba persuadido que no obtenia su corazon , porque hacia algunos años habia perdido un amante que lloraba aun , pero que poseia al menos sus grandes prendas físicas y mora-

les. Sebastian cambió de color en tal grado, que el consul le preguntó si estaba malo, y llamando á un criado le mandó que se presentase la Señora, pues él iba al despacho á cumplir con su obligacion.

Quedó solo Sebastian lleno de sospechas y temores, y estando reflexionando sobre lo que acababa de oír se le presenta ¡ó Dios! la misma Laureana, como la muger del Consul. Un terrible chillido de espanto fue la primera accion de aquella. Sebastian apenas puede sostenerse, se enfurece, la mira y la dice: Infame, ¡asi me has olvidado! ¡Oh pluguieran los ciclos haberme sumergido en las olas! Laureana se dirige á él, y con una precipitacion penosa le cuenta cómo habia sido engañada por su padre, diciéndola que se habia casado en América, y por fin que habia muerto. Sebastian la pide satisfacciones mas remotas, y por ellas conoce en fin, que ha sido engañada, pero no puede resistir que tan pronto hubiera podido olvidarle: ella le dice que habiendo muerto su padre á impulsos de unos asesinos, y confiscados todos sus bienes por uno de la revolucion en

que se le habia inculcado sin causa, veia pereciendo á su madre, pues sus hermanos se hallaban en trabajos públicos por sus excesos, y que esto le habia movido á tomar estado, porque su familia, despues de la desgracia de su padre, toda los habia olvidado. Infeliz don Alejo, prorumpió Sebastian, ya has pagado todos tus delitos, y esa familia infame, causa principal de tantas desgracias, pronto caerá á las pesquisas de la implacable Themis. Sebastian dijo á Laureana, que pues él ha sido el primer dueño, que le siga, pero ella se resiste terriblemente, prefiriendo la muerte á ser infiel esposa, y entonces Sebastian saca su retrato le descuelga de su pecho, y arrojándole al suelo le pisa, rompe y desprecia á pesar de la resistencia que aquella oponia. Esta le atestigua con sus lágrimas que jamas le ha olvidado, y le enseña el retrato suyo que traia escondido en su seno: Sebastian le arranca de sus manos para hacer lo mismo con él: luchan ambos, y á este tiempo sale el consul, el que habia visto casi toda esta escena escondido. Cree que atenta á su honor Sebastian y que su

esposa lo resiste, y descargando contra él una pistola que traía montada hizo exhalar aquel el último suspiro, pronunciando el nombre de su amada. Esta se arroja sobre el exánime cuerpo de su amante, le besa, le llama repetidas veces, y llena de improperios á su marido, que emplea en ella la segunda pistola, y en breve los dos amantes se juntaron en la eternidad. La madre de Laureana que acudió á los tiros, conoció bien tarde los efectos de sus malvadas ideas, y con Richel el consul fue conducido á la cárcel pública. El Príncipe, previa la consulta con el Gabinete inglés, á quien aquel pertenecía, mandó formar una causa que terminó por concluir la existencia de Richel, que exhaló su espíritu en un cadahalso; y Themis que persiguió constantemente á la familia de Laureana, despues de muerta la madre en una casa de correccion, acosada de remordimientos, hizo que descubiertos delitos en doña Quiteria y su marido muriesen desastrosamente, é igual suerte siguió á los demas, á escepcion de la familia de don Antonio, que como hombre de bien logró colocar

perfectamente á su amable hija , y murió siendo feliz , recompensa de los buenos. Los padres de Sebastian gozaron hasta el fin de sus dias , que fueron cortos de una pension que les concedió el generoso Principe , el que para perpetua memoria mandó exigir un túmulo á los dos amantes.

Por esta novela se ven claramente los fines de los padres , que por caprichos esclavizan la voluntad de sus hijos. ; Ojalá que escarmentaran y siguieran las sagradas leyes de la naturaleza!





LA MADRE DESNATURALIZADA

6.

LAS VÍCTIMAS  
DEL ORGULLO.

NOVELA ITALIANA,

*Por Don Julian Anento.*



Vivian en Nápoles por el año de 1758 los señores marqueses de Stibeldi, los que prodigaban toda clase de atenciones y cuidados para la brillante education de su primogénito, que á la edad de veinte años llevaba en todo Nápoles la preferéncia, por su porte fino y bella presencia. La señora de Stibeldi, vástago de una opulenta familia habia sacrificado desde la infancia todos sus gustos, y aun su incli-

nacion amorosa en edad mas adelantada, para sostener la nobleza de su casa y abuelos: apasionada de un caballero escultor de los mas afamados de Italia, prefirió contraer matrimonio con el marques de Stibaldi, hombre de una figura muy poco interesante, y de un natural muy violento, por cuyas causas no era su matrimonio de los mas felices. Al mismo tiempo, aunque la marquesa despreció la mano de Verostiz (que así se llamaba el escultor) no dejó de seguir una criminal correspondencia con él, en términos que gobernaba la casa de la marquesa, consultándole esta en todos los asuntos que la parecia eran de alguna consideracion. Ya puede inferirse que no pensaria la Marquesa sino en una ventajosa alianza para su hijo Joaquin (este era el nombre del heredero del título). Una mañana vió este por primera vez en la iglesia de san Lorenzo á Palmira Terrari: la dulzura y armonía de su voz siguiendo los cánticos de la iglesia, llamó su atencion: tenia el rostro cubierto con un velo, pero la gracia de su aire y su delicado talle anunciaban ser una joven

interesante. Joaquin se sintió inspirado de una viva curiosidad , por ver las facciones que imaginaba espresarian la sensibilidad que prometia su voz. Concluidos los oficios se agarró Palmira del brazo á una anciana señora, que parecia ser su madre , y salieron de la iglesia.

Joaquin seguia sus pasos , impaciente de no encontrar un motivo de ver el rostro de Palmira : las adelantó dos ó tres veces en el discurso de su camino; pero la incógnita constantemente cubierta con su velo no le dejaba la mejor esperanza de satisfacer su curiosidad.

Un feliz acaso vino á darle motivo de ofrecer sus respetos á ambas señoras : la mas anciana dió un paso en falso y cayó, aunque sin dañarse de cuidado , Joaquin acudió prontamente á su socorro, y ayudó á Palmira á levantar á la señora Polli (que asi se llamaba la anciana) : á continuacion la ofreció Joaquin el brazo , y aunque le dió las gracias sin admitirle , no pudo escusarse de las finas instancias del caballero y condescendió. Durante el camino intentó varias veces entrar en conversacion con Palmira , que

continuamente le respondia con monosílabos, llegando ya muy cerca de la casa, sin haber podido romper una reserva tan severa. Al llegar á su habitacion conoció por el exterior de ella, que eran señoras de una clase media, pero de una fortuna mínima. Estaba situada en una altura bastante elevada, rodeada de un jardin muy vistoso, que dominaba la hermosa bahia de Nápoles.

Joaquín se detuvo á la entrada del jardin sin propasarse á entrar, creyendo le invitarian, pero la anciana le repitió sus afectos despidiéndose con mucha urbanidad; en aquel momento le ocurrió pedirle permiso para saber de su salud; el que obtenido tranquilizó su primera turbacion, y oyó con entusiasmo los cumplimientos de Palmira por los cuidados prodigados á su querida mamá. El caballero se volvió algo pensativo al palacio de su padre en Nápoles, pues su naciente pasion de una parte, y la viva curiosidad de saber la condicion y estado de Palmira le interesaban algun tanto. El resto del día y la noche siguiente fueron bastante agitados: el dia inmediato pasó á

visitar á la señora Polli, pero sin tener la suerte de Palmira; dilató su visita hasta apurar todos los recursos, y por último, tuvo que conformarse con la penosa retirada; cada momento se le hacia mas insoportable, formó una infinidad de proyectos que se destruian mutuamente; y por fin resolvió ir por la noche á ver si por alguna feliz casualidad, veia á la bella incognita en algun balcon, dió repetidas vueltas por una y otra parte, y despues de casi desesperar de un buen resultado, iba á separarse cuando oyó una voz sensible cual la de la iglesia de San Lorenzo, que entonaba una cancioncita, acompañándose al forte-piano. Lleno de esperanzas, se aproximá á una rejá de donde salian tan ilusorios acentos, mira con mucho cuidado, y advierte que dentro hay una luz que no habia podido distinguir antes, por estar ajustada la persiana, la abrió con mucha precaucion, quedando como herido de un rayo á vista de la desecada Palmira, que con un trage blanco muy sencillo, y sus largos cabellos sueltos, hacia correr sus dedos de marfil sobre un sonoro piano.

La contempló por mucho tiempo enagenado, y no satisfecho de verla por entre las persianas, intenta abrirlas aun del todo, hizo un pequeño ruido, y Palmira sobresaltada, corrió á cerrarlas, pero no tan pronto que el caballero Stibeldi, advertido de su intencion no se manifestase á la incógnita, espresándola su pasion en los términos que creyó mas significantes. Palmira ruborizada y sin resolucion para apartarse de su nocturno observador, escuchó todo el discurso de Stibeldi, que si bien no fue contestado con otro satisfactorio, no dejaba de manifestar que se habia oido sin indignacion.

Terminada esta escena Stibeldi volvió á su palacio mas apasionado que nunca, gozoso de su empresa é impaciencia con la desconfianza, de descubrir algun rival preferido.

La Marquesa notó las frecuentes distracciones de su hijo, y su silencio no acostumbrado. Le hizo algunas cuestiones de que ella esperaba inferir la verdadera causa del cambio tan súbito que notaba en él; las respuestas de este irritaron su curiosidad, preparándola á me-

dios mas seguros de obtener su objeto.

La madre de Stibeldi, como ya dejamos indicado, descendia de una antigua é ilustre familia, uniendo al orgullo é importancia que daba á sus pergaminos, el que la infundió la colocacion del escudo de armas de su esposo el marques. Era muy violenta en sus pasiones, vengativa, y al mismo tiempo artificiosa y falsa, muy reflexiva para la combinacion de sus proyectos, é infatigable en perseguir al objeto que llegaba á ser causa de su resentimiento y venganza. Ella amaba á su hijo mucho menos como madre tierna, que como último vástago de dos grandes casas, destinado á perpetuar la gloria de una y la otra. Dió conocimiento al venal Veroski de la causa de su enfado, y le encargó siguiese constantemente las huellas de su hijo hasta descubrir la causa, que no podria ser otra, segun sospechaba, que alguna inconsiderada pasion. Veroski, que ocupado de continuo en su intriga con la marquesa, tenia abandonado su arte, y vivia separado de Roma, que era su pais nativo, se sostenia con la generosidad de la señora

Stibeldi por su criminal amistad, apagando en su conciencia la llama vivificante del remordimiento, estaba dispuesto á complicarse en cualquiera clase de delitos. Se encargó gustoso de su comision, viendo en ella un medio de complacer á su señora, y de reportarse algunas utilidades. Stibeldi habia practicado algunas diligencias para saber quien era la señora Ferrari; pero solamente pudo inquirir, que se pensaba fuese alguna viuda, que perdida su fortuna por algunos acaecimientos inevitables vivia retirada con su hija, y dos criados que componian toda su familia. Al siguiente dia de su entrevista con Palmira, se presentó en casa de sus nuevas conocidas y encontró al objeto de su amor, sentada en un hastidor, bordando un raso blanco con material de oro: pareciéndole con su hermosura y sencillez una Venus, elaborando los estandartes del dios Marte; á su lado se hallaba su anciana madre, leyendo en un librito de devocion: ambas suspendieron sus ocupaciones á la llegada de Stibeldi, y entraron en una conversacion general. Se pasaron algunos

días sin interrumpir el caballero sus visitas nocturnas á la reja, ni dejar de frecuentar por el día la casa de su amada. Veroski no dejó por su parte de observar todas las operaciones de Stibeldi, siguiendo sus pasos con toda solicitud, dando cuenta exacta á la Marquesa de la nueva amistad de su hijo, que indudablemente seria la causa de una alteracion cual se notaba en su costumbre ordinaria. La Marquesa se puso furiosa al prever los peligros de que los blasones de su casa hiciesen una alianza vergonzosa, que segun ella, borraría para siempre en concepto de todos la antigua hidalguia de sus difuntos antecesores: imaginó con prontitud una porcion de planes: pero últimamente persuadida de que tal vez unos amores tan poco dignos de su elevada clase serian una distraccion de su hijo, resolvió por de pronto dar noticia al Marques de un negocio de tanta importancia, que con una severa reprehension previniese á su hijo abandonase los fundamentos de una pasion que podria serle funesta.

En tal estado de cosas Stibeldi sufría

diversos combates en su interior: cerrado en su habitacion se paseaba á paso largo atormentándose alternativamente con el recuerdo de su amada Palmira, con la incertidumbre de tener algun rival, y con las consecuencias de la imprudente correspondencia que seguia; conocia tambien el caracter violento de su madre, y por consiguiente la imposibilidad de que jamas pudiesen sus padres consentir en el himeneo que proyectaba. En otro momento se lisonjaba de contraer un matrimonio clandestino, ¿pero cómo Palmira se habia de convenir en entrar en una familia que siempre la miraria con desprecio? ¿cómo proponerla un enlace que se habia de efectuar bajo las sombras del arcano? Estas reflexiones le sumergian en la desesperacion.

En un momento de efervescencia en que trazaba para su amada un soneto alusivo á su disposicion fisica, tratando de probar sus incesantes recuerdos, le avisaron que su padre le mandaba pasar á su despacho. Incierto del motivo para que podria necesitarle, se presentó con su imaginacion ocupada en proyectos quiméricos.

He querido hablaros, le dijo el Marques con bastante frialdad, acerca de un asunto que interesa muy particularmente á tu honor y fortuna. Felizmente tengo un buen concepto de mi hijo para dar un entero crédito á lo que me han dicho, y he asegurado al mismo tiempo que conoces demasiado bien, lo que debo á tu familia para dejarte arrastrar á ninguna cosa degradante; así que mi objeto en esta conversacion es darte motivo para refutar la calumnia que se te ha levantado, y autorizarme yo para desengañar con vuestras contestaciones á las personas que me han hablado de tal asunto.

Stibeldi que oia con mucha impaciencia un exordio tan difuso, suplicó á su padre le instruyese del principal asunto.

Me han dicho, replicó el Marques, que teneis conocimiento con una joven que se llama Palmira Ferrari: ¿ es cierto?

La conozco, es verdad; pero continuad. El Marques hechó una severa mirada á su hijo, y siguió: ¿ es cierto tambien que esa señora ha intentado seduciros? = Es verdad, Señor, que la señorita Palmira me ha inspirado un tierno

afecto , però no ha tenido la mas pequeña parte empleando ningun artificio. — No quiero ser interrumpido , replicó el Marques colérico , me han dicho , que ayudada de su anciana madre , se ha conducido con tal arte , que ha conseguido degradaros hasta ser su adorador : confesais vuestra locura , pero disimulo vuestra pasion romanesca como la de un niño ; quiero perdonaros si reconocéis vuestro horror , apartandoos para siempre de la nueva favorita. — Señor , me honro con mi eleccion. — Insensato , ¿ aun osas sostener y abonar tus desvarios ? Quiero probarte mi indulgencia , señalando una renta á esa miserable , para reparar vuestra culpa , concurriendo á su corrupcion , si ha llegado á semejante estremo. — ¡ Corromperla ! ¡ Una renta por precio de su deshonor ! ¡ ó Palmira , Palmira ! y sus ojos se llenaron de lágrimas , aminorados de la mas viva indignacion : ella es digna de ser mi esposa , y lo será á pesar de todo el mundo.

¡ Vuestra esposa ! dijo el Marques manifestando una cólera inexplicable ; si creyese que asi podriais olvidar vuestro ho-

nor y el de vuestros ilustres abuelos, para siempre os olvidaria, sin reconocer jamás por hijo mio. La cuestion se dilató por algun tiempo sin haber podido obtener la palabra de no volverla á ver. Stibeldi se retiró en un estado lastimoso, combatiendo por una parte con su amor exaltado, y por otra con el afecto filial que profesaba á sus padres, se cerró en su cuarto, y permanecio por mucho tiempo en una inaccion incomprendible.

Ya podrá figurarse el despecho de la Marquesa al decirle su esposo el resultado de la conferencia de su hijo; su ira no reconoció límite, juró perder á la inocente Palmira, é inmediatamente hizo llamar á Veroski, previniéndole que á toda costa intimidase á Palmira por cualquier medio para que no admitiese obsequio de su hijo, ó en otro caso, que pagase gente para que la robaseu y condujesen á un sitio, de que no se pudiese facilmente evadir, y aun si no conceptuaba seguros estos recursos, la envenenase ó entregase á unos piratas de la costa. Veroski la propuso algunas dificultades que

conceptuaba insuperables, pero con la promesa de una generosa recompensa se allanó á cometer cualesquiera violencias que fuese para sacar su lucro y complacer á la Marquesa.

No obstante, lo ocurrido entre el Marques y su hijo, no dejaba este de continuar sus visitas á casa de Palmira incessantemente en quien podria ser su delator, para hacerle experimentar su justa venganza. La señora Polli bien conocia por su parte que seria muy difícil conseguir que los señores de Stibeldi conviniesen en un enlace, con persona de un rango inferior: pero su ancianidad, y el deseo de dejar á su hija á su fallecimiento bajo la proteccion de un esposo, la hicieron cometer la fatal imprudencia de no impedir los progresos de un amor que en sus principios se hubieran sofocado grandemente. Ella conocia la pasion de Stibeldi, pues este la tenia bien probada con sus acciones y palabras, de suerte, que contando con la influencia para con sus padres, y con que su familia, aunque no tan ilustres, no dejaba de ser distinguida, dió á conocer,

á Palmira por algunas conversaciones, que no desaprobaba su correspondencia.

Tal era el estado en que se hallaban nuestros amantes mientras la Marquesa, irritada cada día mas por la pertinacia de su hijo, no omitia diligencia ni oferta para que Veroski cometiese el mas fiero atentado que puede imaginarse en una madre: uno de estos días la notició Veroski, que todo estaba preparado para satisfacer su gusto, que habia adquirido noticias de que un hombre que habitaba las ruinas de un antiguo edificio, situado en el monte Posilipo (111) susceptible de la ejecucion de la empresa, que se habia avistado con él, y se habian convenido en que al día siguiente al anochecer se apoderarian de Palmira al retirarse esta con su madre de paseo de la bahía de Nápoles, segun acostumbraban, y que la conducirian á las ruinas de Posilipo, donde el puñal homicida terminaria una vida que la seria odiosa. La Marquesa con rostro sereno oyó la muerte preparada para su inocente víctima, dió principio á las liberalidades prometidas por tan infame servicio, á fin de que

no se retragese Veroski de la continuacion y fin de tan horrendo crimen, y de que las conciencias de este y la del habitante de las ruinas, anegadas en oro no impidiesen con sus insinuaciones roedoras la perpetracion del delito.

Con efecto á la noche siguiente, retirándose á su morada la señora Polli, Palmira y una criada, se vieron cercadas de cuatro enmascarados, que con el puñal en la mano y resolucion decidida, ataron á la sirvienta, se asieron á Palmira, y dejaron abandonada á la anciana señora con un desmayo que la hizo caer á tierra.

Cual fue el pesar de esta madre al volver en sí y verse abandonada en tal estado, privada del apoyo de su hija, incierta de su futura suerte, y con la criada atada á larga distancia, sin poderla prestar ningun socorro, cayó de nuevo en un fuerte síncope, durante el cual atraida alguna gente por los gritos de su fiel doncella, la condujeron á su casa, y acostaron en su lecho: al momento se la prodigaron todos los auxilios medicinales, conocidos para semejante dolencia;

finalmente , abrió segunda vez los ojos; pero al hallarse sin su amada Palmira, no podia contener su desesperacion , en vano trataron de persuadirla que no seria dificil descubrir los agresores , que su hija volveria libre de toda violencia á su lado , y otras varias proposiciones capaces de animarla; todo fue inutil: una pesadumbre tan súbita , y su edad avanzada , terminaron sus dias pacíficos , elevando su alma á la mansion de los justos.

Volvamos á la sensible Palmira, que conducida impúdicamente en los brazos, ya de uno ya de otro, hasta la entrada del bosque de Posilipo , imploraba con torrentes de lágrimas la compasion de los inhumanos salteadores , demandándoles á la justa Themis en castigo de su atentado horrible , desde la entrada del monte hasta llegar á las funestas ruinas, la llevaron del brazo casi arrastrando sin compadecerse de su belleza y finura; entrados en la ruina, la depositaron en una lóbrega habitacion sin mueble alguno , donde pasó casi toda la noche deshecha en llanto , é invocando al Dios Omnipotente la fuerza necesaria

para superar su tribulacion y salir libre de toda culpa para unirse á su cara madre, que tanto se afligia por ella. A la madrugada sintió aproximarse gente; puso toda su atencion para deducir cual pudiera ser el motivo de su rapto, pero no le fue posible distinguir sino el murmullo de algunos hombres que hablaban; á poco rato volvieron Veroski y el habitante de las ruinas despues de despachar y pagar á sus dos cómplices al calabozo de Palmira, la sacaron entre ambos casi exánime, la llevaron á alguna distancia del edificio donde tenian un hoyo bastante profundo, y á su orilla ambos sumergieron, sin enternecerse, sus sangrientos puñales en el pecho de la desgraciada Palmira, que nadando en sangre y aun con vitalidad fue precipitada en el hoyo preparado, cubriéndole inmediatamente de tierra raices y heno. Veroski partió al momento á Nápoles á noticiar á la Marquesa el cumplimiento de su meditado crimen. Apenas se vieron uno á otro, la sombra sangrienta de Palmira se interpuso entre ambos, el horror los embargó la voz sin ser due-

ños de romper, el silencio mas penoso de las angustias de la muerte. Reanimada algun tanto de su primer espanto la Marquesa hizo señal de si el crimen se habia cometido. Veroski, devorado de pesares, acosado por la implacable sombra, y turbado sin saber qué partido tomar, saca el puñal sangriento y se le presenta. Tal vez un rayo no hubiera dejado mas parada á la Marquesa: la sangre de la víctima creia que la manchaba toda; huyó á pasos precipitados del asesino; corria por toda la sala cual otra Cleopatra (112), perseguida por la sombra de su esposo Nicanor, á quien habia envenenado. Veroski aturdido y comprometido salió de la casa como un frenético, marchó á la suya, recogió algunas alhajas, y jamas se ha sabido donde le conduciría el remordimiento, ni cual haya sido su fin. La Marquesa fue atacada por una violenta fiebre que la precisó á ponerse en cama, sufriendo constantemente la insoportable presencia de la sangrienta sombra de Palmira, que la echaba en cara su crueldad y barbarie. Stibeldi supo la novedad de su madre, y

pasó á informarse, cual buen hijo, del estado de su salud; en el momento que le vió su madre se tapó la cabeza, horrorizada prorumpió en gritos agudos y alaridos lastimeros. El Marques y la demas familia entraron á la nueva novedad, y la desgraciada no pudiendo sufrir por mas tiempo las angustias de su alma, declaró ante todos el horrendo delito que dejamos referido, á cuya confesion la siguieron unas fuertes convulsiones y un sudor frio, que fue el mensagero de la parca, quedando su cadaver á muy poco rato tan negro y desfigurado, que mas bien parecia un monstruo evocada del abismo que una persona humana. No es facil describir la estrema desesperacion de Stibeldi (el asombro del Marques y su familia): quedó primeramente como petrificado, luego se desahogó con el llanto mas amargo; pero no obstante tuvieron que llevarle á su lecho, donde continuó por mucho tiempo con una enfermedad que dió temor por su vida. La justicia tomó conocimiento de la causa, se trató de buscar los cómplices, aunque sin resultado, pues sin duda avisado por

Veroski el habitante de las ruinas, del peligro que le amenazaba, tal vez se fugarian juntos: se consiguió hallar el cadaver de Palmira, y despues de tributarle todas las honras debidas á su inocencia y su desgracia, se le colocó en un precioso monumento en la iglesia del convento de monjas de nuestra Señora de la Pieta, cuya prelada influyó bastante para ello por la amistad que profesaba á la señora Polli, que era viuda de un empleado en el palacio de S. S. en Roma, y se había retirado á Nápoles, por ser su pais nativo y tener algunas relaciones. El Marques, despues de un acontecimiento que le era tan desboureoso, resolvió huir para siempre de un sitio tan funesto: partió para Francia, y se estableció allí Stibeldi: recuperado de su enfermedad tomó el hábito de dominico en un convento de Nápoles, donde se sabe que observó la regla con una austeridad que edificaba.

Tal fue el resultado de la crueldad de una madre criminal desde su matrimonio, y obrecada por el orgullo de su opulenta familia, ocasionó la desgracia de

su hijo, y no logró conseguir su objeto principal, pues en toda Italia se habla con horror y desprecio de la casa de Stibeldi.



---

## LA MUGER DE CERA.

---

**D**ios hizo la noche y los astros para elevar el alma, humillar nuestro genio é infundir en el corazón del hombre el amor á la sublime sabiduría. Pero este, atrevido, propasándose á sus justos designios, invierte el órden establecido, y corrompe los fines de la naturaleza. De este velo sagrado, la admiración y respeto estendido sobre los portentos del universo, para inspirar la virtud, se ha hecho un abrigo profano que le dedica al delito. Los malvados ocultan, durante el día, sus cabezas monstruosas; el infame y el asesino duermen en el fondo de sus cabernas tenebrosas hasta que desciende la oscuridad: entonces despiertan, y á la vez se abalanzan sobre su deseada presa; entonces los otros los ven caminar por las tinieblas con erguida frente, y redoblar el horror de la noche por el hor-

rór de sus atentados. El avaro escondiendo su tesoro es acechado por el ladrón que le apresa, y mañana este desgraciado que se acostó opulento se levantará en la indigencia. Las negras maquinaciones y los complots mas viles se ponen en práctica, y la oscuridad es la sola confidenta de sus torpes designios. Disponen lejos de la luz la devastacion y el desorden; meditan los hechos que deben hacer titubear los reinos; tratan de acabar con las fortunas, con la vida de los pacíficos ciudadanos, y affligir las familias con el asesinato y la espoliacion. Ved aqui el instante en que los hijos del exceso, lamentándose aun de la importunidad de los últimos rayos del Sol, se entregan con furor á sus desarreglos, y vierten con frecuencia la sangre en la copa del placer homicida. A esta misma hora el infame adúltero sube con paso cierto el tálamo nupcial de su amigo, donde una esposa atroz medita en silencio el envenenamiento y se rie, mofándose asi de un Dios y de los hombres. De esta suerte los mortales insensatos siempre en contradiccion con Dios y consi-

gó mismo , sin temor ni pudor , presentan sus delitos á la faz de los cielos , al mismo tiempo que tiemblan y se inmudan á vista de sus juicios ; Los astros de la noche han sido formados para servir á los malhechores , mezclando en sus tinieblas la opaca claridad para guir el puñal del asesino ?

Estas reflexiones penosas para la humanidad nos conducen naturalmente al conocimiento de las maravillosas aventuras del famoso Domparelli, apallidado Boca-Negra ; como uno de los mas célebres bandoleros que han infestado las provincias de Lombardia , bajo el reinado de los duques de Milan. Domparelli, habia nacido en Cremona de una familia honrada pero oscura ; estudió en Milan y manifestó talentos muy perspicaces, un genio pronto y altivo que no dejaba de descubrir un porvenir funesto ; su presencia, aunque bella, no dejaba de demostrar en sus facciones la perversidad de su alma, marcando desde su infancia las señales de su depravada vocacion.

Consideremos ya nuestro héroe al fin de sus estudios, época en que las fuer-

zas físicas y su genio maligno anunciaban que debían correr toda la carrera mas monstruosa. Aunque su gusto favorito fue algun tiempo dedicarse al estudio de las antigüedades envidiando el heroísmo de Alejandro el Grande, posteriormente se aficionó á profundizar con empeño los secretos de la física experimental, así como todas las supersticiones ilusorias que emplean los oráculos de Egipto, de Grecia y de Roma, para obcecar el vulgo, y adquirir en concepto del pueblo, un renombre y superioridad; y uniendo á estos conocimientos abstractos los de las matemáticas universales de Arquímedes, de su espejo ilusorio y de sus fuegos gregiscos. Domparelli poseía bastante ciencia para alucinar la imaginacion de un pueblo tan fanático como la Italia en aquellos tiempos.

Provisto de tales ideas y de puñales y arneses homicidas, sola una reflexion emponzoñaba sus descos malignos; recelaba del éxito de sus hazañas, y la idea de sus remordimientos le ponía á la vista una conciencia acusadora: parecía que un gusano roedor como el buitre de Pro-

meteo arrancaba sus entrañas, acordándose de la suerte del parricida Orestes, y de la serpiente de Alecto y Fisifone (113). caminaba con paso tímido por la senda del vicio, pero determinado, y desatendiendo la voz de la naturaleza, recogió en una alforja sus armas y algunas provisiones, y se internó una noche en los montes de Ferrara, á situarse en los Apeninos, infestado siempre de compañía de ladrones. Domparelli á manera de un joven héroe que desea en la guerra ver correr la primera sangre vertida por su valor, estaba impaciente de probar la punta de su puñal. ¿Que seno (tuvo la villanía de decir) tendrá el honor de estrenar esta hoja temible del que la Italia entera cõservará un inmortal recuerdo? ¿Que víctima se inmolará á mis primeros golpes? La ocasion no tardó en presentarse. Un conde toscano, el señor conde de Silos se dirigia á Florencia: á su paso por aquel sitio, le asaltó, y dándole de puñaladas, igualmente que á los que le acompañaban, se apoderó de su equipage, se puso sus vestidos, sus distinciones, y usurpó los títulos (se habia jun-

tado con otros ladrones que habia en una caverna de estos famosos montes) y á estos les ordenó tomasen las libreas de los lacayos asesinados, precipitando los cadáveres sangrientos en una sima profunda. La viveza para disponer, el tono de superioridad que justificaba plenamente su disposición singular y su atrevimiento denodado, impusieron á estos cómplices de segundo orden una secreta admiración y sumision á los preceptos de Domparelli, que todos acordos dejaban el servicio de un famoso gefe de partida, llamado Barocal, que tenia grande reputacion en las provincias de Bolonia. Domparelli, celoso de la fama superior de este Barocal, se informó de la morada de este esforzado personage. Francelli, uno de los mas inteligentes de la banda, se encargó de conducirle hasta su guarida; haciéndole la observacion de que se empeñaria un ataque muy peligroso, porque Barocal contaba ya sesenta muertes, por otras tantas orejas que llevaba ensartadas delante del pecho. La calabria, los mares de Tunez, añadió, no tienen mas célebre pirata, y en vano la tropa

de línea ha intentado destruir á este enemigo de los poblados y los campos. Domparelli se sonrió á esta indiscreta relacion, y disponiendo su tropa despues de confiar sus equipages á Francelli, se dirigió en derecha al encuentro de Barocal, como un genio poderoso que se burla de los débiles humanos. El combate fue de los mas obstinados; pero Domparelli vencedor, despues de no dejar sobrevivir á ninguno de la caverna de aquel, envió al senado de Milan la cabeza de este ilustre vaudido en un cofre lleno de oro y alhajas inmensas, despojos de los vencidos, todo á nombre del conde de Silos; despues se dirigió á Módena, previniendo completamente á todos los que formaban su numeroso acompañamiento, resuelto á bogar en el elemento de la galanteria, haciendo algunas víctimas de amor, y esperando mayores expediciones.

Apenas llegó á Módena, estableció una magnífica casa, con la mayor elegancia, con lo que los mas visibles personajes le cumplieron de su llegada, manifestando reconocimiento á su

valor, por deberle la destrucción de los peligrosos malhechores de Toscana. Todos deseaban ver las cartas lisongeras que le habia remitido el senado de Milan con la gran cruz de la órden de Lombardia, que el príncipe le concedió en premio del servicio hecho á la patria.

Se tuvieron bailes de máscaras, grandes comidas y toda clase de funciones, en las que el falso conde, prodigando el oro, se grangeaba cada vez mas la reputacion brillante entre las damas que conduce á rápidos adelantos en la galantería. Si la imprudencia y coquetería natural á las mugeres les impele á aventurar la mitad del camino, particularmente en los negocios de amor propio (acaso motivo principal de todos sus lazos galantes), ¿merecen las infortunadas por estos débiles delitos pagar con su vida un momento de felicidad? Se dice esto porque muchas de las bellezas mas distinguidas de Módena, habian desaparecido, sin que se supiese absolutamente de qué manera; singularmente en medio del tumulto de ciertos bailes de máscaras que habia dado Domparelli, entre ellas tres hi-

jas de marquesas y cinco baronesas y condesas que habían sido robadas con una sutileza prodigiosa, sin que las pesquisas de la policía pudiesen descubrir el menor vestigio de estos raptos. Francelli, el confidente principal de éstos atentados, favorecía semejantes fechorías, pues al momento que una joven era substraída de la concurrencia, cuidaba él de disfrazar en muger uno de los de la compañía, y bajo la misma máscara le substituía para que no lo echasen menos, encargándose otros de persuadir á la robada que iba á volver al mismo baile, hasta que llegando á donde les esperaban los caballos, la subían en las ancas, y se internaban en el cercano bosque. Por estas estratagemas alejaba tanto de la idea de los magistrados, como de la opinión del público, la mas mínima sospecha de la integridad de su caracter; pero el hecho es que este infame, el abominable Domparelli, reunía en su templo de Apolo todas las musas, (que así las llamaba por ironía): únicamente para complemento de la divina asamblea, solamente le faltaba la sabia Melpome (114), cuyo pues-

to debía ocupar, según tenía pensado, la condesita de Cardeni, que estaba reservada á las mas crueles pruebas. Sin duda deseará el lector saber cual era esta Tebaida, este haren de la muerte, en que Domparelli, nuevo Baoul, depositaba despues de haber degollado á las desgraciadas queridas que habian caido en sus ardides. Vamos pues á referirlos.

Bajo su habitacion existia un sótano impenetrable á los rayos del Sol. Domparelli acompañado de su confidente, le adornó, llevando alli cuanto el lujo puede estimar de mas precioso, tanto en muebles como en cuadros, tapicerías y toda clase de magnificencias; mandó hacer en una sala que daba sobre el dicho sótano impenetrable, una trampa equilibrada, sobre la cual conducia su víctima, hallándose esta para un valanceo insensible, maravillada en un recinto encantador é iluminado con mil bugías. Los gritos, la resistencia, los lamentos eran inútiles; luego que el encanto de la novedad habia desvanecido para él con su victima, complementaban las infelices con su inocente sangre los gustos homicidas de es-

te monstruo. Los muertos no se vengan, decía Domparelli en sus máximas atrocidades; su silencio es eterno, y no da que sospechar ninguna revelación.

Su placer feroz era sumergir en un baño de leche sus infelices víctimas, y con un golpe de su puñal terrible hacer mezclar con esta honda limpia el rojo color de la sangre.

La naturaleza se estremece con semejantes atrocidades, y solo el infierno que tenía su morada en el corazón de nuestro héroe, pudiera sujerir semejante pensamiento. Ya tenía consumado su octavo sacrificio, y ya ocho baños colocados en semicírculos hacían de esta mansión el asilo del espanto, al mismo tiempo que en Módena propagaba el luto y la desesperación en las familias que este malhechor tenía privadas de sus queridas parientas. No obstante, él quería absolutamente completar el celeste coro de Apolo, y sus miras estaban dirigidas á la condesa de Cardeni, que ya hemos enun- ciado. La empresa era árdua: la condesa, aunque joven viuda, y por consiguiente privada de los consejos de un espo-

so, tenía una penetración profunda. La aparente amabilidad de Domparelli, su espíritu reprimido (si puedo valerme de esta espresion), sus sentimientos simulados y la pronta indiscrecion de su amor, lejos de agradarla alarmaron su virtud, y las señales del crimen que ella habia entrevisto entre las solitudes de seducción, tenían en espectacion su espíritu. En vano Domparelli procuró ejecutar todas las fuerzas imaginables, tales como bailes de máscaras, banquetes espléndidos &c, todo con el fin de conducirla sobre su trampa artificial. La condesa tenía el presentimiento de algun catástrofe oculto en las sombras de un funesto porvenir; así que para recibir las frecuentes visitas de Domparelli hacia esconder á sus criados armados en las habitaciones mas próximas á la suya. Domparelli habia usado ya de las tramas de la seducción, pero estos talismanes no lo eran suficientes, y hallaba mas obstáculos que nunca. Afligido de su impotencia se quejaba agriamente de furor. Una noche creyó entre sueños que se cubria el ámbito de su cuarto de fuego y nubes

negruzcas, ninguna voz se dejaba oír; pero entre suplicios y cadalsos, vió Domparelli á la implacable Themis con su balanza en la mano, y acompañada de Isis, su fiel conductora, pasar con rostro amenazador, dejando esta terrible sentencia: "ninguna tregua mas al crimen."

Desde este momento fatal sus sentidos se turbaron, un tribunal, un juez, un acusador, se establecieron á un tiempo en su corazón, devorado continuamente de amargas reconvenciones. Su misma morada le estremecía, y cada vez que pasaba sobre la trampa que conducia á la tumba de sus ocho musas sangrientas, le parecia que las Eumenides en igual número le perseguian con látigos de culebras; el sudor del crimen cubria su cuerpo trémulo de una humedad helada; sus cabellos se erizaban; su corazón palpitaba de espanto, y sus entrañas devoradas de remordimientos completaban este estado penoso de agonías infernales. En vano le representa Francelli el peligro de sus infundadas pusilanimidades. Domparelli abandonado á sí mismo se juzgaba así perdido, y en ade-

lante caminaba al delito como un tímido criminal. Sus sospechas de peligro no eran tan insuficientes, como suponía Francelli. El verdadero conde de Silos que Domparelli había precipitado al fondo de la sima de los asesinos, persuadido que no podía sobrevivir á los reiterados golpes de su acero, recobró su conocimiento despues de mucho tiempo, y mucha efusion de sangre que había vertido de sus heridas, que no eran mortales. Se esforzó á reunir sus fuerzas debilitadas, y recordar el acaecimiento porque se veía en aquel abismo sobre los cuerpos inanimados de sus criados, y asiéndose de algunos arbustos, y de los ángulos de las rocas, consiguió salir del precipicio, y llegar hasta camino conocido. Unos aldeanos toscanos que le divisaron, acudieron inmediatamente le cubrieron con una capa, y colocándole sobre una camilla, que trajeron de una casuca vecina, le condujeron á su casa, en la que todos se hallaban trastornados con su súbita desaparicion. La noticia de la fábula del impostor que en Módena había usurpado su nombre y tí-

tulos , no tardó en llegar á ser el objeto de las conversaciones , y la vuelta del asesinado conde deshizo todas las conjeturas que se forjaban sobre la suposición de Domparelli.

El verdadero conde de Silos , estaba muy malo para recibir las comunicaciones relativas á este asunto ; confinado en su aposento , solamente los médicos , se le aproximaban , y estos no cuidaron en mucho tiempo sino de su perfecta curación. Al cabo de dos meses de continuo método y cuidado , supo que en Módena se hallaba un falsario revestido de sus cualidades , y que en tanta audacia le habia dispensado el honor de ser el destructor del mas terrible vándido de Toscana. Igualmente le instruyeron de las recompensas que su usurpador habia recibido del príncipe , con todo lo demas que los papeles públicos habian hablado con tal motivo. A este discurso extraordinario , el conde de Silos , reuniendo antecedentes , no duda que su homicida será el mismo que se determinaba á sustituir su lugar. Descaba verse con los magistrados de Módena para descubrirle la

impostura; todos sus amigos tenían las mismas intenciones, pero le advirtieron que con un hombre de tales disposiciones era necesario manejarse con tanta actividad como prudencia.

Los hombres que tratan casi siempre de obrar por sus inclinaciones naturales, no son mas que unas máquinas impelidas por los genios invisibles, que les influyen las buenas ó malas acciones; estos son aquellos que no siguen las inspiraciones de la inestimable conciencia, en la que Dios hace brillar los rayos de la virtud, dejándose arrastrar por la magia engañadora de las maldades. Pero dejemos estas alegorías para inspeccionar la conducta de Domparelli.

El conde de Silos marchó secretamente con una buena escolta á Módena, y reconoció perfectamente á su homicida. Luego se presentó ante un juez, é hizo una declaracion circunstanciada de su asesinato y robo en los Apeninos, esperando algunos dias con la mayor reserva, que la justicia diese sus disposiciones para capturar á Domparelli y á sus cómplices, evitando todo lo posible la

efusion de la sangre preciosa de los encargados en tan peligrosa prision. Por último , despues de bastantes conciliábulos secretos , se decidió que la valerosa condesa de Cardini contribuyese al arresto de nuestro intrépido tunante. Al efecto se dejó poco á poco del rigor y severidad imponente que le habia mostrado hasta entonces en todas visitas ; sus hermosos ojos le indicaban que estaba muy próximo el momento de su correspondencia , y Comparelli mas enomorado que nunca , la estrechaba de continuo , hasta que ella consintió en una entrevista á media noche , diciéndole que el silencio y la oscuridad eran favorables á los amores , á mas de que de este modo no podia verse comprometido con sus criados. Este momento terrible para Doinparelli ; este momento delicioso , en que sus crueles ojos deben saciarse en la sangre de la mas hermosa muger , llegó en fin : ¡qué felicidad ! ¡qué énagenamiento ! No tan solo este atentado sátsface sus intentos , á pesar del remordimiento , sino que le prueba la influencia poderosa de su destreza y fortuna , enseñándole

para lo sucesivo hasta qué punto puede confiar en su pacto con el infierno. Se apresuró á estar puntual á la cita, y á beneficio de una linterna sorda, atravesó un espacioso vestíbulo que conducia á la habitacion de la Condesa, sintió que una suave mano le tomó la suya, y con aire misterioso, al traves de la oscuridad, le guió hasta cierto punto en que desapareció: encontrándose delante de un sofá de color de rosa sobre que reposaba nuestra bella heroina, vestida solamente con un bello trage de musolina, bordado de lantejuelas y perlas finas.

Es necesario por la apologia de ciertas circunstancias ulteriores, explicar que este sofá, se hallaba situado en un estrado iluminado artificialmente con luces cubiertas con pantallas dobles, de modo que espedian unos rayos débiles é inciertos; además estaba rodeado de una galería semicircular de mirtos y pámpanos que impedía acercarse del todo á la condesa de Cardini. Ya se conocerá mejor en el discurso de esta historia el motivo de estas precauciones misteriosas. Domparelli á presencia de este objeto en-

cantador , y de una garganta que escedia al alabastro en blancura , no pudo defenderse de una violenta emocion ; pero recordándose prontamente de la ferocidad de sus proyectos , sofocó en su alma todo sentimiento de amor y ternura , para dar lugar á la sed de sangre , y amor al crimen. Asi que lejos de pensar como un amante vulgar en los favores de tan apreciable beldad , solo se ocupaba siguiendo su horrible doctrina , como foragido dispuesto á grandes maldades , é inmortalizarse con el atentado mas inaudito que puede perpetrar un hombre. En este momento la Condesa con una voz debil , y alargando el brazo (por medio de un resorte primorosamente dispuesto) para darle un anillo y una rosa ajada , le dijo : “Que sean estos emblemas las prendas de nuestro eterno amor.” Esta rosa estaba empapada de un licor narcótico , lo que al momento conoció nuestro héroe. Asi que á la sola idea de que la Condesa habia pensado engañarle , sin duda con siniestros designios , furioso sin mas examen ni miramiento se adelantó , rompió las barreras de flores , tiró de su

puñal y le sumergió repelidas veces en el pecho de la supuesta Condesa, cubriéndose al momento de la sangre que amenazaban sus heridas. En su ciega cólera no notó la ninguna resistencia que le había opuesto, y sobre todo, la imposibilidad de la figura que creía ser la Condesa, que acababa de inmolarse barbaramente, y que no obstante no se había mudado su rostro. Pero poco después cuál fue su asombro, cuando tratando de examinar la persona que consideró mal en la oscuridad voluptuosa que reinaba en la habitación, se convenció que había herido á una muger de cera, imagen perfecta de la señora de Cardini, por quien habló la señora Condesa, oculta detrás de un espejo sin azogar, cubierto casi todo con cortinas de seda, alumbradas por bugías muy distantes. Además, con el fin de que este personaje facticio completase la ilusión, tenía esta figura dentro del seno un receptáculo lleno de sangre de carnero, lo que hizo caer á nuestro héroe en un completo error.

Después de este acontecimiento, dió

la condesa un grito de triunfo que sirvió de señal para que todos los dependientes de justicia y demas armados que estaban escondidos en las habitaciones próximas, atacasen á la vez á Domparelli.

El peligro para nuestro héroe era indudablemente muy eminente. ¿Como desembarazarse de veinte hombres, que con la espada desnuda y la pistola en la mano, llevando en la cabeza al vengativo conde de Silos, amenazaban su vida con el hierro y fuego? Pero Domparelli del que el valor poco comun, brillaba en el peligro, y crecia en el infortunio, convencíéndose de que en su denuedo dependia su salvacion, se arrojó sobre sus enemigos, y asesinando á unos y dejando á los demas en una total oscuridad, apagando todas las bugías por medio de su extraordinaria ligereza, consiguió escapar de la casa de la Condesa, quedando estos en un estúpido asombro.

Al momento que llegó á su casa dió noticia á Fraucelli de los peligros que acababa de arrostrar, y haciendo ensillar los caballos, recogiendo las riquezas de toda clase que tenia, salió á galope con

toda su compañía, que despues llamó el vulgo de la *muger de cera*.

En este caso Themis se lamentó de la ineficacia de sus tentativas, y el infierno parece que redobló sus esfuerzos para frustrar sus operaciones. Despues de retirarse con sus tropas á las cercanías de Cagliari é instalarse en cavernas impenetrables, se reunieron en consejo, y determinaron tener correspondencias en Nápoles, y apoderarse de un antiguo castillo que distaba poco, el que ocupaba un señor octogenario, á pesar de que su asalto era bastante peligroso, pues necesitaba un sitio bien regular para obtener buen resultado. Domparelli se encargó inmediatamente de asaltarle, concluyendo su discurso con tanto charlatanismo, que faltó poco para que su gente creyese que obedecian á un genio infernal.

Dar muerte á todos los habitantes del mencionado castillo, arrojar los cadáveres en fosos profundos, cercarle de fantasmas é ilusiones para engañar al vulgo de toda especie fue obra para el diestro jefe de saltadores de solas veinte y cua-

tro horas. Los primeros meses de establecimientos se pasaron en latrocinios y asesinatos, cometidos en personas ilustres, ya embajadores, ó ya grandes que perecían en manos de tanta alevosía; de suerte que el miedo y la superstición del vulgo era tal, que decían era incapaz resistir á los golpes mágicos del puñal de diamante de la banda negra. El mismo Domparelli para corroborar esta creencia fantástica, hizo poner un brillante puñal delante de un fanal, en una de las mas elevadas torres del castillo, y una cabeza asida por los cabellos, todo lo que inspiraba un espanto pavoroso durante la noche al viagero que imprudente se aproximaba: solo el infame Domparelli era capaz de una idea tan atroz. Nuestro infame héroe contaba ya setenta muertes de su propia mano, cincuenta violaciones y veinte raptos, y para conservar pruebas de sus infames azañas arrancaba un ojo á cada una de sus víctimas que iba colocando sobre una tabla que tenia en su gabinete secreto.

Entre otros rasgos de crueldad, Domparelli instruido por sus espías de la sa-

lida de Nápoles para Roma de la bella Laura con su esposo, coronel de dragones de la reina, meditó apoderarse de tan preciosa presa. Con efecto, no le fue difícil robar á esta joven belleza del coche en que caminaban, dejando al coronel bañado en su sangre en medio del campo. Laura desechó con horror todas las proposiciones de Domparelli, prefiriendo la muerte á otra penosa situacion, pero por una fatalidad de la suerte Domparelli sintió vivamente por vez primera el imperio del amor. Inútilmente habia empleado las súplicas, las promesas, las amenazas, pues Laura siempre respondia á todos sus discursos con invariable resolucion *la muerte*: no podia ni aun mirar sin horror al matador de su esposo, manchado con su preciosa sangre. En tanto hubiera sido muy facil para Domparelli obtener por la fuerza lo que deseaba con ansia de un libre consentimiento, y solamente esta vez rehusó su espíritu la idea de la violencia y de la brutalidad. Laura respetada, adorada, alojada en un aposento del que ella misma tenia la llave, siendo absoluta dueña de su conducta y

acciones , no podia menos de admirar secretamente hasta qué extremo llega la soberanía del amor , pues acababa de enternecer el corazón del hombre mas feroz de la Italia. Ella en fin , era muger , y por repugnante que le fuese su homenaje , lisonjaba la vanidad y el orgullo , pues su sexo (espero me lo perdone) raramente mira con desprecio las mas particulares atenciones. Pero por otra parte ¿cómo Laura con su corazón lleno de la pasión por un joven y apreciable esposo , habia de perder su recuerdo en los brazos de un malhechor? Esta composición con su honor y sus sentimientos no era posible ; así que Domparrilli se veia reducido á gemir y suspirar sin esperanza , y este asesino que tantas veces habia clavado su puñal en el pecho de las mugeres mas interesantes derramaba lágrimas , se ponía de rodillas , y hacia avergonzar á sus compañeros con sus débiles amores.

En tanto que este nuevo Celadon reprime su pasión despreciada de la insensible Laura , el marques de Guiacomeilli , restablecido de sus heridas poco gra-

ves, y despues de haber movido del gobierno el interes de vengar los crímenes de Domparelli, fundándose en todos los atentados que se decian públicamente tenia cometidos en Módena, y en la persona del conde de Silos, con otros muchos casos de que se hablaba continuamente, se dirigió al castillo llamado encantado, á la cabeza de doscientos hombres de infanteria y ciento cincuenta de caballería, persuadido de que con esta fuerza podria, no solamente destruir á Domparelli y su tropa, sino tambien demoler el castillo hasta los cimientos.

A continuacion colocó tropa en todas las avenidas del castillo, y despues de asegurarse de que ninguno podria escapar de su justo enojo, hizo colocar en el árbol mas alto del bosque una bandera en la que se podia leer distintamente estas palabras: *amor, esperanza*, con el fin de que Laura pudiese distinguirle desde cualquiera ventana, y reconociese con la mas grata emocion que su esposo estaba salvo, y dispuesta á rescatarla. El marques no perdió un momento noche ni dia para asegurar la victoria, re-

conquistar el objeto adorado de su corazón, y libertarle de los insultos de un facineroso. En esta situación alarmante; los ladrones reunidos en la sala al rededor del sillón de Domparelli, ante quien doblan la rodilla, considerándole como su único libertador, le piden órdenes llenos de un profundo terror. En este momento entra Francelli precipitadamente en la sala, anunciando á su superior que se hallaba cercado el castillo, que estan trabajando vigorosamente para destruir el puente levadizo, y que en el bosque cercano, hay otros ocupados en construir escaleras para facilitar el asalto. A todas estas demostraciones de inquietud y temor, Domparelli, como protegido de un espíritu infernal, les habló en estos términos. "Hombres vulgares ¿podeis pensar ni un momento que Domparelli ha triunfado hasta ahora por medios comunes? Sabed, débiles átomos, que de una sola palabra, con una sola señal, puedo sumergir en la nada á cuantos me escuchais, que me es fácil hacer aplastar el pavimento de esta sala, y que con una nimia mirada, puedo confun-

«dir y deshacer los enemigos que osan «sitiarme”: valadronadas propias de un malvado que ya se hallaba perdido, asi como sucede á las efimeras prosperidades del crimen; pues aunque el malvado se esfuerce hasta el estremo no puede menos de ser vencido cuando lucha con el tribunal de Themis y la virtud.

Domparelli sintiéndose animado de un fuego interior é inflamado animaba con su ejemplo á sus infames súbditos. Sus ojos arrojando rayos son como los de un basilisco que mata con sus miradas. Laura siempre inflexible á sus insinuaciones y súplicas, retirada en un rincón de su habitacion amenazaba darse la muerte si Domparelli adelantaba un solo paso para acercarse; sus fuerzas estaban reanimadas con la preciosa señal de Guaiacomelli, y Dios y su inocencia la agitaban con las dulces emociones de la esperanza.

Entre estas contestaciones se dejó oír el penetrante sonido del clarín en la parte inferior del puente levadizo: era el Marques que desafiaba á Domparelli á un combate decidido. Todos los ladro-

nes rehusaban una refriega tan imprudente, pero su gefe dió por respuesta una maligna sonrisa, mandando que se bajase el puente y se permitiese entrar al marques de Guiacomelli. Este, inaccesible al temor, teniendo de continuo á su querida Laura por movil de todas sus acciones, entró en el castillo, sin que el ruido de cadenas, ni el aspecto sangriento de cien cadáveres en putrefaccion, esparcidos por las galerías le impidiesen internarse rápidamente en una sola envobedada, en donde solamente brillaban los ojos de una lechuza.

Guiacomelli no se conmovió á esta perspectiva, únicamente lo que turbó sus sentidos es la voz de Laura que le parecia oír, y sus gemidos tristes que devoraba su alma. Apenas llegó en medio de una sala cuando le sacaron un magnífico sillón de oro, y una mesa elegantemente servida de muchos manjares. "Yo no vengo á buscar aquí atenciones » ni zalamerías, exclamó Guiacomelli, vengo á dar muerte al mas inicuo de los » facinerosos ó á recibirla de sus manos."

A esta proposicion se le presentó Doni-

parelli solo y sin armas , con solo su puñal de diamantes que nunca separaba de su cintura. “Qué quieres, joven imprudente, dijo al Marques con un tono de superioridad , ¿quieres medir tu brazo con el mio ? Va, mi gloria no necesita de este pueril triunfo, y mi valor debe despreciar unos laureles tan fáciles de adquirir.” Esta declaracion insultante puso al Marques fuera de sí , á lo que unido el recuerdo del rapto de su esposa, no consultó sino su justo enojo ; se creyó ademas destinado á vengar en aquel momento las leyes , la patria , la humanidad entera , y sacando las pistolas de su cintura las descarga á la vez sobre el pecho de Domparelli. El eco repitió con horrible estruendo la detonacion multiplicada en las cavidades del castillo , pero el inexorable Domparelli , que conociendo su intencion se bajó á tiempo , y se libró, permaneció quieto con la sonrisa en los labios y en medio de las nubes de pólvora , que se disipaban lentamente ante su rostro , y dijo al Marques con serenidad y aparentando que era insensible al fuego: “Guiacomelli, haz de las

«balas en adelante un uso mas seguro;  
 » y cesa de tener la temeridad de querer  
 » vencerme.” El Marques confuso no sa-  
 biendo á qué atribuir aquel prodigio ca-  
 sual se retiró desesperado; atormentado  
 su sensible corazon con la idea de no po-  
 der sustraer de las cadenas de un pérfi-  
 do á su amada esposa. En vano le aconse-  
 jaron sus compañeros que abandonase  
 una expedicion tan inutil como peligros-  
 sa, dejando la suerte de la desgraciada  
 Laura en manos de la Providencia: lejos  
 de hacerse cargo de estas razones espe-  
 ciosas, no veia en todo lo accaduto sino  
 un triunfo efímero; y las leyes divinas  
 le inspiraban secretamente que la justicia  
 no podria menos de ser victoriosa. En se-  
 guida se reflejó á lo interior del bosque  
 con objeto de repetir sus tentativas al  
 dia siguiente. Apenas los primeros rayos  
 del sol doraban la cima de los árboles  
 cuando Guicomelli reuniendo y dispo-  
 niendo sus tropas para un asalto gene-  
 ral, se adelantó el primero con intrepí-  
 dez hácia el puente levadizo, llenó los  
 fosos de ramages y troncos, y provistos  
 de una escala, subió el primero con es-

pada en mano á lo mas alto de las murallas. Este suceso enardece los soldados, que no amedrentados por fingidos encantos, penetraron con juros por todas las entradas del castillo. El único temor de Guiacomielli fue si su querida Laura seria la víctima primera que los bandidos sacrificaran en venganza; pero el Todo-poderoso velaba sobre ella, y ella misma con una escala de cuerda que la echaron se descolgó desde la ventana á los brazos de los sitiadores. Ya Francelli y la mayor parte de los individuos de la banda negra estaban muertos en el suelo, y solo Domparelli combatia sosteniéndose, como una antigua encina contra los leñadores, que pretenden arrancarla á pesar de verse llenos de heridas. Unicamente pertenecia al Marques verter tan odiosa sangre, por lo que le hizo fuego y le atravesó el corazon con dos balas. No habiendo escapado ninguno de los salteadores de la justicia humana, hizo el Marques recoger todas las riquezas que contenian los subterráneos, sacando el cuerpo de Domparelli, y dispuso se volase el edificio con algunos barriles de pólvora.

Egecutadas estas órdenes cortó el Marques por su mano la cabeza de Domporelli, apellidado Boca-Negra, y la colocó en el palo más elevado que pudo encontrar en todo el bosque, con el objeto de manifestar á los pueblos y á los viajeros el ejemplar castigo del mas temible de los salteadores de Italia.

Así la Italia librada de una de sus mas dolorosas calamidades, respiró un aire mas puro, como que el ábito del crimen no le emponzoñaba. Guiacomelli y sus compañeros de gloria recibieron la recompensa y gratitud del príncipe, conservándose por mucho tiempo las atrocidades de Domporelli, gefe invencible de la banda negra, y de la muger de cera, haciendo mención honorífica del esforzado, que libró la Italia de este monstruo vomitado del infierno.

---

## CONCLUSION.

---

Ya que despojado de mis crespones sangrientos, de mis paños fúnebres, de mis disfraces lívidos mas espantosos; y ya desarmada mi mano de mis puñales y venenos, entro en las compuertas de mis teatros, como un actor trágico fatigado de un penoso papel que acaba de ejecutar: séame permitido desenvolver aun aqui algunas reflexiones definitivas y observaciones acerca del gusto y predileccion que tienen en general los lectores por el género melancólico; reflexiones que no pueden menos de ser en honor suyo. Muy lejos de ver aqui una ficcion puramente superficial y sin discernimiento, al contrario encuentro el principio determinado de la religion, de la virtud y de la moral. Impedido por el vano ruido de las pompas del mundo, de la ambicion de los placeres, y de la vanidad, cree el hombre apoderarse presto de la

fantasma de la dicha , cuya persecucion inutil le cuesta penas infinitas ; pero luego que volviéndose en sus reflexiones el tempestuoso rio de la vida , ve que nunca ha corrido sino tras una sombra , vuelve insensiblemente en sí , se pregunta en el silencio de la meditacion , y empieza á buscar en la virtud una felicidad que exclusivamente ha establecido en ella su templo. Esta primera y preciosa vuelta , cuyo efecto es inspirarle el disgusto para las puerilidades insignificantes que le han dominado en su primera juventud , le conduce á preferir insensiblemente la lectura de obras serias , y sobre todo melancólicas , á la de composiciones mundanas ; de estas otras sentimentales que le hacen derramar las lágrimas deliciosas de la sensibilidad , y hacen vibrar en su alma tonos mas graves y nobles ; se encamina poco á poco ácia el encanto de una melodía mas oscura : pronto el estilo frívolo le causa y le avergüenza de haber envuelto tan largo tiempo su talento y sentidos en un torbellino engañoso que ha tenido su alma cautiva ante ridiculos espectadores , y ve con enagenamiento el

esplendor de unas inclinaciones nuevas que le conducen á verdaderos goces. No es pues un sofisma el pretestar cuadros terribles y saugrientos, las imágenes imponentes de la muerte, de la inmortalidad y del crimen, maltratado por sí mismo, y en fin, todas las desgracias unidas á las condiciones humanas, son pinturas útiles y protectores que manifiestan los escollos donde puede naufragar la virtud del hombre.

Así el pintor de desgracias y horrores tendrá siempre una superioridad sensible, por débil que sea su talento, sobre el retratista gracioso de ostentaciones triviales, porque el primero escudriña con mano vigorosa todos los dolores del alma, y no deja de causar en ella agradables conmociones, mientras que el pincel burlesco del segundo no manifiesta un suceso sino por medio de un profundo sentimiento de piedad ó de desden.

Sin duda se debería desear que una pluma hábil guiada por mis sentimientos hubiese escrito *la Poderosa Themis*; la impresión hubiese sido mas fuerte, causada por flechas mas nervosas, mejor sen-

tidas; pero en defecto de esta profundidad y elevacion de pensamientos, que saben poner á la vista los secretos mas ocultos del corazon humano, ¿no puedo yo patentizar utilmente el santuario donde reposan las resoluciones de la conciencia....? En esta carrera delicada y fecunda en sensaciones terribles, hasta ser hombre sensible y tener algun amor al bien, para saber fijar poderosamente el interes de los lectores. Muchas veces tambien la insuficiencia de medios y expresiones de un autor, y de la debilidad de su pluma nace para el lector el placer orgulloso de estender su pensamiento, de cambiar con mas finura sus propios sentimientos, y de descubrir en sí una sagacidad superior á los análisis del escritor; pero siempre y en todos los casos este mismo escritor tiene el mérito incontestable de dar la idea de las abstracciones morales, que las mas veces descabezan el sueño en el fondo del corazon, adormecidas con el tono lisongero de la fortuna ó de la voluptad; y su vigilancia activa acerca de los horrores de la conciencia, viene á ser un Mentor del mayor precio.

No se debe meditar mucho para preguntar lo pasado, lo presente y lo venidero; no aplicarse constantemente á los predios de hacer fortuna, sino á los de llegar á ser mas virtuosos. ¿La naturaleza no tiene bajo nuestra vista una escuela donde instruye al género humano? El empleo del tiempo es la leccion que le da. Morimos todas las noches, renacemos todos los dias; atesoremos pues virtudes, y no un vil metal de que debemos separarnos en el féretro. El gran Condé decia en su cama al tiempo de morir: «que »preferia acordarse de un solo vaso de »agua dado con intencion de hacer bien, »mas que todos los triunfos facinerosos.»

¿No veis por otra parte que cada dia es una vida completa y diferente? Esta diferencia se nos escapa, y confunde mas el dia que nos alumbrá con el que le ha precedido, y es necesario concebir que así como jamas nos bañamos en las mismas aguas de un rio, así jamas despertamos dos veces en la misma vida. El rio y la vida se pasan y cambian sin cesar sin parecer cambiarse. Nosotros no advertimos este volumen inmenso, ya de

olas, ya de días, que ha ido á abismarse para siempre en el océano de los mares y en el de los tiempos. Ocupados en diversiones frívolas seguimos alegremente las flotas que nos arrastran. Bajamos dulcemente y con los ojos cerrados la cuesta rápida que nos conduce á la muerte. Repentinamente la fantasma de los pesares se aparece.... Luego que la naturaleza espira los terrores de la conciencia adquieren otra nueva vida, y una nueva voz acusadora; la verdad nos presenta su terrible espejo.... Se tiembla, se quisiera volver á tomar el hilo cortado de la vida para abrazar para siempre la virtud; pero barreras impenetrables se han interpuesto entre el alma y nuestro mortal despojo, y ya hemos pasado bajo el juicio implacable de la eternidad.

Es pues sonreirse en la moral acoger pensamientos solitarios que se complacen en el género sombrío. Así como la estrella del Norte brilla mas en el seno de una profunda oscuridad, lo mismo nuestras facultades intelectuales ejercitadas en una escena fuerte y trágica se exaltan mas noblemente, y respiran repentinamente la

ambicion de grandes cosas. ¡Oh noche!  
¡oh silencio augusto! ¡union solemne! Vos  
cuya presencia fortifica el alma, vos que  
guiais ácia la sabiduría los pensamientos  
solitarios, vanamente se profanan vues-  
tras sombras, haciéndolas servir de velo  
á los amores ilegítimos. Vanamente el  
asesino se envuelve con vuestras corti-  
nas para dar sus homicidas golpes, vos  
sereis eternamente las antorchas del ge-  
nio. Vuestros rayos bajaron al alma de  
Pluton; vos sois el templo inmenso del  
pensamiento en su mas augusta morada;  
vos no partisteis jamas la complicidad del  
crimen. Una vez profanada la virginidad  
de vuestras pálidas luces, el homicida se  
adelanta temblando ácia vuestras bóvedas  
estrelladas.... Pronto retirando vuestras  
imponentes tinieblas le denunciáis á la  
Aurora, que le persigue, y semejante á  
la mar, cuyas olas apuradas arrojan so-  
bre la rivera todos los objetos impuros,  
lo mismo la lámpara nocturna sentada  
sobre su trono de ébano, se apresura á  
denunciar al Dios del dia la sangrien-  
ta víctima herida en la espesura de sus  
tinieblas.

Me lisonjeo pues con la esperanza de que esta obra, respirando verdaderas intenciones morales, obtendrá en el espíritu de los lectores una justa preferencia sobre todas estas composiciones uniformes en que el amor pálido, sutil y desfigurado por un autor famélico, que se compone de las costumbres y de un mundo ficticio, sin salir de su estrecho recinto, pone siempre la pesquisa en el lugar del sentimiento, y los sentidos en el de nobles pasiones, ahogando la naturaleza bajo una patraña de sentimientos romancescos, piensa ofrecer una soberbia lógica del corazón, haciendo de ella una fantasma teatral, y á veces un bello razonador ridículo. El verdadero amor no tiene este lenguaje violento ni este dialecto alambicado; los ojos son sus mejores poetas, y una sola sonrisa de una belleza sensible dice de esto mas al amante dichoso, que los volúmenes friamente escritos por un prosáico mecánico, que se inflama á tanto por tomo en resultado de convenciones hechas entre él y su librero.

Nada le es mas agradable, por ejemplo, que estos compendios epistolares en que

dos amantes bajo una zona abrasadora, ó bien el bello cielo de la Italia, por capítulos reguladores destilan el amor gota á gota, y afinando á cual mejor acerca del sentimiento platónico, haciendo asalto de frases y talento, acaban cómicamente, dando al lector el espectáculo mas cómico de una repentina y escandalosa escena, monumento de la virtud de la joven..... Esto basta para hacer la apología del género de las fantasmas nocturnas por comparaciones, pues si mas dijera, podría decirse que faltaba á la modestia. Conclu-yamos estas reflexiones deseando que estas fantasmas tengan el éxito que nos hemos prometido.

**FIN**

## INDICE

DE LO CONTENIDO EN ESTE TOMO TERCERO.



<i>El espectro acusador de Pedro III, emperador autócrata de todas las Rusias, ó el suplicio de un regicida.....</i>	pág. 3
<i>El oso y la joven doncella de la caverna de Calabria, ó el triunfo del cristianismo.....</i>	28
<i>El galeote arrepentido ó el poder divino de Themis y de la religion.....</i>	83
<i>Los amantes desgraciados por el capricho de los padres.....</i>	108
<i>La madre desnaturalizada ó las víctimas del orgullo.....</i>	187
<i>La muger de cera.....</i>	209
<i>Conclusion.....</i>	242

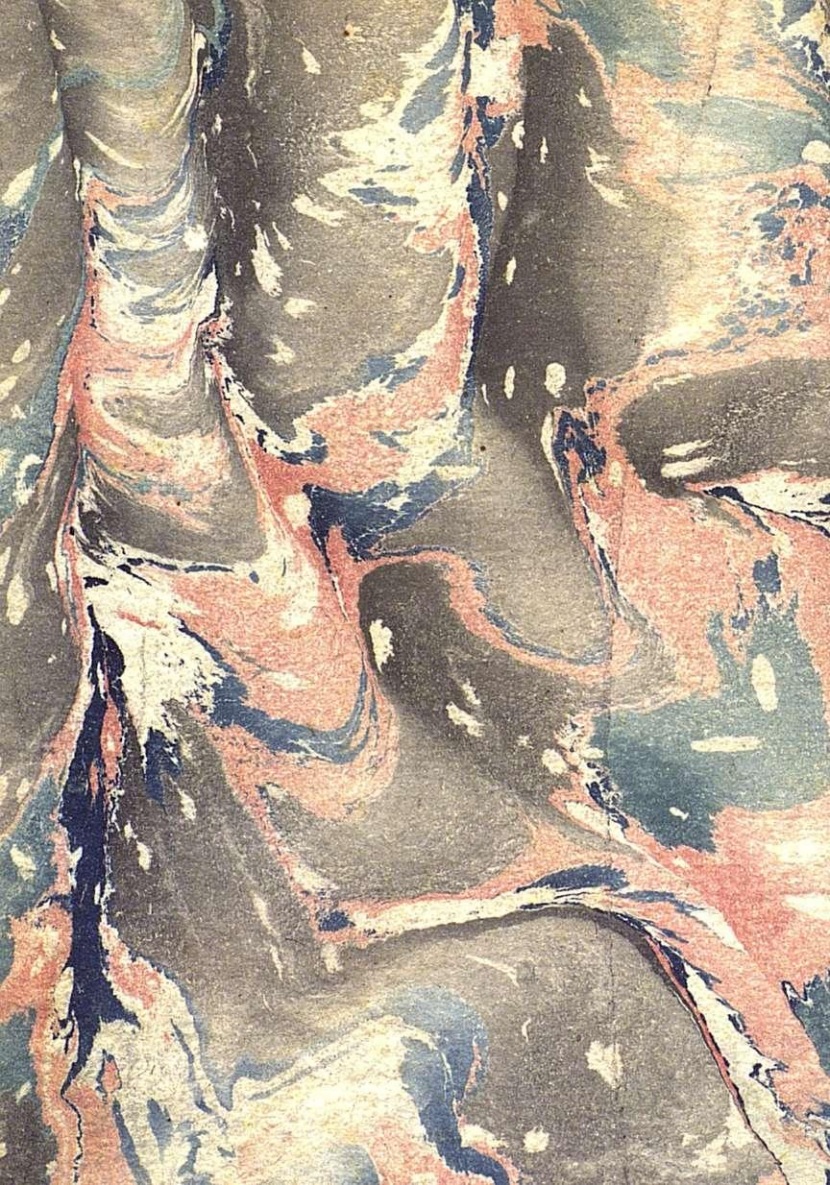
*Nota.* Por equivocacion de imprenta  
pasa la foliacion desde el 128 al 159.















D